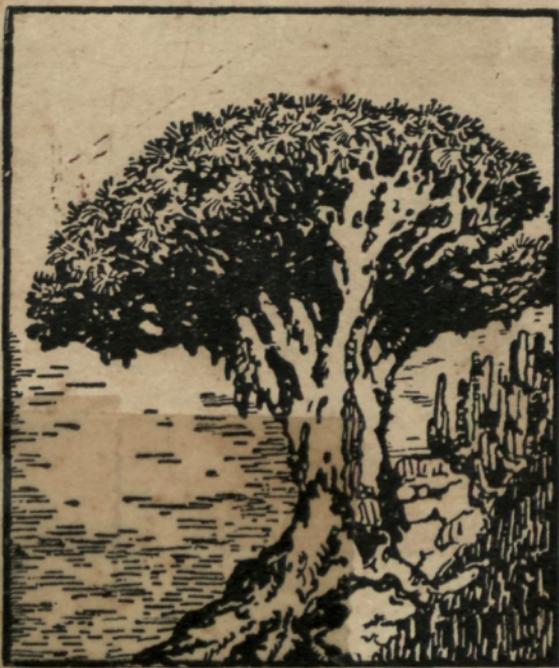


1/2 500
LEONCIO RODRÍGUEZ

Los árboles históricos y tradicionales de Canarias



SANTA CRUZ DE TENERIFE (Canarias)



Los árboles históricos y tradicionales de Canarias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
Nº Documento.....	267938
Nº Copia.....	402385

PUBLICACIONES DE "LA PRENSA"

LOS ARBOLES HISTÓRICOS Y
TRADICIONALES DE CANARIAS

(CRÓNICAS DE DIVULGACIÓN)

POR

LEONCIO RODRÍGUEZ

SANTA CRUZ DE TENERIFE

(ISLAS CANARIAS)

La magestad con que un robusto árbol levanta su copa a los cielos, le da un aspecto halagüeño y le imprime un aire de grandeza que ningún ser viviente suele tener. ¡Qué género de conmoción no se experimenta a la vista de un alto pino o de un copudo castaño, de un descollado tilo o de una eminente palma! ¡Quién será el que al penetrar en un bosque no sienta en su interior no sé qué extraña impresión que no es posible encarecer! La dulce calma, el grato olor, la media luz vista por entre el templado verdor, el silencio, lo erguido de los troncos, lo dilatado de la perspectiva, todo convida al placer de meditar. Por el contrario, ¡qué desnudez más triste la de un terreno sin árboles!

Así, después de haber bajado de la cima del pico de Teide de Tenerife, por medio de lavas de volcanes y páramos de piedra pómez, los primeros arbustos que yo encuentro son los escobones o "citisos prolíferos", y aquellas retamas de flor blanca que regalan mi olfato y que recrean mis ojos.

Más abajo se me presenta una selva de pinos gigantescos, entre los cuales se distinguen algunos cedros del Líbano. Luego el monte verde poblado de brezos, tilos, avernos, palos blancos, viñátigos, acebiños, xinjas, laureles, barbusanos, follados, hayas, lentiscos, saúcos, acebuches, hortigones, madroños, sauces, etc. Y, por último, los predios de castaños, nogales y otros frutales especiosos.

Sabemos que todavía a principios del siglo XVII se iba desde la villa de la Orotava al puerto de Garachico, que son casi cinco millas de camino, por debajo de una floresta continuada de laureles, acebuches, palmas, dragos, cipreses, etc., cuyo olor perfumaba el contorno. (Viaje de Purchass, tomo 5, cap. 11).

Si por otra parte me acerco a la célebre montaña de Doramas, en Canaria, el peristilo de acebiños y laureles por el cual entro, desde luego me anuncia que voy a penetrar a paraje más intrincado, donde los mayores ár-

boles descuellan. Llego, en efecto, al sitio llamado las "Madres de Moya", y unos excelsos tilos con eminentes bóvedas que las espesas ramas tejieron, me presentan un templo augusto, imagen de la Catedral, cuyo nombre lleva. Sentado a su benigna sombra mi pecho se dilata; respiro un aura suave; oigo el canto de los pájaros canarios, capirotos y mirlos, y el susurro de las aguas que corren, frías, diáfanas y delgadas. Miro hacia arriba, y por los claros de las aberturas de las ramas alcanzo a ver las inmediatas cumbres de los altos peñascos que rodean aquel ameno valle, y pendientes en ellos algunas cabras y la manada de ovejas que guía un pastoreillo vestido con capote de lana blanca con aguadera.

Pero pasemos del placer que los árboles nos ocasionan a los bienes innumerables que les debemos. Aquel fuego que la leña mantiene para las necesidades de la vida; aquel arado que surca la tierra; aquella fragua, aquella barca, aquel torno, aquel techo, en suma, todas aquellas artes en que se emplean las maderas, ¿podrán existir sin los árboles, por ventura? Mas antes que ellos caigan víctimas del hacha, ¿con cuántos ricos presentes no nos favorecen? De sus ramas bajan a echarse a nuestros pies la castaña, la

aceituna, la nuez, la almendra; y se ponen en nuestras manos la naranja, la granada, la ciruela, la pera, el plátano, el limón... Corre el aceite de la oliva, y el vino de la parra. El moral nos da seda y el algodónero su preciosa pelusa. Suda el drago su sangre, el almácigo su resina, el pino su brea, el cardón y la tabaiba su leche...

¿Y por qué aquellas lomas se han descarnado, y perdido su antigua feracidad? ¡Ah! Priváronlas de los árboles que con sus raíces entrelazadas sostenían la tierra. ¿Y por qué el otro cerro se reviste ahora todos los años de nuevos céspedes y de lozanas yerbas? Porque las hojas de los árboles y arbustos inmediatos, habiéndose deshecho y podrido, le ofrecen sin cesar una admirable tierra hortense.

Además de esto, nadie puede ignorar que la espesura de los montes es una de las cosas que más atraen las benéficas lluvias, y que contribuyen, por consiguiente, a enriquecer los manantiales de agua viva. Por tanto, no cortes jamás un árbol sin haber plantado antes diez. Catón, en su Libro de la Vida Rústica, decía: "Cuando se trata de edificar, delibéralo largo tiempo; mas cuando se trata de plantar, el deliberar sería un absurdo: no te detengas, planta sin dilación; esta es una ocu-

pación digna de un honrado vecino, es un obsequio debido a la naturaleza, y fácil de practicar." Pero, al contrario, tropezamos a cada paso unos hombres que tienen la osadía de destruir en pocos instantes la bella obra de los siglos, y el patrimonio de la posteridad, mientras no han hecho en toda su vida nada útil ni dejarán en los campos vestigios de su existencia.

¡Qué placer se puede igualar al de extender la vista por la campiña que uno ha vestido de árboles, y decir: ¡Dios crió las especies; yo las he multiplicado! ¡La posteridad bendecirá mis cuidados, cuando eche de ver que yo he tenido la generosidad de trabajar para ella; la Patria me tributará elogios, porque he aumentado sus verdaderos bienes...! Gratas reflexiones que deberían animar a todos los canarios, amenazados de la temible situación de carecer de árboles de montaña.

JOSE DE VIERA Y CLAVIJO.

(Del "Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias")



El ilustre naturalista e inolvidable benefactor del
árbol en Canarias, M. Sabino Berthelot

¡Bárbaros!

¿Será o no cierto que los árboles sienten y sufren, que hay en ellos un principio obscuro de personalidad? Por lo menos la imaginación se la atribuye; esa imaginación eterna, creadora, que en los tiempos primitivos urdió los mitos pintorescos y caprichosos, y que en nuestra época, como antes, como siempre, fabrica visiones sobre los hechos reales, engendra ideas sobre las formas sensibles... Sustituta y complementaria de la realidad, la fantasía prosigue su trabajo de todas las edades, concediendo voz a las cosas inanimadas, sensibilidad y volición a las cosas inertes.

En este sentido, los salvajes, constructores de ídolos, adoradores de fe-

tiches, tienden un cable imaginativo hasta la zona tenebrosa de la ante historia. Reproducen en barro grosero, sin prevenciones estéticas ni vislumbres artísticos la luminosa mitología griega. Más lejos aún, en el mundo de Homero, en las viejas teogonías asiáticas, están los precedentes de los feos idolillos polinésicos...

Astarté y Baal, ¿no reaparecen bajo mil apariencias distintas en nuestro propio mundo civilizado?

“Nihil novum”...

Pero tornemos a los árboles y a la fantasía, que puede todo lo que quiere.

Los árboles, para mí, soñador sempiterno, viven... Viven y padecen. La vegetación es el primer grado de la vida orgánica. Dentro de lo confuso de este concepto, cabe desplegar el irisado abanico de la imaginación que se abre y se desarrolla.

La savia es sangre, las ramas son brazos multiformes, infinitos, entrecruzados; las grietas de la corteza, arrugas ahondadas por los años; los frutos, cosecha genésica; los zumos, la resina, la goma, condensación de lágrimas... ¡Todo un misterioso vivir que remeda al nuestro!

¿Por qué no han de llorar y plañirse también los árboles? Cuando el invierno

no los desnuda, envejeciéndolos, el frío los estremece; cuando la primavera los viste, remozándolos, el júbilo los transporta. Cuando el salvajismo criminal del hombre los hiere y los derriba, se quejan.

Y hacen más todavía. Quieren morir matando, cual si fueran hasta en eso humanos, hasta en la capacidad del valor.

Pero les falta el sentido de la vista, y suele suceder que no matan a sus enemigos, sino algunas veces a pobres inocentes e indiferentes, como cuando caen en las carreteras tronchados por el viento, lo que prueba que los árboles "no ven bien"...

Si vieran, si además pudieran moverse y cobrar venganza, sería tan difícil tomar un bosque como una plaza fuertemente guarnecida y con bravura defendida.

Es lo único que les falta. Porque yo aseguro que oigo sus ayes cuando los hieren y sus gritos de agonía cuando los tumban.

Y oigo asimismo la rabia y el desprecio con que claman: ¡Bárbaros!

Francisco González Díaz.

Las palmas de Santa María de Betancuria

Pueblo nómada por naturaleza, la sobriedad fué siempre la característica de Fuerteventura, la antigua Erbania, de nombres tan dispares a través de su pasado histórico. "Fortuite", Planaria, Lagartaria, Pintuaría, Capraria, Casperia, San Buenaventura... Nombres, casi todos ellos, que no parecían responder a ninguna razón o causa definidas. Porque ni el suelo, casi siempre árido y seco de la Isla, justificaba el título de Erbania, ni están contestes los distintos autores en el origen y significado de los otros títulos.

Lo cierto es que todo resulta contradictorio y paradójico en cuanto se ha escrito sobre la más africana de nuestras islas. Ya lo dice una vieja copla

majorera: “Ni en Puerto Cabras hay cabras,—ni en la Oliva hay un olivo,—ni hay pájaros en la Pájara,—ni en la Antigua hay nada antiguo”...

Pueblo, además, sin historia propia, de espíritu y hábitos pastoriles—druidico en sus primitivas prácticas religiosas—todo en sus costumbres y modalidades llevaba un sello especial de pobreza y morigeración, que le diferenciaba de los demás pueblos canarios. Sobrio en el indumento: una zamarra, los hombres, que les colgaba hasta los tobillos, unos “maxos” a modo de calzado, y una hopalanda, las mujeres, más honestas, que les cubría hasta los pies.

Sobrios también en la alimentación: carne seca y gofio de cebada cuando aun no habían llegado de la Berbería las primeras simientes de trigo que trajeron las naves de Diego de Herrera, su Rey y Señor: aquel trigo moreno y menudo (“morisquillo”), tan prolífico, que cada fanega de sementera producía más de cien de cosecha.

Sobrio, por último, el paisaje: montañas chatas y rojizas, extensos “lajares” y grandes llanuras calcinadas por el sol...

Hasta el pastoreo se practicaba de la manera más rudimentaria y primitiva. El ganado vagaba suelto por

los campos desiertos, y cuando los pastos escaseaban, repartíanselo los dueños mediante "apañadas" o "gambuesas" y procedían a sacrificarlo. Sistema de colectivismo pecuario a que les obligaba, sobre todo, la falta de corrales para tan inmensa cantidad de cuadrúpedos como dicen que había en la Isla, pues de camelios se contaban varios millares, y de asnos salvajes era tal la abundancia, que según refiere Abreu y Galindo, "hubo que organizar una montería por el mucho daño que hacían a la tierra, empleándose numerosos lebreles y gente a caballo, y matándose más de 1.500 asnos, que fueron manjar de cuervos y guirres, de que también había mucha abundancia."

Otra característica era la de su condición guerrera. Profesaban gran estimación a los valientes o "altahayes", y sentían especiales aficiones por las correrías del mar. Las inmediatas costas de Africa, de las que les separaba tan corta distancia, eran, generalmente, el teatro de sus aventuras, y en ellas pagaron muchas veces con sus vidas aquel incontenible impulso trashumante de la raza...

X

A tono con el paisaje, la vegetación de la Isla era igualmente sobria y es-

casa. Euforbias y “yerbages”; algodones, “tarhais” o tarajales, que destilaban una goma a malera de sal blanca y hermosa, y entre las especies arbóreas más abundantes, acebuches, lentiscos y palmas de exquisitos dátiles.

Existía también una planta, que fué objeto de gran tráfico comercial: la “barrilla”, de gruesas hojas, de las que se extraían considerables cantidades de soda. El precio de este producto— cuenta el doctor Verneau—llegó a alcanzar proporciones enormes, pero los isleños, si bien poco ingeniosos para la industria, bastante diestros para la falsificación, mezclaban con piedras oscuras los residuos de la “barrilla” y de esta forma los falsificadores mataron una rica industria indígena.

Pero los árboles que realmente dieron nombre a la Isla fueron las famosas palmeras de Valtarajal—después Villa de Santa María de Betancuria—que por sus legendarias tradiciones merecen capítulo aparte.

×

¡Santa María de Betancuria!... Al centro mismo de la Isla, en el punto de unión de las dos paredes que servían de línea divisoria a las rivalidades de los reyezuelos indígenas, Valtarajal o Baltarhayz, en el regazo de un pequeño

valle, era como un oasis en medio de las calizas llanuras que se extendían hasta la punta de Jandía, al Sur, y el puerto de Corralejo, al Norte. En este sitio, y entre la espesura de un bosque de palmas y tarajales que cubrían todo el valle, establecieron su campamento las huestes de Juan de Bethencourt. Sin estruendo guerrero, con alegres músicas, habían llegado hasta el mismo corazón de la Isla en momentos en que las disensiones internas favorecían sus planes de conquista. Conquista que, más que aventura guerrera, fué un episodio de romance. Porque apenas habían sentado sus reales las huestes invasoras, acudían a Valtarajal los dos reyes de Erbania, portando ofrendas de conchas marinas, sangre de drago y frutas del país. En tanto, las dos pitonisas de la Isla—una madre y una hija, de gran predicamento entre los suyos,—derramaban sus gánigos de leche en señal de júbilo por el venturoso suceso. Ya lo anunciaban ellas. ¡Por el mar habían de venir los que trajesen la paz!

Desde aquel día comenzaron a afluir al campamento de Valtarajal centenares de gentiles con sus hijos para recibir las aguas bautismales en una capilla que el Señor de Bethencourt hizo edificar con el nombre de "Notre

Dame de Bethencourt”, y una vez terminada su misión, partió de Erbania el caballero normando, llevándose tres isleños y una isleña para que conociesen las costumbres del reino de Francia. Y cuenta un cronista de la expedición que los que en la Isla quedaron lloraban por su partida, mostrando mas aflicción que los mismos europeos, por la benignidad y dulzura con que los había tratado aquel gran Señor, que es fama tuvo siempre por norma de conducta esta honrosa divisa: “No hacer mal, cuando se puede hacer bien; ser prudente, y cuidar del honor más que del provecho.”.

X

Tras los conquistadores normandos y castellanos vinieron los propagadores de la fe,—entre ellos dos grandes figuras de la mística española: fray Diego de Alcalá y fray Juan de San Torcaz—, y fundaron aquel “respetable conventico, con modesta iglesia y triste casa”, que llevó el nombre de San Buena-ventura.

Ellos mismos portaron los árboles para fabricar la humilde casa, y junto a las tapias del convento plantó San Diego una palma, que a los pocos años erguíase airosa, alta y bella como una columna salomónica. Bajo la verde co-

pa elevaba el santo su pensamiento hacia el azul del cielo, en gratos delirios espirituales. Escala peregrina por donde ascendían también sus preces al Dios de las alturas.

X

He ahí, en síntesis, los comienzos históricos de Santa María de Betancuria, capital de la Isla durante tres siglos, y una de las villas de más tradicional relieve en todo el Archipiélago. Pueblo que ha conservado hasta nuestros días el carácter gótico de su fundación, y que se ufana de guardar entre sus reliquias el arca con los restos y los libros de San Torcaz, y en su vieja iglesia el sepulcro de aquel ilustre Señor y Dueño de la Isla, don Diego de Herrera, del que dice el epitafio grabado en tosca lápida:

“Aquí reposa el que fué noveno rey de Tenerife y décimo de la Gran Canaria, que pasó a Berbería con sus flotas, redujo un gran número de moros a la esclavitud, hizo la guerra a tres naciones, los gentiles, los moros y los portugueses, y obtuvo la victoria sin la ayuda de ningún rey.”

Todavía, en el fondo del barranco, y entre las basálticas paredes, pulidas por las aguas, donde se hallaba la gruta de la Virgen de la Peña, la pequeña

imagen de piedra blanca, con los ojos cerrados, quedan algunos vestigios del espeso palmar en que hicieron alto los conquistadores normandos. Arboleda famosa, en la que se podían contar más de 800 palmas en grupos de a cien, todas cargadas de grandes racimos, y tan altas como mástiles de navíos...

X

Del pequeño bosque procedía la palma del convento de Santa María de Betancuria; aquella que cargó sobre sus hombros San Diego de Alcalá. Palma célebre, que tenía el don milagroso, según la leyenda, de producir los dátiles sin hueso desde un día en que el santo, al probar la fruta, se quebró un diente... Y cuentan que, a partir de entonces, pudo San Diego saborear los dátiles de su palma, mondos de todo hueso, sin temor a nuevos desaguisados...

La tradición perduró hasta nuestra época. Y Santa María de Betancuria, notable por su historia de cinco siglos, tuvo como emblema de gracia la palma de San Diego de Alcalá. ¡La de los dátiles sin hueso!

La palma de la Torre del Conde

¡Torre del conde Hernán Peraza, a orillas de la playa de San Sebastián! Baluarte famoso, de inconmovibles sillares y gruesos muros, quemados de sol y comidos de salitre, con sus troneras escalonadas detrás de las viejas palmas —brotes de aquellas otras que antaño las ocultaban a la vista y el acecho de los piratas del mar—, toda su historia fué un engranaje de truculentos episodios, de aventuras y gestas guerreras. Y también de infamantes sucesos y tristes recuerdos.

Albergue un día de huéspedes gloriosos,—descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo—más tarde de misioneros de Indias y custodios de los tesoros que portaban los galeones de

América, y luego dé aquellos próceres castellanos—los Hurtados de Mendoza, los Ayalas, los Cabezas de Vaca, etc.—, invitados por los moradores de la torre, los ilustres Condes de la Gomera, a sus grandes cacerías de ciervos... todo era júbilo y ambiente cordial en el tranquilo reducto, saturado de auras marinas.

Vigía y llave de la Gomera—“aquella isla pequeña, frondosa, fértil, de agradable temperie, de bellas aguas y dotada del mejor puerto del Archipiélago”—resistió valerosamente las acometidas de hugonotes y corsarios, y aunque varias veces fué desmantelada, otras tantas fueron rehechas y fortalecidas sus defensas. Así pudo considerarse segura ante la amenaza que representaban aquellas setenta velas holandesas desplegadas en el horizonte y aquellos diez mil arcabuceros que luego intentarían apoderarse de la Villa, sufriendo humillante derrota y la pérdida de su nave capitana... Con este historial heroico bien sabía el rey Don Felipe II que los caudales que conducían sus flotas de Indias, tan ambicionados por los buques piratas, se hallaban a buen recaudo en los fosos de la torre de Hernán Peraza...

×

Pero no todos fueron timbres glorio-

sos en los anales de la célebre fortaleza gomera. Tiene, también, una tradición sombría: el triste recuerdo del Poder feudal que se albergaba entre sus muros y que tantas veces ensangrentó sus mazmorras. ¡Cuántas luchas por derrocar la tiranía de los Condes! ¡Cuánto odio concentrado en la plebe, cansada de ultrajes! ¡Y qué difícil aquel empeño de rebeldía contra un despotismo escudado en las sombras, seguro de su impunidad!

Había de salir de su torre, seducido por cierta aventura amorosa, el Conde Don Hernán Peraza, para que cayera en las redes de una traición tramada por sus vasallos. El episodio, según versión histórica, fué como sigue: “No contento el Conde con lo que en su casa tenía, trató amores con una gomera hermosa, llamada Iballa, que habitaba unas cuevas del término de Aguahedun, donde poseía sus tierras, y con achaque de que las iba a sembrar, se fué allá, que era por Noviembre, con sólo un escudero y un paje. Era Don Hernán valiente, animoso y atrevido. Aconsejóle su escudero no fuese donde la gomera le llamaba, pero insistió el Conde en sus deseos, y se apresuró a entrar en la cueva donde la hermosa Iballa le aguardaba con una vieja. Ya dentro, la gomera, que estaba en el secreto de la

conjura, sintió ruido, y dijo al Conde se vistiese presto, que lo venían a prender sus enemigos. Vistióse entonces una saya, y, al tiempo que salía, la vieja, que era de la conjura, gritó a los suyos: “¡Prendedle, que ese que sale es!”

Al ver la gente que le estaba esperando, tornó el Conde a la cueva diciendo que lo habían de prender o matar en hábito de hombre y no de mujer, y poniéndose las corazas y embrazando la adarga y su espada, se puso a la puerta de la cueva. Estaba encima de ésta Pedro Hautacuperche, con una asta que tenía un dardo de hierro de dos palmos, y arrojándola sobre el Conde se la clavó por entre las corazas y el pescuezo, que lo pasó de arriba a abajo, hiriéndole de muerte, así como al paje que había acudido en defensa de su señor”.

El suceso, por lo resonante y la calidad del protagonista, produjo general conmoción en la isla. Nadie había podido imaginarse que fuera la hermosa Iballa, flor silvestre de las tierras de Aguahedun, la que clavara sus espinas en el corazón del Conde. ¡Ya la tiranía, creyeron los oprimidos, estaba vencida! ¡Ya la esclavitud había terminado!

Mas, ¡vana ilusión! Las antiguas con-
tiendas, lejos de encalmarse, cobraban
nuevos impulsos y mayor virulencia.
Enardecida y envalentonada la plebe,

con más ahinco que nunca, volvió a intentar el asalto a la fortaleza, y otra vez tuvo que desistir del empeño, perdiendo en la refriega a su caudillo, un bravo montañés, asaeteado desde las almenas de la torre. Y como epílogo de este nuevo episodio, la intervención brutal de aquel funesto gobernador de Gran Canaria, Pedro de Vera, que había acudido en auxilio de los sitiados de la torre, y que, después de viles engaños y falsas promesas de perdón, dió rienda suelta a sus feroces instintos, "llenando las horcas y empalizadas de cuerpos de hombres, echando a muchos a la mar con pesas al cuello; repartiendo los niños, como esclavos, a quien los quería, o mandándolos a vender para gastos de guerra."

×

Ya doña Beatriz de Bobadilla, la dueña y señora de la torre, antigua y famosa doncella de la reina doña Isabel, genio violento, de arrestos varoniles, de impetuosas pasiones, había asegurado el dominio de sus súbditos y la paz de su condado. Ya, libre de zozobras, podía reanudar su historia de aventuras románticas, que tanto habían dado que decir en la Corte. Y la ocasión se la brindó una visita insospechada: la del Adelantado de Tenerife, don Alonso

Fernández de Lugo, que acudía a solicitar la mano de doña Inés, hija del difunto Conde, para su primogénito y sucesor, don Pedro.

La visita de personaje de tanta calidad había de producir necesariamente la natural extrañeza, y como se prolongara la estancia del Adelantado en la residencia de la ilustre viuda, comenzó a difundirse el rumor de los futuros esponsales de Doña Beatriz con el prócer emisario, bizarro aún para los menesteres galantes.

Del pueblo había surgido la especie, y en el pueblo buscó la irascible señora la voz plebeya y atrevida que divulgara la noticia. Y el osado murmurador, un tal Ruiz de Castañeda, sujeto de pacíficos antecedentes, personaje inofensivo e incógnito hasta entonces, tuvo que pagar con su vida el enojo de doña Beatriz por tamaña imprudencia. ¡Y al siguiente día, a la livida luz del amanecer, cuando aún no se habían disipado las sombras en el horizonte teñido de cárdeno, el cadáver de Ruiz de Castañeda apareció colgado de una de las palmas de la torre!...

×

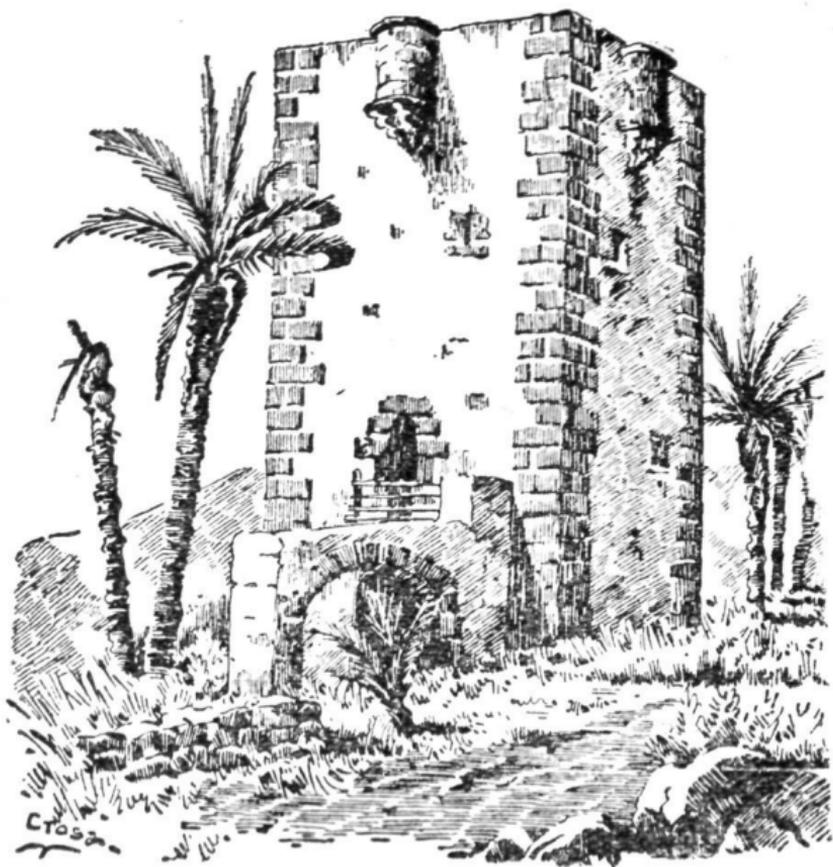
Desde aquella mañana, una tétrica leyenda comenzó a cernirse sobre el

viejo árbol, convertido en instrumento fatal de expiación y castigo. Las gentes, atemorizadas y supersticiosas, rehuían acercarse a la palma siniestra. Caían al suelo, sobre el lecho de arena de la explanada, sus tamaras dulces, de fruta en sazón, y nadie osaba llevarlas a la boca, porque decíase que tenían sabor de sangre... Hasta que comenzaron a amustiarse sus hojas y a doblarse su tronco, como si una tormenta hubiese fulminado un rayo de maldición sobre ella.

Al poco tiempo, quedaba únicamente su tallo seco, castrado por el sol, como un muñón sangrante y sin vida. Pero sus renuevos, con rápida lozanía, volvieron a reconstituir la legendaria estampa: la torre, con sus palmeras alrededor; el cinturón de espumas de la playa, al frente, y arriba, en lo alto del risco, una cruz recordando las matanzas de Pedro de Vera...

X

¡Torre de Hernán Peraza, en la playa de San Sebastián!... Todo en ella, —silueta, piedras, contornos, ¡hasta sus palmas de los suplicios!— es tradición y recuerdo histórico. ¡Estampa muda y trágica del pasado, enmarcada por las tranquilas aguas que surcaron las naves de Colón!



La Torre del Conde Hernán Peraza, en San Sebastián de la Gomera.

Los tilos de Moya

Tierra fértil, de suaves temperies y copiosos manantiales, la isla de Gran Canaria tuvo fama en el Archipiélago por la frondosidad y exuberancia de sus selvas. Extensos bosques de pinos, abetos, dragos y palmeras cubrían sus montañas, y un gran acopio de árboles frutales proporcionaba bienestar y riqueza a sus habitantes. Una feliz coincidencia contribuyó a aumentar estos bienes, prodigando aun más el árbol en el suelo canario, ya bien colmado de dones por la Naturaleza: el casual arribo a la Isla, allá por la mitad del siglo catorce, de unos expedicionarios mallorquines, que traían consigo una gran variedad de simientes. Al poco tiempo los campos se enriquecían con numerosas especies, par-

ticularmente de fecundas higueras, y los naturales del país, además de un nuevo sustento, se encontraron con una industria floreciente, la de los higos, que conservaban después de curados al sol, prensándolos en espuestas de palma.

X

Entre todos los bosques de la Isla, ninguno tan nombrado como el de la Montaña de Doramas, del que sólo quedan como vestigios los tilos de Moya. Bosque de secular arboleda, caudalosos arroyos y floridos senderos, tapizados de hierbas aromáticas, del que decía el Padre de la Cámara el año 1634, "que era una de las más grandiosas cosas de España por su variedad de árboles, que mirados a lo alto casi se perdían de vista, y en cuyo recinto, lleno de nacimientos de frescas aguas, estaban los árboles tan acopados, que el mayor sol no bajaba a la tierra".

Por su parte, el historiador Viera y Clavijo, que en 1780 visitó el bosque, decía: "El canto de los pájaros y el continuado vuelo de las aves, que allí habitan en infinitas tropas, dan un aspecto delicioso a toda la selva. Los paseos dilatados y planos, parecen un esmero de arte, y agradan más porque no lo son. Hay un sitio, que los paisancs llaman "La Catedral", que a

la verdad representa una gran pieza de arquitectura, decorada de columnas, arcos y bóvedas. Si los bosques afortunados de los Campos Elíseos no tuvieran en nuestras islas su asiento, esta montaña es una buena prueba de que le debieron tener”.

Tal era el bosque de Doramas, el de los altos tilos y las poéticas umbrías, donde, según el autor del “Templo Militante”, “Apolo sustentaba sus laureles”, “Mercurio las antiguas hierbas”, y

“Los altos tilos, verdes capiteles,
con mil diversos árboles, Diana”.

×

En la bella selva, que tenía unas seis millas de extensión, estableció su morada el joven guanarteme que dió nombre y fama a la histórica montaña. Su recuerdo va unido a una de las gestas más heroicas de los defensores de la Gran Canaria, que acaudillaba el valeroso Doramas.

El trágico fin del “último canario”, como se le llamaba, recuerda el de aquel otro guerrero indígena de Tenerife, caído en la ladera de San Roque. Testigo de sus proezas, el capellán y cronista Gómez Escudero, legó a la posteridad, para gloria del héroe, un interesante relato del dramático final de Doramas. “Subíamos—dice—por las

lomas que van hacia Arucas, cuando nos vinieron al encuentro las huestes del guanarteme. Al frente de ellas aparecía Doramas, con su espada de palo tan fuerte como una partesana, tan grande que un español después no podía jugarla con dos brazos, mientras él la volvía y revolvía en forma de rueda que nadie le podía entrar ni aun con lanza, porque desharretaba los caballos y así se guardaban de él. Fué Dios servido de que no perecieran aquí los cristianos, porque realmente hubiéramos perecido si Vera y todos los suyos no arremetieran a una contra Doramas, enriestrándole las lanzas y cercándole hasta darle muerte. El gobernador hizo entonces que se le cortara la cabeza y traerla puesta en una lanza para ponerla en la plaza del Real, que era la de San Antón”.

X

Otra versión histórica, que difiere bastante de la de Gómez-Escudero, dice que el Conquistador quiso llevar consigo a Doramas para que adornase su entrada en el Real de Las Palmas, pero que al llegar a la cuesta de Arucas se halló el prisionero tan débil y extenuado por la falta de sangre, que comenzó a denotar señales de agonía.

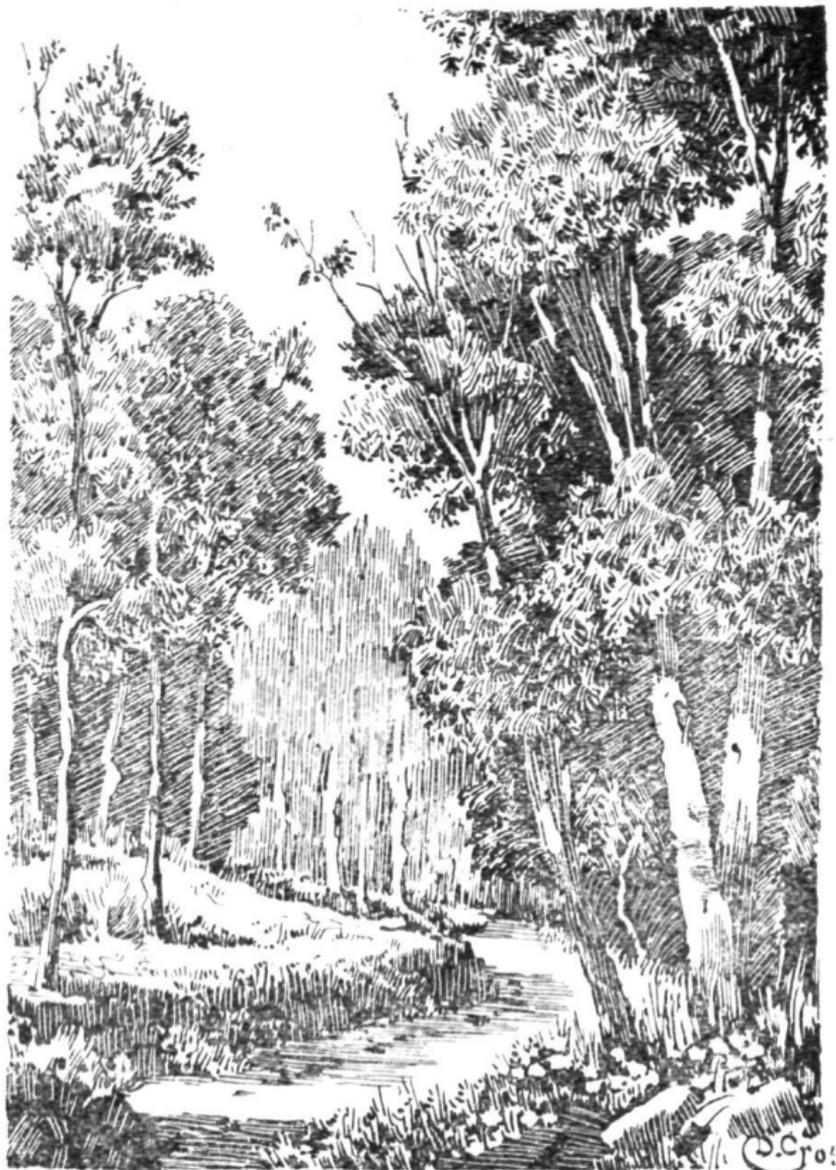
Dispuso entonces Vera que se le diese el bautismo; se trajo el agua den-

tro de un casco de acero, y el mismo general se brindó para servir de padrino.

A los pocos momentos dejaba de existir el desventurado guanarteme, y su cadáver, acompañado de gran pompa guerrera y de muchos isleños que prefirieron el cautiverio a tener que separarse para siempre de su caudillo, fué conducido a la montaña que llevaba su nombre y sepultado en una cueva del barranco de la Virgen. Un cerco de piedra, con una cruz al centro, recordaba a las futuras generaciones que allí estaba sepultado el indómito defensor de la montaña, el bravo Doramas.

Del primitivo bosque, que sirvió de morada el "guaire" célebre, sólo quedan en pie los tilos de las "Madres de Moya", "verdes capiteles" del que fué palacio umbroso, de tan altas y tupidas bóvedas, que jamás el sol pudo penetrar en sus senderos. ¡Tilos centenarios, que velan el sueño del rey Doramas! Tilos consagrados por la Historia y loados por la Poesía en las viejas estrofas de Cairasco de Figueroa:

"Y aquestos son los árboles
que frisan ya con los del Monte Lí-
[bano."



Los tilos de Moya, en Gran Canaria.

Los dragos gemelos de Las Breñas

Con legítimos títulos pudo gloriarse siempre la isla de La Palma de su espléndida riqueza forestal.

Aun hoy, a pesar de las frecuentes devastaciones de sus montes, el paisaje sigue mostrando las galas de una fecunda vegetación que tamiza de verde desde las cresterías de las montañas hasta las hondonadas de los valles, verdaderos oasis de floridos almendros, de palmeras y naranjos.

Mucha de la vegetación de los primitivos montes la han sustituido en gran parte los tilos y castaños, pero siguen dominando en las cumbres los pinos canarios, y, en menos profusión, los mocanes, aceviños y barbusanos de la antigua flora indígena; en las regiones medias, los laureles y palmeras,

y en las zonas del litoral los euforbios, tan característicos del paisaje isleño, que se prodigan en todo el archipiélago como obligado elemento decorativo de la tierra.

Existen, además, especies sólo aclimatadas en esta Isla, como la llamada por los botánicos "Piniriana", de flores azules, y de ocho a diez metros de altura, y ejemplares muy notables de viñáticos, particulamente en las cimas del "Cubo de la Galga". Y sobresalía igualmente por su corpulencia un tilo situado en el lugar de "Acaime", cuyo tronco medía más de catorce pies de circunferencia.

Pero el verdadero "museo" de la flora canaria puede decirse que radicaba, —y de él quedan todavía vestigios de inapreciable valor—, en la famosa "Caldera de Taburiente", considerada como el mayor cráter del mundo (28.000 metros de contorno, 9.800 de diámetro y 707 de profundidad), en cuyo centro se conserva aún un enorme monolito, que los primitivos indígenas llamaban "Idafe", especie de altar donde rendían su culto idolátrico al Dios "Abora".

La extensa Caldera, conocida antiguamente por "Eceró", con su llanura de veinticuatro "yugadas", sus laderas cubiertas de dragos, palmas, pinos, lau-

reles, retamas y “leña-noel”, y las diversas fuentes diseminadas entre las rocas del inmenso receptáculo, que juntaban todas sus aguas, en caudaloso arroyo, por la torrentera de “Axerjo”, constituyó siempre uno de los espectáculos más soberbios, acaso el más maravilloso, de cuantos ha prodigado la Naturaleza en nuestra tierra.

El sabio naturalista señor Berthelot, refiriendo una visita que hizo con su colega Mr. Webb, al citado lugar, decía en 1829: “En presencia de estos vegetales seculares, ocultos en las profundidades de aquel valle volcánico, da uno por bien empleadas las fatigas y los peligros que ha sido necesario vencer para llegar a este antiguo cráter. Sorprendidos desde luego con la mescolanza de aquella vegetación salvaje que ha echado raíces sobre aquellas rocas basálticas, no lo fuimos menos al hallarnos ante un gran “Almácigo” (“*Pistacia atlántica*”), cuyo tronco tenía más de siete pies de diámetro, y de un pino de igual dimensión, confundido entre los laureles, hayas y brezos. En los bordes del torrente que atravesara la “Caldera”, admiraba yo otro pino, cuyas robustas ramas sombreaban un espacio inmenso y formaban una bóveda de verdura que hubiera podido guarecer a un gran rebaño.

Este árbol imponente era quizás contemporáneo de las últimas revoluciones que habían trastornado todo este recinto. En frente se elevaban rocas amenazadoras, montañas sobre montañas, y precipicios que desde las crestas culminantes de la isla caían a pico en el fondo del abismo.”

X

No podía faltar en una región donde tan acentuada característica indígena ofrece aún su vegetación, la especie más genuinamente isleña: el dragón milenario, nuestro árbol simbólico, de fama legendaria, de varonil e inconfundible silueta, erguido en nuestros campos como un monumento de perpetua recordación a la raza aborigen.

Principal ornato de la campiña palmera, raro era el lugar que no contaba con uno de estos “magnates” de la flora indígena, y en algunos sitios, como en la llamada “Punta de los Dragos”, se alineaban como gigantes a las orillas del mar, alzando sus brazos de titanes sobre los acantilados de la Isla.

Muchos desaparecieron, pero aun quedan algunos, incommovibles en sus recios cimientos, que pregonan el vigor y longevidad de la especie.

Entre estos ejemplares, ningunos de tan original atractivo como los dos

dragos de Las Breñas, en el pintoresco valle de su nombre. Arrimados el uno al otro, en fraterna unión, parece como si se hubieran juntado para preservarse de un mismo peligro y vivir juntos, en estrecha coyunda, sus recuerdos de varios siglos.

“Los Gemelos” les dicen en La Palma, y como a tantos otros árboles seculares de las islas, la fantasía popular les ha consagrado su leyenda. Si vais alguna vez a Las Breñas, y os detenéis a contemplar los dragos gemelos, no faltará una vieja campesina, encorvada al peso de los años, que os cuente la desventura de dos jóvenes hermanos, hechizados por una misma doncella, y el trágico fin de sus vidas atormentadas de celos. Y os referirá también cómo expió su culpa la cortejada moza, plantando estos dragos, pequeños brotes de otros que había en el barranco de Las Angustias, y que todas las mañanas regaba con el agua fresca de su cántaro. Lo que quería decir que el mismo amor y la misma compasión sentía por el uno que por el otro amante...

Y así, al calor de la tierra y del recuerdo, fueron creciendo estos dragos gemelos, que según la conseja contienen en sus troncos sangre de los dos hermanos hechizados por la misma doncella.



Los dragos gemelos de Las Breñas, en la Palma.

El “Garoé” o el árbol-fuente

¡El Garoé!... ¿Quién no oyó hablar del árbol-fuente que proveía de agua a la sedienta isla del Hierro? Por una serie de circunstancias, y más que nada por la calidad de sus panegiristas, —grandes científicos, escritores y poetas como Ercilla, Cairasco y Viana— y también por los contradictores que tuvo, algunos de tanta categoría como Corneille y el P. Feijóo, el tradicional árbol contribuyó a dar a la tierra herreña tanta o más nombradía que la de su célebre meridiano, que desde los tiempos de Ptolomeo extendió su nombre por todo el globo.

Después de todo, bien merecía esta compensación el pueblo que tantas adversidades y reveses padeció en sus co-

mienzos históricos. Pueblo de sosegadas costumbres y hábitos patriarcales, que jamás tuvo un baluarte, ni un castillo, ni armas algunas para su defensa, puesto que se creía invulnerable en la fragosidad de sus montañas y seguro en la hidalguía y nobleza de sus habitantes, más duchos en artes y ocupaciones pastoriles que en achaques y empeños guerreros. Vida de Arcadia, sencilla y honesta, sin ambiciones ni luchas intestinas. Industriosas las mujeres, de manos hábiles para la confección de hilados rústicos, alforjas, mantas y "cordoncillos"; frugales los hombres, habituados a las inclemencias y a la escasez de los años duros y calamitosos, cuando sus ganados tenían que alimentarse con raíces de helechos y ellos con frutas silvestres a falta de la otra sabrosa de sus higuerales, comidos de cuervos y langostas... Y, sin embargo, a despecho de privaciones y calamidades tantas, resignados con su suerte adversa, jamás perdieron aquella propensión sentimental y amatoria,—hoy se diría romántica— que se reflejaba en sus primitivos romances, de sabor tan melancólico: "¿Qué importa la leche—el agua y el pan—si Agarfa no quiere mirarme?"

×

Por lo demás, toda esta primera fase

de la historia herreña, acentuadamente bucólica, puede resumirse en estos términos. Un poder patriarcal encarnado en Armiche, su rey, blando, tolerante con sus súbditos, a excepción de aquellos que menoscababan la propiedad ajena, tan duramente castigados, que es fama que el ladrón había de perder un ojo por el primer robo que hiciera, y por el segundo los dos ojos...

Un falso profeta (Yoñe), que había pronosticado que por el mar vendrían, "en casas blancas", los dioses que habrían de tutelar la Isla, cuando los que vinieron eran las aves siniestras de los conquistadores normandos y flamencos, más dañinas que aquellas otras que ya asolaban sus campos. Una montaña sagrada (Bentaica), donde los indígenas rendían culto a "Moreiba", su diosa, la Virgen de sus adoraciones paganas. Un caudillo, (Ferinto), el último "bimbache", despeñado por un barranco para no caer en manos de los invasores. Y un nombre, una roca, que recuerda el valeroso gesto. ¡"El Salto del Guanche"!

Con tales episodios, los viejos cronistas urdieron su historia del Hierro en tan breves capítulos, que parece hecha a medida de las pequeñas dimensiones geográficas de la Isla. Ha sido necesario que en nuestros tiempos

un herreño ilustre, Darias Padrón, tan familiarizado con los archivos canarios, se impusiera la meritoria labor de completar la historia de su país, para que se la conozca en todos sus aspectos y en su interesante y emotiva psicología.

X

De todas las referencias que se han dado sobre el "Garoé" herreño, la más fidedigna parece ser la del P. Abreu y Galindo, uno de los autores más versados en antigüedades canarias, que tuvo ocasión, además, de comprobar personalmente las extrañas circunstancias que concurrían en el árbol isleño.

Estaba de la mar, según decía, como a legua y media de distancia, ignorándose qué especie era, aunque todas sus características eran las de un tilo.

El tronco tenía un grosor de doce palmos y cuarenta de alto, y en sus contornos crecían algunas hayas, zarzas y brezos. Su copa era frondosa y siempre verde, y sus frutos, parecidos a bellotas, gustosos de comer y aromáticos. Todos los días, las nieblas que venían de la mar, impelidas por los vientos del Sur, posábanse sobre la copa del árbol y éste recogía el agua que luego destilaba en forma de lluvia sobre una alberca situada alrededor de su tron-

co. Con esta agua sustentábanse las mil personas que entonces formaban la población de la Isla y aún sobraba para dar de beber a los ganados.

Algunos suponen que eran las raíces del árbol las que atraían la humedad que destilaba, y consideraban esta hipótesis la más segura, porque no siempre había nubes en el "Garoé", "pero sí siempre agua medicinal, que era recomendada para heridas". Y el cronista isleño, Quintana, añade el detalle de que el árbol se hallaba en un cerro árido y estéril, y que no le inmutaba el tiempo, pues ni el estío secaba sus hojas ni la primavera hacía brotar renuevos ni pimpollos. El estanque que le cercaba, de 500 toneladas, según cálculos, rodeábalo una cerca de arena blanca que llamaban "heres", de donde provenía el antiguo nombre de "Hero" de la Isla. Y confirma que de esta agua se sustentaba todo el vecindario, aparte de la que solían recoger en las "pozaz" de arena de los barrancos o en los cóncavos que practicaban en las ramas de los pinos y otros árboles con el fin de conservar el agua de las lluvias, que a tales artilugios tenían que recurrir ante la escasez del preciado elemento.

X

Justificábase, pues, que los herreños

procurasen sustraer a la codicia de los extraños el árbol que en tal forma acorria sus necesidades. Y mayor era este empeño al abrigar la esperanza de que, acosados por la sed, tuviesen los ingratos huéspedes que desistir de sus planes de dominación de la Isla, privándoles de todo sustento. A este fin, idearon una estratagema, tan bien urdida como desdichadamente fracasada por un inesperado revés. Cubrieron el "Garoé" con cañas y ramas, de forma que nadie pudiese descubrir fácilmente el sitio donde se hallaba, y amenazaron con pena de horca a quien osase revelar el riguroso secreto.

Mas no contaban los guardadores del árbol—aquí surge la leyenda, cuento o episodio auténtico—que el corazón de la mujer fué siempre frágil a los impulsos del amor. Y, en efecto, hubo, a lo que parece, cierta moza cortejada por un soldado de la tropa, que poco precavida del mal que iba a hacer a los suyos, imprudentemente orientó al enemigo hacia una cañada que iba por un valle arriba hasta las faldas del risco de "Tigulahe", donde la fuente providencial, el viejo "Garoé" herreño, se ocultaba a la ambición de los extraños... ¡Fatal imprudencia, loca temeridad que hubo de pagar con su vida la atolondrada moza, después de pasar

por la afrenta de su traición a la patria!

X

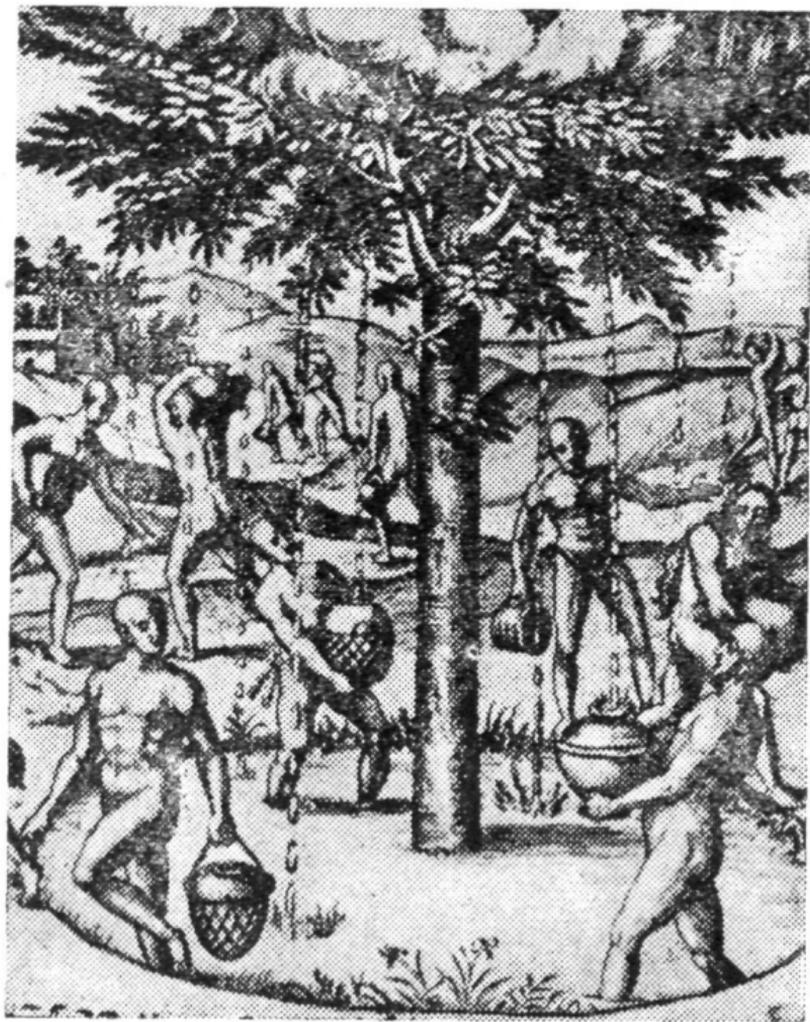
Aquel episodio de leyenda, que comenzó por un simple lance de amor, fué el inicio de graves sucesos y trágicas perturbaciones, que habian de dejar una huella sangrienta en la apacible vida de la pequeña isla. Dueños los invasores del árbol-fuente, en posesión ya de todos sus bienes, de sus dehesas y ganados, extendieron sus correrías en tal forma, con tales vejámenes y atropellos, que el sufrido pueblo tuvo que alzarse en airada y unánime rebeldía. Eran momentos que no admitían esperas ni vacilaciones. Porque cautivo el príncipe Augerón, llevados en rehenes los primates de la Isla y víctima de una traidora celada el rey Armiche, retenido a bordo de una barca en el puerto de Naos; viendo, además, sus hogares violados, sus mujeres escarnecidas y sus hombres reclutados en redadas para venderlos como esclavos, los pocos que en la tierra quedaban habían de sucumbir o rebelarse. Y optaron por luchar contra los opresores. Y del escarnecido pueblo surgió una mano joven y vigorosa, que clavó su daga en el corazón del tirano, el capitán Lázaro Vizcaíno, jefe de las pandillas invasoras del conquistador nor-

mando. Y la Isla, al fin, pudo verse libre de la ominosa tiranía que aun recuerdan los herreños al pasar por el sitio donde dicen sucumbió el odiado gobernador.

Un nombre, bien significativo, lo ha grabado para siempre en la memoria del pueblo: "El corral del capitán Lázaro."

×

Desgraciadamente, pocos años pudieron seguir disfrutando los herreños de los beneficios del árbol-fuente, motivo de tantos afanes. Un violento huracán, desencadenado sobre la Isla el año 1610, destruyó el "Garocé" famoso, "maravilla del mundo." Desapareció el árbol-prodigio, "el de las aguas suaves, templadas y transparentes", pero quedó viva su tradición, compendio de toda una historia de gratas remembranzas y episodios dramáticos a la vez. Tradición que evoca el recuerdo de aquel feliz patriarcado herreño con su rey Armiche, sus adivinos y sus "Moreibas" sagradas, y el de aquella moza incauta, ciega de amor, que, por descubrir el secreto del árbol-fuente, pagó con la vida, en infamante castigo, su traición a la patria...



Antigua estampa del célebre árbol herreño,
El Garoé

“Este es el árbol, amigo“...

También la Gomera, la antigua Junonia, frondosa y bien poblada desde los tiempos del príncipe Amalahuige, tuvo sus árboles de abolengo histórico, de los que ya sólo se conserva su fama en algún viejo manuscrito.

Entre ellos ha perdurado el recuerdo de la llamada "Palmera de la Conquista", que cayó, como tantos otros notables ejemplares de nuestra flora, inmolada por la zafia codicia de los destructores y profanadores de las bellezas forestales de la tierra.

De gran celebridad fué también el "Aceviño de la Fuente", en el camino de Agulo al monte, donde había un pequeño manantial de aguas salobres, conocido por "Fuente de Melchor Gó-

mez". Este árbol producía cierto fruto todo el año y su copa, de hojas encarnadas y negras, brindaba grata sombra a los caminantes. En su visita pastoral a la Gomera, el obispo don Félix Bernui, se detuvo a contemplar el notable aceviño, y "tal fué el fresco y gusto que le dió", que hubo de bendecirlo. Desde entonces se estableció pena de multa para todo aquel que tocara una rama del árbol bendito.

Por lo demás, en todos los lugares de la Isla se brindaban al estudio de los botánicos las más curiosas especies, aparte de los innumerables atractivos y contrastes del suelo gomero, en el que destacaban por sus bellezas panorámicas: Benchijigua, (antigua "Corte del Señor Conde"), con su roque de Agando, sus palmerales y castaños; Alajeró, con sus almendros y morales, y sus quince fuentes de cristalinas linfas; Chipude, con su despeñadero de aguas del Obispo y su barranco de Tagaluche, lleno de sauces, palmas y naranjos; Valle de Santiago, con sus pomares de Imada y Palmarejo, su montaña del Calvario, antigua atalaya en tiempos de las incursiones de los piratas, y su barranco bordeado de ñameras, juncos y cañaverales; Alajeró, con su arroyo de Epina; Vallehermoso, con su barranco de Moncayo y sus molindas de azú-

car; Agulo, con su playa de "Las Sepulturas", por donde se embarcaban las maderas de barbusano y palo-blanco para los ingenios de Adeje; Hermigua, con su arroyo de Monforte, su arboleda de Los Alamos, sus ocho molinos, y sus montes de Ansosa, poblados de ciervos y de rumorosas fuentes...

El ilustre escritor isleño, doctor Bethencourt Alfonso, que visitó la Isla, recorriendo sus abruptas cumbres y sus fértiles valles, en acopio de datos para los estudios históricos y etnográficos que tanto le desvelaban, decía en unas interesantes impresiones de viaje, "que no era posible describir los frondosos bosques de viñáticos, con sus robustos troncos de muchos metros de circunferencia, de aceviños, hayas, brezos y laureles que coronaban sus cumbres, y de orijamas, sabinas, barbusanos y mocaneras que cubrían sus costas, todos de exuberante vegetación y vitalidad tropical; conjunto de atractivos sin cuento para los hombres amantes del estudio y de las bellezas de la naturaleza."

Suelo fértil y pródigo, de tan rica y varia botánica, que hubo de deslumbrar a aquel andariego poeta extremeño, Vasco Díaz Tanco, que a fines del siglo XV escribía en su "Triunfo Gome-ro":

“Bosque más fructífero
el orbe no lo crió,
ni pays más abundoso
que aqueste jamás se vió.”

×

En este marco, de tan vigorosos relieves, surgió el espíritu bravío de la raza, tenaz en la lucha, ágil y diestro en sus acometidas. Aficionados los primitivos gomeros a los ejercicios físicos, refieren los historiadores que apenas sus hijos podían mantenerse sobre los pies, los hacían apostar a cierta distancia y les arrojaban unas pelotas de barro para obligarles a que se resguardasen. Cuando ya eran mayores y estaban más prácticos, les disparaban piedras. Después, dardos sin puntas, y, por último, con puntas agudísimas. Y todo esto, tan impetuosamente como si disparasen con un arma de fuego.

Pues, ¿y su destreza en el manejo de la lanza? Eran casi todas de resistentes maderas de sabelina o acebuche, endurecidas al fuego, y rematadas en ambos extremos por regatones de hierro, con agudas puntas, que clavaban indistintamente en el suelo para salvar los escollos del camino o saltar de una peña a otra. En esta habilidad, los aguerridos gomeros superaban a sus congéneres, los guanches de Tenerife,

de los que es fama que, “con una lanza de nueve a diez pies, y apoyados sobre ella, saltaban desde un cerro a otro, rompiendo los terrones y guijarrales que se oponían a su paso, dejándose rodar suavemente y fijando los pies en partes que no tenían seis pulgadas de ancho.”

La lanza no sólo era cayado para el pastor sino instrumento guerrero para los nobles, como aquella del infortunado conde don Guillén, víctima de sus bélicas aventuras, a que aludía la conocida endecha:

¡Guillén Peraza!,
¿do está tu escudo?,
¿do está tu lanza?
Todo lo acaba
la malandanza...

Y una lanza, también, fué el arma fatal que motivó la trágica muerte de aquel pastor de la leyenda, caído al pie de un viejo mocán en las solitarias cumbres de Alajeró.

¿Cuento? ¿Sucedido histórico? Nada se sabe. Sólo ha quedado, como testimonio auténtico y fehaciente de la tradición, el viejo dístico gomero:

“Este es el árbol, amigo,
donde el muerto mató al vivo”.

Lo demás lo ha suplido la fantasía

rústica con ese su peculiar estilo para amedrentar a las crédulas imaginaciones. Un pastor en la soledad de la cumbre, sin más compañía que la de su lanza y su perro, guardián del rebaño aposentado en la inmediata ladera. Otro pastor que llega, enfurecido, ciego de cólera, porque el rebaño se ha internado en sus predios. La disputa airada, y, de pronto, las lanzas que se cruzan en terrible y dramático duelo. Un mocetón tendido en tierra, chorreando sangre, y unas manos aturcidas que al pie del árbol socavan con la lanza el hoyo que ha de ocultar los despojos de la víctima, para evitar el castigo de la justicia. ¡Y, al final de la trágica faena, al tirar de la lanza apriada entre las raíces del árbol, la aguda punta que se clava en el pecho del matador, hiriéndole de muerte!

Después, algún testigo oculto entre los matorrales del monte, que corre a dar la siniestra noticia. La caravana de campesinos que se dirige a la cumbre, atraída por la novedad del suceso; el horror de la tragedia; la versión distinta, y la mudez escalofriante del viejo mocán, envuelto desde entonces en un ambiente de medrosa leyenda. "Este es el árbol, amigo..."

¿Cuento? ¿Sucedido histórico? Nadie lo sabe. Lo único cierto es que en el

mismo lugar donde parece se hallaba el famoso árbol, se erigió una Cruz que continuó evocando, a través de los siglos, el dramático suceso.

Y los caminantes de la cumbre de Alajeró, al pasar frente a la Cruz, ya no exclamaban como antaño: “Este es el árbol, amigo...” Ahora decían:

“Cata aquí la Cruz, hermano,
donde el muerto mató al sano...”



“Este es el árbol, amigo, donde el muerto mató al vivo”...

Los pinos “gordos”

¡Pinos canarios!... Arbol isleño por excelencia, único de su especie en el mundo; el más útil, el más sobrio y resistente de nuestra flora. Arbol de los mitos indígenas, de las tradiciones religiosas, de las ofrendas votivas. Arbol con justos títulos llamado "canariensi", de nombre tan socorrido entre las mujeres isleñas, tan bello y sonoro: ¡Pino!... Su historia está llena de vicisitudes y heroísmos. Porque ningunos de nuestros árboles fueron tan codiciados y perseguidos, ni supieron resistir como ellos, tan obstinadamente, la saña enemiga.

Todavía en los albores de la Conquista, apenas profanada la virgini-

dad de nuestras selvas, ya comenzaban su acoso y su exterminio. Una guerra implacable, sin tregua ni cuartel, que les obligó a buscar cobijo en las quebradas y las cimas de las montañas, en las márgenes de los barrancos, o entre las escorias volcánicas, procurando un asidero y un refugio contra la cruzada tenaz de sus insaciables enemigos.

De poco sirvieron aquellas enérgicas medidas y prevenciones del primer Cabildo de la Isla, convertidas en ley y mandato para todos los pueblos. "Que en las licencias que se dieran para cortar pinos se exprese siempre que sea obligado el que lleve la tal licencia, a mondar diez pinos pequeños por cada un pino. Que no se corten de menos frente de grueso de dos palmos, so la pena en que caen los que corten madera de pino sin tener licencia para ello. Y que ninguna persona sea osada de cortar pinos para hacer pez, pena de mil maravedís por cada un pino, y de perdimiento de la pez."

Las dilatadas áreas que abarcaban los pinares de la Isla, y que en algunas zonas extendíanse hasta las costas, quedaron bien pronto reducidas a núcleos aislados en los filos y vertientes de las cordilleras centrales. Y aun en ellas sufrieron el asedio de los que

se disputaban el botín ubérrimo de sus resinas y maderas. Maderas veneradas, "del árbol inmortal", para los indígenas, "que no se pudrían jamás ni encima ni debajo de la tierra ni dentro del agua." Maderas sagradas, que sirvieron de sarcófagos para sus reyes y de escudos y lanzas para sus guerreros. Maderas que fueron después techo, lumbre y ornato de los hogares canarios; balcón, postigo y celosía de nuestras mujeres; vigas para nuestros lagares y molinos; aperos para nuestra labranza; canalones para nuestras albercas y antorchas para nuestros pescadores... ¡Maderas privilegiadas, de acres aromas, nudosas y fuertes, resistentes y duras como las rocas isleñas!

X

De la exuberancia de nuestros pinares hiciéronse lenguas todos los historiadores. Viejos cronistas refieren que a principios del siglo XV, sólo en la isla del Hierro existían más de cien mil pinos, muchos de ellos tan gruesos, que dos hombres no podían abarcarlos. En Tenerife abundaban los ejemplares corpulentos en Los Realejos, donde las continuas talas y un voraz incendio ocurrido en 1731, que duró varios días, destruyeron totalmente sus bosques.

Fama tuvo también por sus pinos gigantes la región forestal que se extendía al norte de la Villa de la Orotava hasta los límites de las Cañadas. En esta zona, y poco antes de llegar a la antigua Cruz de la Solera, en el Monte Verde, descollaban por su altura el pino llamado del "Dornajito", del que perdían, a modo de cabellera, grandes festones de plantas parásitas, el "Pino de las Meriendas" y el de "La Caravela", en lo alto de la escarpada colina de su nombre. A través de estos grandes árboles, observó el ilustre viajero inglés, Mr. Edens, visitante de Tenerife a principios del siglo XVIII, cómo se incendiaban en el aire, a modo de cohetes, algunas materias sulfúreas.

Ninguno de estos pinos seculares existe ya. Todos sucumbieron como aquellos "viejos del bosque", los "viejos de alma grande", evocados en su "Tarde en la Selva", por nuestro poeta Tomás Morales:

"Heridas por la muerte las savias
[vigorosas,
ved cómo el triste extiende sus ramas
[bienhechoras".

×

Mejor suerte corrieron los pinos "gordos" en la región del Sur, sin duda por-

que la distancia y lo abrupto del lugar contribuían a resguardarlos en parte del odio y la barbarie de los perseguidores del árbol. Así han podido prolongar su existencia hasta nuestros días ejemplares tan notables como el pino de Tágara, en Guía de Isora, de bravo e imponente aspecto, y los más conocidos de Vilafior, que el vulgo ha bautizado con el gráfico nombre de "pinos gordos".

En uno de los escenarios más bellos de la Isla, al abrigo de la pequeña cuenca coronada por las alturas de San Roque, El Sombrerito y El Guajara, a lo lejos, estos colosos de la selva son como símbolo viviente del vigor de la raza. Uno de ellos, producto de una gemelización, mide más de sesenta metros de altura y ocho de circunferencia del tronco, y cuenta en su viejo historial con el honroso título de haber sido proclamado "campeón" en un concurso nacional organizado por la Revista de Montes para premiar el ejemplar de mayor desarrollo entre todos los de las regiones españolas. Y no le va en zaga en corpulencia y majestuosidad otro existente en el sitio conocido por la Madre del Agua, de 65 metros de altura y 7.75 de circunferencia, que compite en altivez y belleza con su congénere del Monte de Agua Agria.

Todo es grato y sugeridor en el ámbito que rodea a estas imponentes moles vegetales: luz diáfana, de cielo alegre y sereno, rumor de fuentes cantarinas, aromas suaves de ardisias y codesos, y aires tonificantes y asépticos, de fama universal.

Pinos venerables, que sirvieron de baluarte a las huestes del rey Adjoña y presenciaron los arrobos místicos de aquel joven lugareño, Pedro de Bethencourt, soñador de aventuras en Indias, más tarde misionero ilustre, fundador de los betlemitas en Guatemala.

Pregoneros de la leyenda; venerables vestigios de la antigua Mirafior, célebre por sus bosques y sus fuentes, y también

“por el alto renombre que de bella tuvo una guancha en ella celebrada”.

¡Quién sabe si, a la sombra de estos ingentes pinos de Mirafior, halló su asiento la tradición famosa de las dos fuentes de las Islas Afortunadas: la de las aguas agrias que hacían llorar y la de las aguas dulces que hacían reír!... Por lo que no se podía beber de la una sin buscar el remedio y el consuelo de la otra...



Los pinos "gordos", de Vilaflor.

El pino de Buen - Paso

**¡Adiós, pino de Buen-Paso,
adiós, Santa Catalina,
adiós, San Juan de la Rambla,
ya se va quien te quería!...**

(Copla popular)

Camino del Norte. Todo él era una bóveda de follaje. Un manto de verdura prendido de las altas cumbres de Tigaiga, que se extendía por las vertientes de las montañas y los cuencos de los barrancos hasta los acantilados de la costa. Caminando de la Octava para Garachico—decían los cronistas, allá por el año de 1600—pasábase en medio de un bosque lleno de cedros, cipreses, laureles, acebuches, lentiscos, sabinas, palmas y pinos, cuyo

agradable perfume transportaba el aire a las cercanas comarcas. Y tal era la abundancia de estos árboles que los toneles para el vino se fabricaban con sus maderas.

Los Realejos, San Juan de la Rambla, Icod, Garachico, todas eran zonas de pinares bordeando las huertas de viñedos, escalonadas a lo largo del camino, desde las lindes de los montes hasta las orillas del mar. Entre estos pinares sobresalían los de la vertiente oriental de Icod de los Vinos, en los que abundaban las "pinetas" (¿Pinos hembras?), diferentes de los demás por su copa redonda. Estos pinares llegaban hasta el barrio de Buen-Paso, distante unos cinco kilómetros de la industriosa Villa, tan reputada por sus cepas y lagares como por sus manufacturas de sedas, encajes, tafetanes y terciopelos.

En este barrio de Buen-Paso, de tierras fértiles, cubiertas de pámpanos en su mayoría, destacaban por su extensión y el ornato de árboles—manzanos, perales y naranjos—las del Maycrazgo del Hoyo, Marqueses de San Andrés; fincas que llevaban, y aun conservan, los nombres familiares de "El Vizconde" y "La Vizcondesa".

Por estas tierras anduvo, pues, aquel galante y cumplido caballero, don Cris-

tóbal del Hoyo y Solórzano, Vizconde de Buen-Paso, de cuyas aventuras y donaires se hacen lenguas todas las crónicas. Y andaría, seguramente, en aquella época en que, cansado de sus correrías por el mundo, pensaba filosóficamente, con certera ironía, “que dos amigos de gusto valían más que cien, y dos damas sin embustes o dos pastoras con medias más que doscientas con mil caprichos y doscientas necesidades.”

Y recorrería a diario sus viñas, visitaría sus bodegas y tornaría a meterse en su casa de campo, perfumada por los azahares de los naranjos, a repartir, cuando lo había, el sobrante de sus dineros entre los pobres, “sin el embuste de darles de comer carnes ciertos días, sino pan y arenques, camisas y sayos...”

Era en los años prósperos del comercio de los vinos, los acreditados “vidueños” y “malvasías” de Tenerife, más célebres que los de Grecia y de Falerno, de estima tan universal, que hubo de instituirseles como premio del rey de Inglaterra al mejor vate del reino. Y es fama que, cada año, el laureado poeta percibía, como galardón y recompensa, un regalo de cien libras esterlinas... y una barrica de vino de Tenerife.

Al norte de las citadas fincas de "El Vizconde" y "La Vizcondesa", y en la encrucijada del viejo camino de herradura que conducía de la Orotava a Buenavista, se alza una pequeña ermita, —la de Nuestra Señora de la O—, y en sus cercanías un corpulento pino, con un rústico altar de mampostería rodeando el tronco, y sobre el altar tres cruces de madera, medio carcomidas por el tiempo. ¡He allí el Pino de Buen-Paso, de tan luenga edad, que se le considera coetáneo de la Conquista!

De este árbol y de la ermita situada en sus alrededores, nos suministra algunos datos el culto cronista icodense, Emeterio Gutiérrez, tan conocedor de todo lo tradicional y típico de su región, y tinerfeñista de verdadero abo-lengo.

El anciano pino ha sido siempre considerado como "árbol sagrado" por los vecinos del lugar, que sostienen la tradición, heredada de los más remotos tiempos, de que en el ara de tosca piedra que rodea el agrietado tronco del árbol, ofició una misa el capellán que acompañaba a las tropas conquistadoras cuando éstas, tras las paces solemnes de los Realejos, destacaron sus avanzadas hacia el antiguo reino de Bellicar.

Respecto a la ermita se ignora exac-

tamente la fecha de su fundación, pero existe una escritura pública, otorgada en enero de 1618, por el vecino de Dautte, Gaspar Jorge, instituyendo un tributo a favor del santuario de Buen-Paso, sobre una huerta de viña y lagar en el término de Los Silos.

El 18 de diciembre, festividad de la Virgen, se recogía limosna con la Cruz alzada y demás símbolos religiosos en una casa que el capitán Martínez Alayón poseía en Icod, para lo cual había dispuesta una sala en la parte baja del edificio. Y de allí fué trasladada la imagen a la ermita de Buen-Paso, que a la sazón se hallaba en reparaciones, continuando después su culto en el primitivo santuario.

×

Desde aquella fecha—va ya para más de tres siglos—el pino de Buen-Paso y la Virgen de la O han vivido, puede decirse, en estrecha e inseparable vecindad, juntos en la soledad de la campiña, acariciados por las mismas brisas de las cumbres cercanas.

Desde entonces también, cada año, la pequeña ermita se acicala de blanco y se engalana con palmas y laureles para celebrar su fiesta mayor, el día de Santiago.

Una abigarrada multitud de labrado-

res invade la plaza de la ermita, y a la hora de la procesión se apiña tras las andas enramadas de la Virgen. Danzas y tamboriles acompañan su marcha, lenta, ceremoniosa, hacia el cruce del antiguo camino de herradura, sombreado por las ramas del pino centenario, que parece extender sus brazos acogedores sobre la alegre romería. Póstranse los viejos de rodillas, persigúnanse las mozas, y ante las tres cruces del altar de piedra donde se dice oficio el capellán de las tropas conquistadoras su primera misa, la multitud prorrumpe en aclamaciones y "ajijides". ¡Viva, viva el pino de Buen-Paso!...

La escena tiene sabor de égloga virgiliana. Repica alegremente la esquila en la espadaña de la ermita; reverbera el sol de Julio sobre la campiña alborozada, y flotan al aire los pañuelos de las mozas, en profusión de colores: blancos, gualdas, anaranjados, rojos encendidos... En la lejanía, sobre la mancha verde de los pinares que cubre las lavas del volcán, alza el Teide su cono gigante entre una gola de nubes. Susurra el viento en la copa del pino, y sus ecos, de acentos musicales,—sinfonía de silbos, de cadencias varias—, parece como una salmodia del viejo árbol a la Virgen de la O.

Torna la comitiva a la plaza de la

ermita; se aleja el rumor de los tambores y el "tajaraste", y vuelve a sumirse el pino en el silencio y soledad de su retiro. ¡Hasta el año siguiente, que reaparezca la romería con sus músicas pastoriles y sus mozas risueñas!...

×

¡Pino del Buen Paso! ¡Inseparable guardián de la Virgen de la O! ¡Con qué emoción se despedían de él los emigrantes, al alejarse del Valle, rumbo a las Américas, con su hatillo de ilusiones y recuerdos al hombro!

¡Adiós, pino de Buen-Paso,
adiós, Santa Catalina!...



El pino de Buen-Paso, en Icod.

Otros pinos históricos

Entre los antiguos pinos de Tenerife, igualmente asistidos de tradición religiosa, hemos de mencionar, por su relieve histórico, el que se eleva junto a la vieja iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, en la pintoresca Villa de la Victoria de Acentejo.

Al joven historiador tinerfeño, Buenaventura Bonnet, uno de nuestros más reputados eruditos, se debe la divulgación de interesantes antecedentes de este pino, que puede catalogarse, como su congénere de Buen-Paso, entre los árboles merecedores de la veneración y respeto del pueblo isleño.

“En el lugar—nos dice—donde ganó la célebre batalla el conquistador Fernández de Lugo, dispuso el general que se

levantara una ermita, dedicada a la Virgen de los Angeles. La ermita era primero de piedra seca, y como no pudiera resistir el peso de las campanas, se aprovechó una de las gruesas ramas de un alto pino que junto al sagrado lugar existía para sostener una campana que anunciara a los fieles los oficios divinos”.

Investigando en el archivo de la Iglesia de la Victoria, el señor Bonnet halló una disposición del Obispo Cervera, ordenando se cortaran los gajos del pino que caían sobre el camarín de la Iglesia, ante la amenaza de una considerable ruina para el edificio; que se tapiara a cal y canto la ventana del camarín que miraba a la parte del osario y que se cortara también el laurel que estaba por demás en aquel sitio...

“Las reformas del prelado—termina diciendo el señor Bonnet—se cumplieron al pie de la letra. Hemos tenido ocasión de ver la ventana del camarín tapiada que se destaca perfectamente del resto de la pared, y el pino conserva aún el muñón de donde salía una rama en dirección a la iglesia, que fué sin duda la que sostuvo en otro tiempo la campana de la humilde ermita de piedra seca.”

La Villa de la Victoria se ufana de conservar esta pino venerable, testigo

de uno de los episodios más culminantes de la Conquista: el triunfo de las armas castellanas de Fernández de Lugo tras la jornada trágica de la Matanza de Acentejo.

×

Otro pino histórico, el de la Villa de Teror, de tradición tan conocida, ha dejado recuerdo impercedero por su legendaria fama, avivada por la fe religiosa y el culto de que fué objeto durante varias centurias en la isla de Gran Canaria.

La vieja y donosa leyenda corre todavía de boca en boca en el pueblo de Teror. Una luz en lo alto de un pino que infunde temor a los gentiles. Un prelado animoso, don Juan de Frias, que sube a la copa del árbol y encuentra una hermosa estatua de Nuestra Señora, de unos cinco palmos de alto, sobre una peana de piedra blanca, y a su alrededor dos pequeños dragos, entre verdes festones de culantrillo, "tan fresco y tan lozano como si estuviese en un peñasco, regado de algún manantial."

Al pie del pino, que era muy frondoso y de ancho tronco, corría una fuente, "hasta que habiéndola cercado de piedras un cura ávido, y puéstole llave para que contribuyesen con limosnas los que acudían a sus necesidades a buscar

el remedio, no tardó la codicia en secar aquella piscina saludable.”

Del descubrimiento famoso, hecho por don Juan de Frías en la copa del centenario árbol, surgió la fervorosa devoción que el pueblo canario viene profesando desde entonces a la Virgen del Pino, Patrona de la Gran Canaria, tan loada en romances y en viejas coplas populares.

La Virgen del Pino es mía,
que en el pinar me la hallé,
cogiendo ramos de pinos
para su hijo Manuel...

cantan aún las romerías en recuerdo del memorable suceso, y la antigua copla pone temblores de emoción en los labios de los isleños ausentes, que llevan siempre sobre sus pechos una medalla o un recuerdo de la Virgen del Pino..., la de la lucesita encendida en medio del solitario pinar.

Una mañana del mes de abril de 1684, el vecindario de la Villa de Teror se despertó con la sorpresa de ver que el viejo pino inclinaba su tronco sobre las paredes del santuario de la Virgen, que se había edificado junto a él; sacóse precipitadamente la imagen de la Iglesia, y a los pocos momentos el árbol se derrumbaba con estrépito.

Los historiadores, al narrar el suceso,

atribuyen la ruina del pino a habersele convertido en campanario y no poder resistir los gajos la pesada carga.

X

Y hemos de mencionar, por último, otro pino de nombradía histórica, el de la Villa de El Paso, en la isla de La Palma, que se considera igualmente contemporáneo de la Conquista. En su tronco se hallaba tallado un nicho con una pequeña imagen a la que rendían culto los campesinos.

“Un leñador de la vecindad,—contaba M. Berthelot—, adelatábase todas las noches, recogido y silencioso, hacia la capilla para encender un farol. Cuando se pasaba, al entrar la noche, al lado del Pino santo, la lámpara que velaba solitaria en medio de la oscuridad, daba una impresión de recogimiento. Varios leñadores, que acababan de terminar su faena, regresaban cantando a la aldea.

—Estos árboles—me dijo uno a quien pregunté—son el sustento de nuestras familias; nuevos, nos suministran sus ramas y su resina; viejos, nos aprovechamos de su madera.

—¿Y cuándo se acaben? ¿Quién os alimentará?—les dije.

—Los pequeños se hacen grandes, y nuestros hijos hallarán otros.

—¿Respetaréis al menos el Pino Santo?

A esta pregunta, el buen hombre se detuvo, y luego dijo:

—Esos no nos pertenecen a nosotros.

—¿A quién entonces?

—¡A la Virgen!—exclamó humildemente, quitándose el sombrero.”

×

La veneración religiosa que estos árboles inspiraban al campesino canario, les preservó de la codicia y contribuyó a que prolongaran su existencia durante siglos mientras caían a centenares, cercenados por el hacha o barridos por las llamas de los incendios, los pinos que embellecían nuestras cumbres. ¡Pobres víctimas propiciatorias de la zafiedad rural!



El pino de la Victoria de Acentejo.

Los dragos milenarios

¡Dragos!... He aquí a los magnates de nuestra flora. Recios, ciclópeos, sombríos, todo en ellos tiene un sello característico de grandeza, de monumento prehistórico, que no lograron remover ni reducir a pavesas las fraguas de los volcanes. Fuertes e incommovibles en sus sillares de roca, ahincan sus raíces en el corazón de la tierra, y el jugo que la sorben lo convierten en savia de color de púrpura.

¡Qué adustez tan especial tienen estos árboles milenarios, que no han logrado "familiarizarse" con el pueblo! Recluidos generalmente en solitarios lugares, a extramuros de los pueblos, en oquedades sombrías como los del barranco del Infierno, en Adeje, o en las escarpas

de las rocas, como los de "Los dos riscos", de Taganana, dijérase que les atrae la soledad. Misántropos del reino vegetal, dan siempre, al contemplarlos, una sensación de rigidez, de aplomo, de consistencia pétrea. Pasan los ciclones sobre ellos, y ni siquiera estremecen sus ramas. Los vientos se desflecan en sus hojas cortantes y aceradas como dagas, y acálianse sus ramos bajo la copa sombría, de recia urdimbre, como si temieran despertar al monstruo dormido...

Apologistas ilustres—Humboldt, Dumont D'Urville, Leopoldo de Buch, Lecerq, entre otros—han ensalzado su belleza, considerándolos como una de las especies más curiosas del mundo vegetal. Por su parte, el conocido escritor español, Eugenio Noel, lamentábase de que todos hablasen de ellos, menos los escritores nacionales. Lo mejor que se ha escrito sobre la vegetación de Canarias, decía, es extranjero, alemán casi siempre. "Y, no obstante, —añadía—, vale la pena de trasladarse a Icod, aun con los ojos llenos del deslumbramiento de la Orotava, y ver al Teide desde el drago, desde su sombra legendaria y prehistórica contemplar aquel cono impassible, lleno de sol, que sacude los nervios con bárbara valentía. Desde ninguna parte el Teide

es más bello. Y hasta esa belleza parece prestársela el árbol. Dignos el uno del otro, este gigante vivo inspira la idea de que ha de perpetuarse en el tiempo más, mucho más, que la mole muerta del enorme picacho.”

Y un ilustre botánico, gran enamorado de nuestros árboles, el doctor Masferrer, recordando que los aborígenes del Archipiélago veneraban el drago como un genio bienhechor, decía que debiera castigarse al que se atreviera a cortarles algún gajo y premiar, en cambio, al que mejores y mayor número de ejemplares hubiese propagado en cierto espacio de tiempo. Y añadía que donde existió el célebre drago de la Orotava debiera erigirse un monumento histórico, con cuatro jóvenes dragos que señalaran en su alrededor los cuatro puntos cardinales.

X

La edad de estos monstruos vegetales ha sido objeto de grandes disquisiciones científicas. Todas coinciden en que tales árboles existían mucho antes de la Conquista, corroborándolo las escrituras de datas que hicieron los conquistadores al repartir las tierras ocupadas por los bosques, respetando los dragos. Piazzi Smith cifraba la edad del antiguo drago de la Orotava en

cuatro o cinco mil años, y como prueba de su antigüedad se cita el testimonio de Cadamosto, de que al visitar Tenerife, a mediados del siglo XV, ya se encontraba el árbol en decadencia.

Otro tema de discusión científica ha sido la procedencia de esta especie. Algunos la consideraron oriunda de las Indias orientales o del Norte de Africa. Otros, como los señores Webb y Berthelot, tan conocedores de la flora canaria, a la que dedicaron largos y minuciosos estudios, coinciden en que se trata de una especie indígena comprendida en las del primer clima, y particular de nuestro Archipiélago, así como de la Madera y Porto Santo.

No ha faltado tampoco algún historiador, dado a la fantasía y a la leyenda, que ha creído ver en estos árboles el fabuloso *Dragón de las Hespérides*, guardador de las manzanas de oro, ni quien, más explícito aún, asegurase haber descubierto, a través de su lente, la imagen del monstruo terrible reflejada en el interior del fruto.

En cuanto a su clasificación botánica, algunos autores los incluyen en la familia de las palmas; otros, en la de los lirios por la forma de sus brazos, redondos y lisos, de cuyos dedos parte la hoja, "semejante a la del lirio cárdeno", y casi todos los consideran per-

tenecientes a la clase de los espárragos por la especial estructura de su tronco sin madera, de sustancia esponjosa, que utilizaban los indígenas para rodela o construcción de corchos para abejas.

X

Entre los dragos que más celebridad han tenido en la isla debe citarse, en primer lugar, el que existía en el antiguo jardín de Franchy, en la Villa de la Orotava. Su fama trascendió a todos los países del mundo, y en libros y crónicas aparece mencionado como una de las grandes maravillas de la Naturaleza.

Piazzí Smith, que lo muestra en curiosa estampa litográfica, le dedica extensas páginas en sus impresiones de viaje. ¡Pobre y anciano árbol, exclama, cuyo tronco está hueco! Cuando Lugo y sus conquistadores, en 1496, establecieron allí el dominio español, su tronco sirvió de capilla para la celebración de los santos misterios: antes sirvió para las reuniones drúidicas entre las tribus guanches por muchos siglos. ¡Cuán frágil no está ahora! Una tempestad, en 1819, arrancó una rama, y más recientemente unos bárbaros cortaron un trozo grandísimo de su hueco tronco para el museo de Botánica de Kew. Así que, en vez de cre-

cer en anchura, este árbol se iba aniquilando, hasta que el señor Marqués del Sauzal, propietario inteligente, entró en posesión de él.

Por su parte, el naturalista Le Dru, de la expedición francesa del año 1796, dice: "Ví en el jardín de Franchy un drago, el más hermoso de cuantos hay en las islas, y quizás en todo el globo: tiene 20 metros de altura, trece de circunferencia en su parte media, y veinte y cuatro en su base."

Entre los gajos de su elevada copa había una mesa, con asientos para catorce personas, en la cual se sirvió un banquete el año 1792, en honor de la embajada inglesa, presidida por lord Macartney, que hacía viaje para el Extremo Oriente. La distinguida comitiva pudo albergarse perfectamente en el amplio espacio que dejaban los cuatro grandes brazos del árbol, donde se improvisó una sólida plataforma con galería exterior para el servicio y una cómoda escalera para subir a ella.

Desde los "ventanales" del original comedor, abiertos a los cuatro vientos, pudieron admirar los ilustres comensales los distintos paisajes del Valle, desde las lejanas cumbres de los Realejos hasta las orillas de la costa, orlada de blancas espumas. ¡Un espectáculo que sólo podía ofrecerles Tenerife con su

gigantesco drago y su maravilloso escenario!

En junio de 1819, un violento huracán destruyó la soberbia copa del drago, quedando únicamente el tronco, en el que se colocó una plataforma para tapar la hendidura abierta e impedir la infiltración de las aguas, y así se conservó hasta el año 1867, en que otro huracán acabó de destruir el histórico árbol, verdadero monumento de la Naturaleza, que causaba la admiración de propios y extraños.

×

Otro de los dragos notables de la Isla, por su majestuoso porte y su amplia y bien contorneada copa,—el de Santo Domingo, en La Laguna—, era el horóscopo de los campesinos para sus barruntos del tiempo. Si el árbol florecía por el lado norte, el año era de lluvia en los altos; si por el sur, tiempo de costa. Y ¡ay de nuestros campos cuando los dragos no florecían! A este propósito, un observador anotó el hecho de que el año 1851, que fué de espantosa sequía en la Isla, florecieron todos los dragos al llegar el mes de agosto. Al siguiente invierno, las lluvias fueron generales en las islas, y costas y medianías se cubrieron de verdes sembraderas.



De este drago, como de los demás, se extraía por incisiones en el tronco un jugo resinoso de color encarnado, que al contacto del aire se solidificaba en la corteza; tal era la famosa "sangre de drago", de la que decía un escritor extranjero: "Estando la luna llena sudan estos árboles una goma clara y colorada, mucho más astringente que el "sanguis draconis", que nos viene de Goa y de otras partes de las Indias orientales, porque los judíos, que son los droguistas de esos lugares, para ganar y engañar lo falsifican y multiplican con tantos ingredientes que de una libra hacen cuatro".

Este preciado producto fué objeto de un gran comercio con los antiguos romanos y hasta el siglo XIX con muchos países de Europa que lo utilizaban para curas medicinales, fabricación de tintes y barnices y especialmente para usos dentríficos. La industria llegó a ser de tal importancia que se estableció diezmos sobre ella, proporcionando considerables ingresos al erario insular.

El escritor Bory de Saint-Vincent, que en 1804 visitó el drago de La Laguna, decía hablando de la famosa droga isleña: "La mayor parte de los viajeros de nuestra expedición de exploradores, adquirieron en La Laguna, en un con-

vento donde había unas encantadoras religiosas, paquetes con residuos vegetales de color encarnado (“sang de dragón”), que les recomendaban para la conservación de dientes y encías. El mejor elogio que puede hacerse de la pequeña mercancía es que las jóvenes religiosas tenían todas la “boca fresca y bella”.

×

De los demás supervivientes de la especie, que son motivo de orgullo para Tenerife por el interés que despiertan entre cuantos extranjeros visitan la Isla, corresponde el título de honor al drago de Icod, considerado como el más antiguo del Archipiélago.

Los naturalistas han coincidido casi todos en asignarle una edad de más de 3.500 años. Su base tiene un perímetro de doce metros y la altura del tronco, hasta la copa, más de catorce metros.

Hasta tal extremo es famoso y digno de estudio este árbol, que siendo ministro de Fomento el señor Gasset, en un Decreto que publicó sobre Parques Nacionales, en febrero de 1917, decía: “Igualmente deben catalogarse todas las demás particularidades aisladas notables de la Naturaleza patria, como grutas, cascadas, desfiladeros, y los ár-

boles que por su legendaria edad, como el Drago de Icod, por sus tradiciones regionales, como el "Pino de las tres ramas", junto al santuario de Queralt, o por su simbolismo histórico, como el Arbol de Guernica, gozan ya del respeto popular."

El gigantesco drago, consignaba también en un informe oficial el ingeniero jefe de Montes, señor Ballester, "simboliza el ocaso de una flora antidiluviana, tan próxima a ser del dominio paleontológico, que acaso sean estos ejemplares que nos restan en Canarias y otros muy contados del continente africano, la última representación del paso de esta colosal especie por nuestro planeta."

El año 1907, con motivo de una visita que hicieron a esta Isla los profesores y alumnos del Colegio Politécnico de Zurich, estuvieron en Icod ocho días dedicados a estudiar el drago y sus características más esenciales. De dichos estudios dedujeron que su edad era de 2.500 años.

En los últimos tiempos, el árbol ha sido objeto de solícitos cuidados por parte de la Municipalidad de Icod, lo que habla muy alto de la cultura de sus habitantes, contrastando con la enemiga que en pasadas épocas se sentía en Tenerife por todo lo que re-

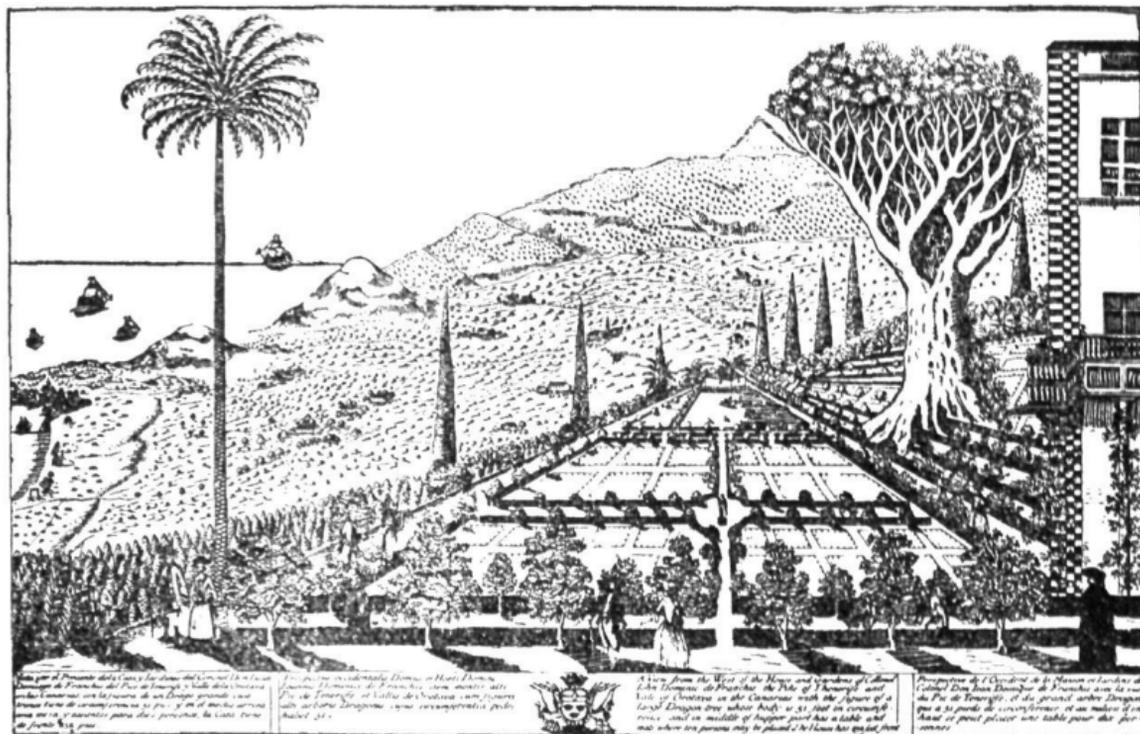
presentaba belleza y ornato para nuestra tierra. Refiere a este propósito el señor Masferrer, el siguiente episodio:—Hace ya no sé cuántos años que al propietario del hermoso drago de Icod se le había ocurrido cortar el árbol porque le perjudicaba. Acertó en aquel mismo tiempo a ir a Tenerife un naturalista inglés que, con el propósito de ver todo lo que de notable tiene la isla, fué a Icod con el principal objeto de estudiar aquel famoso ejemplar de drago.—“Muy a tiempo ha venido usted, le dijeron al llegar a Icod. Dentro de poco no habría podido usted satisfacer los deseos de ver el citado árbol, ya que su dueño lo va a cortar de un día a otro.” “¡Ah!—exclamó sorprendido el inglés—en este caso ya no sólo me interesa ver el árbol, sino que quisiera, además, tener el gusto de conocer a su dueño.”—“¿Y para qué?”, le preguntaron.—“Para pedir su retrato, que pienso publicar en alguno de los periódicos ingleses ilustrados, poniéndole al pie: “Fulano de Tal, canario civilizado aún, que acaba de cortar el más hermoso drago de Tenerife.”

Afortunadamente, el histórico árbol sigue en pie, venerado y admirado de todos, y continúa exhibiéndose al visitante, con su rugoso tronco carcomi-

do por los siglos, como una de las más notables curiosidades de la Isla.

Admirable vestigio del pasado, bien puede decirse de él, como de la vieja encina de Gabriela Mistral:

“El peso de los nidos fuerte no te ha
[agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir,
no ha agitado tu fronda sensible otro
[cuidado
que ser ancha y espesa para saber cu-
[brir.”



El antiguo jardín de Franchy, en la Orotava

Palmeras canarias

No se concibe un paisaje canario donde no luzca la silueta grácil, ondulante y bella de la palmera. Sin su penacho alegre, nuestras campiñas parecen vestir de luto. En cambio, cuando su verde abanico se recorta en el cielo azul, hasta los lugares más sombríos, de ambiente más melancólico, se tornan plácidos y sonrientes.

¡Palmeras canarias! Puede decirse que no había un palmo de tierra en las islas que no contara con uno de estos emblemas de paz, airon señero, guías y jalones del caminante... De ahí que se prodigara tanto su nombre en nuestro suelo. Valle del Palmar, El Palmito, Palmitales, Río de las Palmas... Abundaban en todas las latitudes. En las

altas colinas y en los hondos barrancos; en el regazo de los valles y a las orillas del mar. Solas, en parejas o en grupos. Algunas ocultas en las umbrías de los bosques, otras al lado de corpulentos dragos, como una bella silueta femenina junto a la recia masculinidad de nuestros árboles milenarios. Castas doncellas seducidas por los héroes de nuestra flora, que parecen acercarse a éstos con temor...

¡Palmeras canarias! Antiguas atalayas guerreras..., ¿qué sería de nuestra tierra sin la nota de color y belleza de sus airosos penachos?

×

La historia de nuestras palmeras arranca de los tiempos más remotos. Desde las expediciones del siglo catorce, ya hacen mención los cronistas de los grandes bosques que existían en Gran Canaria. Posteriormente, a la llegada de los conquistadores a aquella Isla, decidieron dar el nombre de Las Palmas a la incipiente ciudad, antes llamada del Guinguada, en atención, según el P. Sosa, a haberse hallado tal número de palmeras, "muchas tan desmedidas en lo alto, que parecían se avecinaban con las estrellas; algunas de las cuales, añade, conservan hoy sus ciudadanos, lo uno por ser de quienes to-

mó la ciudad tan remontado nombre, y lo otro porque sirve su altura en muchas ocasiones de fijo norte para que los mareantes vengan por ellas en conocimiento del parage en que se hallan.”

También fué de renombre histórico el palmar de Fuerteventura, ya mencionado en anteriores páginas. Era conocido por el “Río de las Palmas”, y he aquí cómo lo describen los cronistas que acompañaban a Gadifer en su primera incursión en aquella Isla. Marchaban por la orilla del arroyo cuando se encontraron los expedicionarios con Ramonet de Lenedan que les esperaba “ a la entrada de las palmeras”. Esta entrada se hallaba tan cerrada, que era una maravilla; tendría de largo dos tiros de piedra, y de ancho dos o tres lanzas. Allí les fué preciso quitarse los zapatos para no resbalar sobre las piedras del pavimento, que se hallaban tan lisas, que no era posible sostenerse en ellas sino con pies y manos, y aun era preciso que los de detrás apoyasen los pies en los extremos de las lanzas de los de delante. Después de este paso, entraron en un valle, llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua. En este valle se podían contar más de ochocientas palmeras, que lo cubrían con su sombra, separadas en grupos de

ciento y ciento veinte, de más de veinte brazas de alto, y cargadas de hermosos racimos de dátiles, que era una delicia verlas. Y en aquel sitio se detuvieron unos momentos a descansar, bajo las sombras de las palmeras, a la orilla de uno de los arroyos...

X

En Tenerife sobresalían los grandes núcleos de palmeras de la Matanza, la Victoria, Santa Ursula, Buenavista y el Valle del Palmar, hoy totalmente yermo de arboleda después de ser uno de los lugares de la Isla de más fecunda y productiva vegetación.

Con ello perdió nuestro suelo, al par que la galanura y belleza de estos árboles, las ópimas cosechas de dátiles que eran sustento y riqueza de sus habitantes.

En otras islas, como en la Gomera, además de los frutos, era objeto de una importante industria el jugo de la palma, que proporcionaba grandes cantidades de miel (cerca de una barrica cada árbol), y un sabroso licor, conocido por "garapo", de agradable sabor a limón.

Y, sin embargo, este árbol tan útil, y de tan alto valor ornamental, va desapareciendo de nuestras islas.

Uno de los ejemplares más históri-

cos, la llamada "Palma de la Conquista", en el pueblo de Alajeró, fué derribado hace unos años "para convertir su tronco en tablones destinados a la venta."

Y otro ejemplar notable por su antigüedad, el que existía en el jardín del Marqués del Sauzal, en la Orotava, cayó abatido por un huracán en el año 1918. Tenía una altura de veintinueve metros y había resistido hasta entonces los más furiosos temporales sin perder su bello y gallardo perfil.

×

¡Palmeras canarias! Antiguas atalayas guerreras..., ¿qué sería de nuestra tierra sin la nota de color y belleza de sus airosos penachos?



Palmeras canarias

Los álamos de San Diego del Monte

Cuántas descripciones han llegado hasta nosotros sobre el primitivo bosque de San Diego—la pequeña floresta lagunera, de gratas umbrías, solaz de los ojos y del espíritu—coinciden en ponderar sus bellezas y las del espléndido marco que le rodeaba. Perspectiva alegre y dominante, una espesa arboleda de robles, castaños y laureles, poblada de millares de aves canoras—mirlos y capirotos, horneros y canarios—, una fuente, al filo de la cumbre, vertiendo sus arroyos entre grandes helechos, y tendida al pie del collado la extensa laguna cubierta en parte de mocaneras y madroños.

Tal era, según todos los testimonios, el cuadro que ofrecía San Diego del

Monte, recostado en las faldas de la verde colina, bajo la clara luz del cielo de la Vega. Y si hemos de dar crédito también a un ilustre viajero y escritor inglés, Edmond Scory, que a finales del siglo XVI residía en Tenerife, a la belleza del paisaje se unía el más agradable pasatiempo, por el gran número de halcones que todas las tardes volaba sobre el lago y que los negros, con sus ondas, hacían levantar al lanzarse feroces sobre los pájaros.

Este mismo autor, al hacerse lenguas de tales espectáculos, refería el caso de uno de aquellos halcones nacido en la Isla, que el Virrey o Comandante general había enviado como presente al Duque de Lerma, y que, en un vuelo, regresó desde Andalucía a Tenerife en dieciseis horas, y fué recogido, medio muerto, "trayendo las pihuelas del Duque que tenía puestas al tiempo que desapareció."

×

Transformada después la selva en cenobio de una comunidad franciscana, comienzan a abrirse los primeros senderos del bosque, a clarearse sus malezas, a filtrarse el sol a través de la compacta fronda, entretejida de yedras y jibalveras. Y por las húmedas vertientes las sendas abiertas entre el bos-

caje, "confusas calles de verde laberinto", se afanan en llegar a lo alto del cerro. Allí estaba el regalo y la frescura de la fuente, y hacia ella se dirigían ansiosos los pasos de estos primeros moradores de la selva: abejas místicas que comenzaban a labrar su panal entre las quebradas de las rocas y los troncos de los árboles.

X

Abajo, en la Vega, transformábase también el panorama. Ya las aguas no cubrían la extensa llanura; ahora se replegaban al lecho de los barrancos o al refugio de las albercas. Ya las tierras hinchadas de humedad lucían a su capricho las galas y colores de cada estación: verdes de henos, azules de heliotropos, amarillos de retamas, rojos de amapolas... Ya cada recodo, cada rincón de la Vega, tenía su característica y su nombre: las Gavias, con sus eras; la Madre del Agua—miniatura del lago—, con sus juncos y sus garzas emigradoras, de blancos plumajes; la Fuente de Cañizares, con sus dalias y girasoles...

X

En tanto, arriba, en San Diego del Monte, crecían ya lozanos los álamos al socaire del santuario, bajo la cruz

de la espadaña. Más que para exorno, parecían puestos allí para custodios de la fe. No habían sentido todavía el rigor de los cierzos ni habían presenciado los atuendos guerreros, como aquellos otros árboles de las fronteras montañas, testigos de episodios bélicos y gestas memorables. La vida, a su alrededor, se deslizaba siempre igual, contemplativa y monótona, sin mutaciones ni disonancias. Siempre las mismas escenas e idénticos personajes. Y entre las diversas siluetas, una de trazos vigorosos e inconfundibles: aquella figura, tan familiar y característica, de Juan de Jesús, el rústico monje—tuerto, jiboso y de raído sayal—, que para habitación había fabricado una pequeña choza, techada de paja, al cobijo de los álamos. Todas las mañanas, a la misma hora, veíasele bajar de la fuente, con su cántaro al hombro, y sus plantas desnudas sorteando las escabrosidades y las guijas del áspero camino, orillado de zarzas. Otras veces guardando las bardas de los asaltos de los brutos que pacían en la llanura: “unos mastines que apocaban las limosnas de los pobres y proponían los medios de su multiplicación a los mozos que vivían en aquel recogimiento, tan abstraídos y apartados de las imaginaciones del vicio.” Temo-

res que él, en su burda filosofía, explicaba de este modo: “¿Los mozos no son mozos? ¿No son hijos de Adán?”

×

¡Cuántas veces, en el rigor de las sequías, se le vió verter el agua de su cántaro al pie de los álamos de la ermita! ¡Y cuántas, también, a la sombra de la arboleda, oyósele aquella oración suya, al sonar la campana: “Bendita sea la hora en que mi Señor encarnó, nació y se llamó Jesús!”

Y así, entre estos vulgares quehaceres y sus diarias y cruentas mortificaciones, veintisiete años de vida en la clausura, con sólo una escapada por semana para colectar limosnas de pan. ¡Pan de trigo, de abundantes migas, que siempre sobraba en las tahonas de la ciudad y en el yantar de todos los vecinos!

×

Con la desaparición del lego famoso, comenzó a retraerse de San Diego del Monte aquella su brillante parroquia de personajes ilustres—Capitanes generales, corregidores y caballeros cruzados—y de aristocráticas damas y devotas doncellas que acudían a contar sus cuitas al Siervo milagrero, que a los pecadores caídos socorría y a los dudo-

sos iluminaba con sus consejos. Y comenzó también, al correr de los años, la decadencia y ruina del santo lugar. Poco a poco fueron ahuyentándose sus moradores o extinguiéndose de vejez y privaciones, y el que había sido confortable cenobio, lugar de grato recogimiento, terminó por desaparecer del todo.

X

Ya los senderos del bosque quedaban libres a las plantas profanadoras; ya había enmudecido la campana en la vieja espadaña; ya los mastines que pacían en la llanura podían asaltar las bardas, sin estorbo alguno. Y vino la devastación sin piedad, la obra destructora del bosque y del histórico santuario, preciada fundación del regidor Juan de Ayala. Oigamos a un gran artista y escritor del país, el inolvidable Manuel Picar, clamando indignado contra tanto expolio: "Una mano profana—decía—ha maltratado las pinturas murales del vestíbulo del Convento, y otra mano ignorante o criminal ha llenado de arañazos y raspaduras las de más valor de la Casita del Siervo. Un horno de tejas y ladrillos aniquiló las últimas raíces de los árboles del monte. Lector: Si eres artista, si sabes tributar un recuerdo al pasado,

si tus ojos tienen lágrimas, no vayas a San Diego del Monte...”

×

Y el hacha, por una parte, y el fuego, por otra, fueron mermando la arboleda, destruyendo y reduciendo a pavesas los robles y castaños centenarios, reliquias de la flora isleña.

Quedaron en pie los árboles de la ermita, los “álamos blancos” del poeta:

“Esos álamos que altivos
sus copas alzan al cielo”...

Arboles unguados de recuerdos; viejos custodios de la fe, tristes y sombríos, que bajo las nieblas del invierno parecen verter lágrimas por nuestras tradiciones muertas... ¡Amables tradiciones de la tierra que en San Diego del Monte tenían su refugio a la sombra de los álamos blancos!...



Los álamos de San Diego del Monte

Los álamos de San Francisco, en La Laguna

Eran tres arboledas vecinas: la del cerro del Bronco, de laureles, hayas y pequeños matorrales; la de los álamos blancos, al comienzo del camino de Las Mercedes, que se extendía en dos filas hasta el Tanque Grande, la antigua glorieta, donde los labradores se reunían al caer de la tarde en sosegadas tertulias, y la de los álamos negros de la plaza de San Francisco, aledaña al convento de San Miguel de las Victorias. Con sus amplias y simétricas copas parecían estos árboles como grandes florones bordeando el inmenso tapiz verde de la plaza.

Al pequeño bosque del cerro del Bronco acostumbraban ir algunos cazadores furtivos; al paseo de los ála-

mos blancos la multitud dominguera a desentumecerse de los fríos del invierno, buscando el halago tibio del sol de la Vega. Bajo los álamos negros, todo era silencio y soledad. Si acaso veíase alguna que otra clueca, arrastrando un zapato roto, y detrás la numerosa cría, entre las hojas secas de los árboles, desparramadas sobre el césped. Y algunas sayas negras, de devotas del Cristo, que con rápido andar marchaban hacia la Iglesia, pasando por el sendero húmedo y sombrío de los álamos...

×

¡Plaza de San Francisco! Escenario de memorables episodios, de tradiciones y recuerdos, su ambiente histórico ha perdurado hasta nuestros días. Historia que comienza con espeluznantes cuentos de aquelarre,—como aquel del difunto inquisidor raptado por misteriosos endriagos a través de una claraboya del convento—, y que se prolonga después en interminable sucesión de acontecimientos cívicos y religiosos, alardes militares, fiestas solemnes, alegres saraos... Y entre tanto esplendor y tantos regocijos, el reverso de algunos sucesos trágicos, como el terrible aluvión del año 1713, el pavoroso incendio del convento, en 1810, o aquel triste episodio del fusilamien-

to de un cabo de la Milicia, por muerte de un alférez del Regimiento de América... Sombras trágicas que no tardaron en desvanecer los ecos de las algarabías populares con sus fiestas de toros, patos, cañas y comedias, o con sus máscaras y tapadas de las rumbosas verbenas...

Pero ninguna de estas efemérides alcanzó el destacado relieve de los grandes alardes militares que se sucedían en esta plaza en los tiempos en que las Canarias eran como plazas fronterizas, "siempre armadas para rechazar al enemigo, siempre en vela para no dejarse insultar". De aquellas brillantes paradas partieron los famosos Tercios para Flandes, Extremadura y Portugal, con sus bizarros capitanes y lucido ornato de guerra, que habían de cubrirse de gloria en inolvidables jornadas.

X

Y hubo, entre tantos episodios marciales, un momento de exaltada emoción y de ardor patriótico, que bien merece destacarse entre aquellos que tuvieron por escena la vieja plaza. Eran los días de zozobra y peligro en que la escuadra del almirante Blake rondaba las aguas del puerto de Santa Cruz, al acecho de la flota española del general

Egues, que portaba los caudales de América. La Isla toda, sobre las armas, aprestábase a la lucha. La plaza de San Francisco hervía de tropa miliciano, y era la consigna que al oírse el disparo de un cañón en uno de los castillos de Santa Cruz partiera en el acto para acudir a la defensa de la capital contra el enemigo extranjero.

Los acontecimientos no tardaron en precipitarse. Un patache llegado al puerto anunciaba que más de treinta barcos ingleses se acercaban a las aguas de Tenerife. Unas horas después el disparo del cañón confirmaba la presencia de la escuadra frente al puerto.

Resonaron en la plaza los ecos de los clarines de guerra, y, ya lista la tropa para la marcha, vióse venir por los portales del Convento un grupo de milicianos, enardecido de entusiasmo bélico. Al frente de ellos, un joven alférez enarbolaba un paño de color morado con franja de oro. ¡El velo del Cristo! E incorporándose a la tropa, con la improvisada bandera en alto, marchó a la cabeza de la Milicia, camino de Santa Cruz...

Al siguiente día, tras el rudo combate de victorioso final, la tropa tornaba a la plaza de San Francisco. ¡El velo del Cristo, aureolado de triunfo, volvía a su destino, mientras repicaban jubi-

losas las campanas en la torre del santuario!

×

Todo, como se ve, es emoción y recuerdo en el ambiente lleno de silencio y soledad de esta antigua plaza de San Francisco, que adornan los álamos negros...

¡Álamos sombríos, de históricas memoranzas, que todas las noches, bajo el cielo tachonado de estrellas, velan al Cristo de los Adelantados!... ¡El Cristo de los tinerfeños!



Los álamos de la Plaza de San Francisco, en La Laguna

El castaño de las siete pernadas

A mi querido y respetable amigo, don Francisco Miranda, tinerfeño benemérito, artista, y gran difusor de la cultura desde su antigua Librería de la Orotava.

Refugio de gigantescos árboles, las vertientes de las cumbres de la Orotava tuvieron fama por la belleza y el vigor de su flora. Sus pinos, sus cedros, sus castaños, de una corpulencia desmedida, eran como pregones portentosos de las maravillas de la selva canaria, próxima a extinguirse.

De lejos venía la avalancha destructora, arrasando las arboledas, sembrando el exterminio y la muerte, como una

nueva horda de Atila, y ya se sentían en los bosques vecinos los golpes de las hachas como anuncio siniestro de su fatal e inevitable destino. Pronto iban a desaparecer también aquellos gigantes, viejos moradores de las cumbres, que siglo tras siglo habían resistido, impávidos y fuertes, los más desatados vendavales. Ya se les acercaba la hora de doblar su cerviz, bajo la cuchilla de los verdugos... Y fueron cayendo uno tras otro, con breves intervalos, segados por la implacable guadaña. Los primeros en sucumbir dejaban a los otros la tortura de ver cómo crujían y se desgajaban los troncos heridos o cómo crepitaban sus maderas entre las furias de las llamas. ¡Hasta que caían ellos también! ¡Últimos "abencerrajes" de la cruenta cruzada!

×

Hasta los comienzos del siglo dieciocho la selva del Valle de la Orotava conservaba en gran parte el esplendor y lozanía de los primitivos tiempos. En 1728, según informe del regidor D José de Anchieta, la masa forestal se extendía desde la Fuente del Madroño para arriba, y hallábanse igualmente cubiertas de árboles silvestres las tierras situadas por encima de la llamada Vereda de los Mulos. Mas ya a mediados

de dicho siglo, comenzó la desaforada destrucción del bosque, y en un Consistorio celebrado el año 1752, el propio regidor formulaba una enérgica protesta contra las grandes talas que se estaban realizando en la floresta de la Orotava. Ejemplares notables de castaños, barbusanos, sabinas, mocanes y pinos, fueron inmolados a la codicia y la rapiña de los leñadores, al amparo de la indiferencia e insensibilidad del país, que entonces como después adoleció de la falta de una dirección consciente y celosa del interés general. A partir de aquella fecha el expolio fué continuo. Hasta consumir totalmente su obra de destrucción, puesta al desnudo en los grandes calveros de nuestras montañas, despojadas de todo ropaje de vegetación. Zonas de esterilidad que muestran sus desiertas lomas como vientres infecundos, despanzurrados por bárbaras plantas...

X

Quedaron únicamente las huellas, los restos aislados de la desaparecida selva. Ahora ya sólo se conserva el marco espléndido, de insuperable belleza, que la rodeaba. Marco que siempre mueve a admiración a los viajeros y a los artistas. Uno de ellos, de tan fina percepción como el académico belga Jules

Leclercq, gran exaltador de nuestra tierra, decía hablando de estos bellos parajes de los altos de la Orotava: "Desde las alturas a que hemos llegado vemos desplegarse a nuestros pies, con todas sus armonías y sus campestres gracias, el inmenso Valle de la Orotava desde los ribazos de Santa Ursula hasta las lejanas villas de Los Realejos. Es uno de los panoramas más maravillosos que se pueden contemplar. La vegetación se transforma a ojos vistos: pasamos súbitamente de la zona tórrida a la templada, de los trópicos a los Alpes." Y añadía que lo que más hacía creer que estaba en los Alpes eran las cabras que pacen en esta región, agitando las campanillas que penden de sus cuellos, y que vistas al través de la bruma semejan vacas pequeñas, de grandes que son.

¡Aguamansa, Monte-Verde, Los Organos!... Paisajes donde la luz, el color, los árboles, las brumas y el ambiente todo tienen un matiz, una emoción y un espíritu distintos a los demás paisajes canarios.

En ellos, seguramente, debió morar el Dragón de las Hespérides.

×

Tierra de antiguos castañeros, aun conserva la Orotava el prestigio de es-

tos árboles que parecían haberse dado cita en esta región para manifestarse en toda su viril y arrogante prestancia.

¡Castaño del Marqués de la Candia!
¡Castaño de Aguamansa, el de las siete
pernadas!... ¿Quién no oyó ponderar
su fama? Del primero se conserva aún
su tronco seco como recuerdo del cen-
tenario árbol, tan vinculado a la noble
casa, que se placía en abrir las puertas
de su jardín para mostrarlo a la admi-
ración de los visitantes extranjeros. Sus
gajos eran tan corpulentos, que fué
preciso construir un soporte para que
no se viniese al suelo uno de aquéllos.
Y se dió el caso curioso de que del fondo
de la pared que servía de puntal surgie-
se un brote que al cabo de los años se
convirtió en hermoso árbol. Ambos, pa-
dre e hijo, sucumbieron hace ya algún
tiempo, quedando solamente el tronco
del más viejo. Y los actuales poseedores
del Jardín, señores de Cólogán, demos-
trando su veneración y amor al árbol
familiar, de tantos recuerdos para ellos,
han rodeado el decrepito tronco de una
verja de floridas enredaderas. Digno su-
dario del admirable ejemplar, que se
calcula tenía más de cuatro siglos de
edad.

Todo era opulencia en este árbol:
hasta sus espléndidas cosechas de cas-
tañas, que en algunos años excedieron

de quince fanegas. Y su fruta, sabrosa y de gran tambaño, disputábase las compradoras por ser la que más fama tenía en todo el Valle.

×

De mayor corpulencia aún que el citado ejemplar del Marqués de la Candia, es el castaño de Aguamansa, popularmente conocido por "El de las siete pernadas".

También de antiquísimo origen, mide más de doce metros de circunferencia, y a poca altura de su tronco parten siete grandes gajos, todos de considerable grueso, de los que proviene el nombre de las siete pernadas, que hoy han quedado reducidas a cinco, pues dos han sido destrozadas por los vientos. Entre ellas había instalada en otros tiempos una mesa para cinco personas, a la que se subía por unos escalones de piedra, y en la cual acostumbraban merendar los turistas.

El castaño se halla enclavado en una finca que perteneció a López Doya Gallego, al que le fué concedida por el noveno Adelantado, abuelo del Marqués de la Candia, don Juan Máximo Franchy, y se decía que en este árbol fueron ahorcados varios reos en los tiempos de los primitivos Justicias de la Isla.

Ultimamente era el árbol predilecto de las clases populares, que en torno del añoso tronco celebraban divertidos ágapes y ruidosas zambras. Y lo frecuentaba, sobre todo, la gente moza, ávida de divertimento y buena suerte, porque existía entre ella la tradición de que bajo las ramas del castaño habían encontrado siempre feliz augurio los devaneos amorosos. ¡Cuántas miradas relampagueantes de pasión y de ilusiones se han cruzado a la sombra del viejo árbol! ¡Y cuántas veces, también, se habrán dicho los que hallaron en él la buena suerte, la soñada ventura!:

—¿Te acuerdas?... ¡Aquel día, en el “Castaño de las siete pernadas“!...



El castaño de las siete pernadas

Los antiguos cedros

Moradores como los pinos de los lugares más escabrosos e inaccesibles, sobrios y resistentes como aquéllos, los cedros canarios, hoy casi desaparecidos del todo, eran uno de los ornatos principales de las cumbres canarias.

Altos, vigorosos, de follaje siempre verde y lozano, competían en antigüedad y reciedumbre con los árboles más seculares de nuestros bosques. Extintos completamente en las islas de Gran Canaria y la Gomera, donde habían sido objeto de una explotación continua y despiadada, con egoístas fines comerciales, quedaron únicamente como vestigios de la especie los pocos ejemplares que hasta el pasado siglo se conserva-

ban en las zonas más altas de Tenerife.

El célebre botánico alemán Von Fritsch decía que recordaba con alegría un magnífico y antiguo cedro que debió su nombre a una fuente y a una de las montañas situadas al Oeste del Pico de Teide. Este árbol tenía un tronco de cinco y medio metros de circunferencia. Y el profesor Schneck nos habla de otro espléndido árbol visto por su colega Hans Mayer en el "Morro del Cedro", a una altura de 2.438 metros sobre el nivel del mar. Existe, efectivamente, en Las Cañadas, un sitio denominado "La Degollada del Cedro", en el que debió existir alguno de aquellos maravillosos ejemplares de la antigua flora canaria.

X

Nuestro paisano, el doctor don Jorge V. Pérez, ilustre personalidad científica, miembro del "Royal Horticultural Society", de Londres, de la Sociedad Nacional de Acclimatación de Francia y Delegado en Tenerife de "L'Alliance Scientifique Universelle", dedicó asiduos estudios al cedro canario (nuestro "Juniperus Cedrus"), y vivamente interesado por la conservación y propagación de la notable especie, se dedicó a la busca de pequeños cedros en los dis-

tintos montes de la isla, para obtener su reproducción, viendo al fin realizados sus afanes. En 1903 encontró dos pequeños cedros al pie de unos viejos ejemplares que existían en la cumbre de Arafo, conservándolos en macetas hasta el año 1906. Afortunadamente, los dos arbolitos que logró salvar eran uno macho y otro hembra, consiguiendo obtener de ellos magníficas semillas que distribuyó entre diferentes botánicos del mundo.

En sus informaciones a las Sociedades científicas de que formaba parte, nuestro ilustrado paisano consignaba algunos interesantes detalles del historial científico de estos viejos árboles isleños, cuya clasificación en botánica ha sido siempre muy difícil de obtener.

×

Según la opinión del profesor Henry, el cedro "Juniperus" de las Canarias es una especie muy variable, pues examinando los ejemplares que existen en el Jardín Botánico de Londres encontró una gran diferencia entre los cedros procedentes de nuestras islas, coleccionados por Barker Webb y Bourgeau, y los cultivados por el señor Pérez en la Villa de la Orotava. Comparados además los cedros de las Azores y los de Tenerife, se encuentran igual-

mente diferencias bastante acentuadas.

A juicio de los célebres botánicos Barker Webb y Carriere, las variedades más notables e interesantes de nuestros cedros eran las de Las Cañadas del Teide y La Caldera de La Palma; es decir, las de las partes más altas y secas de las islas, que son su clima más adecuado, su morada predilecta.

Por último, el doctor don Jorge V. Pérez destacaba las especiales cualidades de la madera de nuestros cedros —olorosa e incorruptible, y de una resina balsámica de gran utilidad, la "cedria", empleada para preservar los libros de la polilla—, que entre otras aplicaciones se recomendaba para la industria de los lápices.

X

Continuando la meritoria labor del honorable tinerfeño, que tanto se afanó por la conservación de nuestra flora, su ilustre viuda, doña Constanza Carnochán, viene consagrada desde hace años al mismo laudable empeño de su esposo de fomentar la reproducción de los cedros, convirtiendo su hermosa quinta en un verdadero laboratorio de semillas y pequeñas plantas, que luego distribuye entre los amantes del árbol, para que el cedro canario, de

tan vieja tradición, tan admirado en el mundo científico, vuelva a engalanar nuestras cumbres y a perfumar los campos con sus suaves y deleitosos aromas.

Labor que merece los mayores elogios, por el entusiasmo, el desinterés y la perseverancia de la señora Carnochán, que oriunda de otros países demuestra por el nuestro un desvelo más constante que el de los propios nativos. ¡Admirables manos femeninas, que tan amorosamente se dedican a verter la semilla fresca y jugosa sobre los eriales de nuestro suelo!

¡Que los cedros que ella restituya a la tierra esquilhada y yerma, bendigan algún día, cuando crezcan lozanos en nuestras cumbres, la memoria de la benemérita dama extranjera!



Antiguos cedros canarios

El laurel del Jardín de Nava

Laureles... También tienen un gran ascendiente histórico y tradicional en las islas. Diversos en sus especies, fecundos por naturaleza, puede decirse que constituyen, con las hayas y los brezos, (la "erica arbórea", de innúmeras variedades), el "estado llano" del bosque canario, la clase más prolífica. Sin la majestuosidad de nuestros dragos ni la arrogancia de nuestros pinos, tienen, sin embargo, un alto linaje, que se pierde en los más remotos tiempos. De laurel eran las coronas de nuestros menceyes en los días de sus grandes pompas; de laurel el adorno de las tiendas de los conquistadores al alzar por primera vez su pabellón

en nuestras playas de Añaza. Y un laurel era el árbol elegido por el pueblo indígena para sus adoraciones gentílicas entre las umbrías tachonadas de rayos de sol.

Conocida es también la leyenda que atribuye a Perseo, “el héroe africano venido de los confines del Atlas”, el hallazgo en las Islas Afortunadas de la “persea” o laurel, consagrado después en Egipto a la divinidad del Sol, “que todos los días se ocultaba detrás de las Hespérides, de donde procedía el árbol simbólico”. Leyenda que el escritor Bory de Saint Vincent comentaba en el sentido de que aquella “persea” habría que buscarla en los bosques de La Laguna, no entre las especies que los botánicos tienen por tales, que proceden del Nuevo Mundo y no coinciden con las descritas en los textos antiguos.

×

“*Laurus canariensis*” o “*laurus persea*”, la leyenda, como se ve, les da un singular relieve en la historia de nuestra flora. Y a fe que lo merecen por su antigüedad y su arraigo en el suelo canario. Meridionales en su origen, eligieron primeramente los lugares menos escabrosos y los climas más suaves y templados para establecer sus

dominios; luego treparon por las vertientes de nuestras montañas, buscando las tierras blandas y húmedas de los bosques, para sentar por último sus reales entre las demás lauríferas: los tilos, los viñátigos y los barbusanos. Nuestro monte del Agua García, la bella floresta tinerfeña, famoso ha sido por su fronda de laureles, tan fecundos y lozanos, que sus retoños se agrupan y se sueldan a veces a los viejos troncos, elevándose a considerables alturas sobre las grandes masas de helechos y brezos que les rodean, en espesa maraña. Soberbio espectáculo que a un ilustre botánico extranjero hizo recordar los hermosos bosques de las islas del Pacífico.

Al igual que a nuestros pinos canarios, la tradición les rodeó de milagrosas aureolas. Y la leyenda nos ha legado el recuerdo de un gigantesco laurel, famoso en su época, que se alzaba en la cumbre de San Pedro de Buenavista, a poco más de una legua de la Villa de Apurón (hoy Santa Cruz de la Palma). En su tronco, al cortarlo un negro, aparecieron dos cruces que luego fueron objeto de veneración en la pequeña ermita del lugar, donde aun se conservan. Y las devotas romerías prosternábanse cada año ante las san-

tas reliquias. ¡Las cruces gemelas del tronco del laurel!

Arbol simbólico, de arraigada tradición isleña, puede decirse que en cada fronda, en cada santuario, en cada rincón de nuestro suelo, jamás faltó la sombra amable y familiar del laurel. Hoy, empobrecidos y diezmados, casi extintas ya algunas de sus especies, como los recios barbusanos que sombreaban las fuentes de los bosques, sólo aguardan la hora de su total desaparición... ¡Insaciable enemiga a todo lo que es gala y atributo de la tierra!

×

Indiferentes e insensibles ante la historia de nuestros árboles, ni siquiera queda el recuerdo de aquel laurel patricio del antiguo Jardín de Nava, en La Laguna.

En la calle más típica y blasonada de la vieja ciudad—la del ancho arroyo tapizado de verde césped, sobre la que parecía gravitar todo el silencio de su largo pasado histórico—, el secular laurel era como un símbolo y un blason de la época. El recuerdo viviente de uno de los períodos más fecundos y gloriosos de la ciudadanía tinerfeña.

¡Jardín de Nava! Areópago isleño y

jardín de Academus a la vez. Asilo y solaz de aquella pléyade de patricios ilustres, verdaderos nobles por su prosapia y por su intelecto, que presidía el inolvidable Marqués de Villanueva del Prado, don Alonso de Nava Grimón, perteneciente a una estirpe que legó al país figuras tan esclarecidas como don Alonso Vázquez de Nava, héroe de la Conquista de Granada; don Tomás y don Alonso de Nava, defensores de Tenerife contra las escuadras de Blake y de Gennings; don Benito de Nava-Grimón, del Consejo de Su Majestad y Oidor de la Coruña; su hermano don Alonso, de la Real Armada Española, muerto gloriosamente en el sitio de Lérida; don Diego de Nava, Capitán General de Quito de Indias; don Domingo de Nava y Porlier, Teniente general de la Armada, héroe del combate de las Malvinas, y sus hermanos don Tomás y don Pedro, Virrey y Capitán general de la Nueva España, el primero, y Mecenas de las Letras canarias y primer Director de la Económica, el segundo.

Y, por último, nuestro sexto Marqués, don Alonso de Nava, presidente de la Junta Suprema de Canarias y Vocal después de la del Reino; promotor de la Universidad de San Fernando y fundador del Jardín Botá-

nico de Tenerife, en el que invirtió cuantiosas sumas. (¡Más de cuarenta mil pesos! Así se practicaba entonces el apostolado del árbol.)

Jefe del partido legitimista de la Isla en los tiempos de las guerras napoleónicas, sus actividades políticas las compartió con sus aficiones científicas y literarias, aportando a nuestras letras obras que enriquecieron notablemente la bibliografía canaria.

Pero su mayor desvelo, su entrañable amor fué el árbol: el fomento de la flora canaria. Y al par que el Jardín Botánico, su obra imperecedera, máximo exponente de su espíritu patriótico y de su devoción por la tierra, creó otro Jardín en La Laguna, en la señorial calle del Laurel (hoy de Anchietta), que además de lugar de recreo, lo fué de reunión de magnas asambleas y gratas tertulias científicas y literarias.

De este jardín decía uno de sus visitantes, el doctor Bello y Espinosa: "Recuerdo haber estado varias veces, siendo niño, en el jardín de Nava, y puedo asegurar que jamás he visto en parte alguna un sitio tan delicioso en espacio tan reducido. Había allí altísimos árboles, entre ellos un enorme til, o laurel, que formaba él solo una elevada y dilatada glorieta, donde no

penetraba el sol. Calles sombrías, calles radiantes de luz y flores; preciosos compartimientos donde lucían las especies más lindas y variadas; setos vivos de mirtos y boj, tallados según la moda de la época; un elegante estanque central; todo se hallaba reunido allí y distribuido con un gusto exquisito. Pero la época se hizo antiflorista: el jardín fué también arrasado, el estanque cegado y las prosaicas patatas mostraron su verde ramaje en surcos paralelos, sin esperanzas de mejores tiempos.”

Y con el jardín desapareció también, a los pocos años, el frondoso laurel, nuestro árbol patricio, que daba nombre a la amplia y solitaria calle, proyectando su sombra sobre los muros del florido y acogedor recinto.

×

En este jardín, de altísimos árboles y apacible ambiente, celebráronse comicios tan importantes como aquellos de la Junta Suprema de Canarias, en los que se adoptaron medidas de tanta resonancia pública como la destitución y expulsión del país del Comandante general, marqués de Casacagigal, por considerarlo pernicioso para la causa que representaba y defendía la Junta. Y fué en este Jardín de Na-

va, por tantas circunstancias histórico-co, donde tuvo lugar aquella solemne ceremonia cívica, que describe esta curiosa acta del Cabildo, del año 1810:

“En forma de Ciudad, precedidos de los Reyes de Armas y del clarinero, salieron de las Casas Consistoriales los señores de la Diputación, para dirigirse a la casa y jardín del Marqués de Villanueva del Prado, en la calle del Laurel, donde la Suprema celebraba sus sesiones.

Al llegar a la puerta principal, sita en la referida calle, pasaron a recibir a la Diputación dos oficiales del Batallón de Canarias, los que la condujeron hasta la puerta, que da acceso al salón de sesiones.

Dos señores vocales recibieron allí a la Diputación, entrando con ella en el referido salón, en cuyo momento se pusieron en pie todos los miembros de la Suprema.

El señor Conde del Valle de Salazar tomó la palabra, pronunciando un discurso en el que expresó las fundadas esperanzas que abrigaba el Cabildo de Tenerife, a quien tenía el honor de representar, de que la Excma. Junta cumpliría sus altos fines en las azarosas circunstancias porque pasaba la Nación.

Al expresado discurso del señor Con-

de del Valle, contestó el señor Marqués de Villanueva del Prado, con otro discurso de altos tonos patrióticos.

Al terminarse la ceremonia, fué acompañada y conducida la Corporación hasta la puerta principal, guardándose la misma etiqueta y los mismos honores que se habían observado al entrar, por los señores vocales y por los dos oficiales del Batallón de Canarias.”

X

En aquellos magnos comicios, a la sombra del histórico laurel, y entre los setos de mirtos, los patricios isleños que presidía el distinguido prócer lagunero se juramentaban después para defender la causa de España contra la invasión de los ejércitos franceses; “Vencer éstos o morir—decían—ha de ser como el símbolo de los canarios.”

¡Grandes hombres aquellos que en tal forma practicaban sus deberes cívicos! ¡Y gran figura la de nuestro don Alonso de Nava Grimón, excelso ciudadano, amante de las Ciencias, de las Letras y de los Arboles!...

Su más cumplido elogio se encierra en aquel epitafio, dictado por el propio Marqués, cuando ya se le acercaba la hora de la muerte:

“Probó las numerosas vanidades del hombre: vanidad de las riquezas, vanidad de la vida y los amigos, vanidad de la prole y ascendencia, vanidad del estudio y del renombre; y en sólo Dios hallar la dicha espera”

X

¡Laureles canarios!... ¡Laureles del Jardín de Nava, del bosque de Las Mercedes y de San Pedro de Buenavista, el de las Cruces del Negro!... ¡Arboles simbólicos, de siempre fresca lozanía, tan enraizados en nuestro suelo!... Ya que no hemos sabido impedir la obra de exterminio de sus enemigos, conservemos, por lo menos, sus legendarias tradiciones, su prestigio histórico y poético.

Y forjémonos la ilusión de que algún día, en tiempos más sosegados, habremos de encontrar en el secreto de nuestras frondas, aquel famoso laurel que Perseo llevó de las Afortunadas. ¡El de las leyendas egipcias, que adornaba las sienes de los faraones!

El mocán de la fuente

Mocanes... Arbol favorito del pueblo indígena, es acaso el que más evoca a la extinta raza. Agreste y esquivo por naturaleza, ocúltase generalmente en las quebradas de los montes, buscando el cobijo de los grandes árboles, o el frescor de las fuentes. Sus hojas menudas y dentadas, en forma de lanza, sus florecillas blancas y sus bayas de color rojo oscuro, le dan un aspecto característico, inconfundible.

Bajo su sombra, el espíritu se siente movido a la evocación y al ensueño. Y parece como si viéramos desfilan ante nuestros ojos, como una estampa viva de los tiempos bucólicos, las verdes llanuras con sus apiñados rebaños; las mozas de largas basquiñas apanando

las mieses; más allá un pastor apacientando sus ovejas mientras tañe la flauta de caña o suena su tamboril de drago; por un estrecho sendero, orillado de pitas, un anciano de luengas barbas y noble alcurnia vigilando sus predios; en la puerta de una cueva, un viejo alfarero fabricando sus gánigos de barro, mientras otros adoban los cueros, y al caer de una tarde estival las hogueras que se encienden en las cumbres anunciando las fiestas del "Beñesmén", los días gratos de la recolección... ¡Y las mocaneras, de verdoso follaje, alfombrando la hierba con sus florecillas blancas y sus gayas moradas, de fruto en sazón!

De todo esto parece que nos hablan, en su recogimiento sombrío y su hurañez selvática, estos supervivientes de la flora canaria, guardadores de tantos recuerdos históricos.

X

La predilección que los indígenas sentían por este árbol, debíase, según es sabido, a la utilidad que les reportaban sus frutos, elemento primordial en sus frugales mantenimientos. El zumo de las bayas maduras ("yoyas", en el idioma guanche), que convertían en sabrosas mieles, no sólo era factor integrante de sus rústicos sistemas de ali-

mentación, sino producto medicinal al que fiaban la curación de muchas de sus enfermedades. De ahí la prodigalidad de la especie en las antiguas florestas y en cuantos rincones podía buscársele acomodo. Eran, como los madroños, los frutales más abundantes y preferidos: el árbol “guanchinesco” por excelencia.

Por sus singulares características fué siempre motivo de estudio para los botánicos extranjeros. Uno de ellos, enviado por el rey de Inglaterra en 1784, la dió a conocer en Europa con el nombre de “Visnea mocanera”, haciendo notar que de más de 150 especies exóticas que había encontrado en Tenerife, “este árbol le puso en confusión, estimándolo como un tesoro del más alto precio.”

Numerosos lugares de las islas—fuentes, barrancos, peñas, etc.—, llevan su nombre desde tiempos inmemoriales. Pero donde más se les suele encontrar es en las cercanías de los nacientes, como si sintiesen atracción por el agua fresca y pura de los montes, que a través de las rocas vierten su chorro sobre juncos y berrillos.

×

Uno de estos árboles, el más antiguo que se cree existe en Tenerife,—el de la fuente de la Mocanera, en Tegueste—,

se alza en medio del monte de aquel pueblo, dominando desde su altura el espléndido paisaje del valle. Parece situado de intento para presidir el panorama lleno de luz y de belleza que ofrece la dilatada vega con sus blancas ermitas y su desparramado caserío entre cercas cubiertas de geranios y rosales silvestres.

¡Valle de Tegueste! Cuna de tradiciones isleñas, baluarte de la raza desde los tiempos del rey guerrero, "famoso por su prontitud en echarse sobre los enemigos como un águila", y asiento hasta nuestros días de hidalgas costumbres, de tan limpio y pacífico historial, que no en vano se ufanaban sus moradores de no haber tenido jamás carcererías. Pues si algún vecino—contaba el prebendado Pereira Pacheco—había de ser penado o corregido, destinábasele por el alcalde a estar detenido día y noche en los poyos que tiene la Iglesia a los dos lados de la puerta hacia la plaza, sin necesidad de custodia.

Valle, además, enmarcado por altas colinas y frondosos montes, ¡ya casi totalmente desaparecidos!, en los que abundaban las especies más típicas del país: Viñáticos y madroñeros, barbuanos y aceviños, creceros y dragos, laureles y sanguinos, sauces y follados,

álamos y codesos, escobones y marmilanes, almácigos y naranjos silvestres... Surcado por fragosos barrancos, cubiertos de ñameras, y fecundado por las aguas de profusas fuentes, diseminadas por valles y cordilleras: El Caldero, Palo Blanco, Cocón, Alvarianes, Los Alamos, Fuente Fria... Y, entre todas ellas, la de raudal más copioso, la de mayor renombre en el vecindario. ¡La fuente de la Mocanera!

Allí, junto a la pequeña cascada, sintiendo el halago constante del surtidor de plata que ha horadado su tronco, filtrándose entre sus raíces, se yergue aún el agreste mocán, firme en sus espigones, más alto que ninguno. ¡Allí está el patriarca del bosque, dominando el valle, mientras lamen sus plantas las aguas de la fuente y alegran su senectud las canturias de los pájaros!

¡Mocán de la fuente! En presencia del centenario árbol, tan callado y sombrío, se sienten deseos de recitar la "Canción de Guanina", la antigua letrilla que decía:

"Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán."

Los ojos de la doncella,
muy bella,
al guerrero contemplaron,

y cegados se quedaron.
¡Tan hermoso era el guerrero!
¡Tan hermoso era el galán!

“Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán.”

Era el hijo del mencey,
un rey,
vecino de nuestra tierra,
que mil bellezas encierra,
y, sin embargo..., aquí vino
a buscar otra el galán.

“Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán.”

No me miró con desdén,
Romén,
(que este es su nombre, avecillas),
vosotras, cual yo, sencillas,
también; cual yo, le amaréis,
que es muy bello mi galán.

“Cual cantan los capirotes
a la sombra del mocán.”

Oh!, tu amor es mi tesoro.
¡Te adoro!

Tu amor es mi solo bien.
Ay!, cuántas tardes, Romén,
si tardas, mis avecillas,
cual yo tristes se pondrán.

“pues callan los capirotes
a la sombra del mocán.”

Si queréis sentir toda la emoción de estos poemas de la raza, visitad la fuente de la Mocanera. En ella encontraréis aun al patriarca del bosque, alto y fornido, jubiloso de ver cómo verdean las sementeras y granan los trigos en el antiguo señorío de aquel rey guerrero, presto siempre a caer como un águila sobre los adversarios...



El mocán de la fuente de Tegueste

El “baobab” del callejón del Judío

Nuestro informador, un santacruce-ro de la vieja cepa y de feliz retentiva, se nos brinda amablemente a actuar de "cicerone" en nuestra búsqueda de datos sobre el famoso "baobab" del antiguo callejón del Judío.

Habrá que remontarnos, nos dice, a 56 años atrás. En esa época no había desaparecido el tal callejón, cuyo nombre se ignora de donde provenía: acaso de algún sórdido usurero, nigromántico, prestamista o vendedor de baratijas, que solían elegir sus guaridas en los recovecos de la ciudad. Más que un callejón propiamente dicho, era un pasadizo, de menos de dos metros de ancho, que comunicaba la calle del Pilar con la del Norte, desembocando en la plaza del Príncipe.

De noche, el aspecto de la callejuela, alumbrada por la macilenta luz de un vetusto farol, era de una lobreguez imponente. Sólo algún que otro contado transeunte se aventuraba a adentrarse en la "boca de lobo", y eso a trueque de tener que importunar, a veces, amorosos coloquios, pues cuentan que el lugar gozaba de la predilección de los tenorios locales. Igualmente solía utilizarse como campo de Agramante, y a él acudían a dirimir sus contiendas los aficionados al mamporro, especialmente en las noches de fiestas y jolgorios en la Alameda, de donde partían casi siempre las trifulcas que iban a ventilarse en el oscuro callejón. Mas nunca hubo que achacarle complicidad en crimen alguno que mancillase su nombre, de pacíficos antecedentes y tradicional abolengo.

Pero lo que dió a este sitio máxima notoriedad fué el exótico y curioso árbol, existente en una huerta propiedad de los señores Mendizábal y más tarde del señor Pallés, que proyectaba sobre la estrecha vía sus gruesas ramas tentaculares, de las que pendían grandes racimos de voluminosos frutos.

×

Este árbol, conocido por el "baobab", —único ejemplar existente a la sazón

en la provincia—, llegó a adquirir tanto nombre, que figuraba como una de las más interesantes curiosidades del país en el “carnet” de todos los turistas de la época. Y era frecuente ver en Santa Cruz las caravanas de extranjeros, jinetes en los “clásicos” rucios, que iban a visitar el “baobab”. Era, con las banderas de Nelson, la atracción especial de los viajeros británicos. Y una fuente de ingresos reservada a los “golfos” del pueblo, que rapiñaban la fruta para vendérsela a los ingleses.

Tal era el tráfico turístico en el citado callejón, que nuestros municipales decidieron adecentar su aspecto. Y mandaron a recomponer los muros, llenos de agujeros y de mugre, y a sustituir el incómodo “encallabuzado” del piso por un pavimento de baldosas de las que había en la calle del Castillo, ya bastante deterioradas por el uso, pero desde luego la más recomendable solución a juicio del respetable Concejo de la ciudad. Completaron la mejora el arreglo y embadurnado de las desvencijadas puertas del solar donde radicaba el árbol; sitio muy concurrido también, por que en él funcionaban dos industrias que atraían bastante clientela: una de fabricación de velas de sebo y otra de pacas de cerrillo para exportar.

Veamos ahora cuál era el mérito del árbol en cuestión. Tratábase de un curioso ejemplar de "bombácea", de la que se conocen, según los botánicos, tres especies distintas: una, en Australia, de flores amarillentas; otra, en Madagascar, de flores encarnadas; y otra, en la costa occidental de Africa desde el Congo al Cabo Verde, y también en algunas regiones cálidas del Asia; de flores blancas.

A esta última especie pertenecía el "baobab" del callejón del Judío, que nada tenía que envidiar, al decir también de los botánicos, a otros colosos de la vegetación, de igual especie, que el célebre naturalista Adanson halló en su recorrido por el Senegal, el Sudán y Abisinia. Árboles, algunos de éstos, que en opinión de dicho profesor tenían una existencia de cerca de seis mil años...

Masferrer, Rodríguez Núñez y otros autorizados escritores que publicaron varios artículos sobre el "baobab" tinerfeño, nos suministran datos interesantes sobre las características e historial de estos árboles. De mediana altura (cuatro o cinco metros), los troncos, en cambio, llegan hasta diez metros de circunferencia. En el interior de algunos de ellos pueden acomodarse holgadamente de veinte a treinta personas. El fruto, que en Santa Cruz se

conocía por “pan de machango” y entre los negros de Africa por “pan de mono”, suele tener hasta treinta y cinco centímetros de largo. La pulpa, desecada, constituía la renombrada “tierra de Lemnos” que los antiguos médicos usaban para combatir distintas afecciones, y los polvos de las hojas secas eran asimismo un gran preservativo contra las fiebres malignas. También se utilizaba mucho la fibra de la corteza, que por lo resistente empleabanla los indios en la confección de sogas. De ahí la frase de los bengalíes: “Seguro como un elefante sujeto por una cuerda de “baobab.”

En Africa se le venera como un árbol sagrado, y según refieren algunos exploradores científicos, sus troncos sirven de morada fúnebre a los “guerriots” (músicos y poetas), con la particularidad de que los cuerpos se desecan perfectamente, convirtiéndose en momias sin haber sufrido preparación alguna. Ello hizo decir al escritor Figuier: “Extraña poesía la de ese pueblo que sepulta a sus poetas entre el cielo y la tierra, encerrándolos en el interior del rey de los vegetales”.

Por último, hemos de mencionar el importante testimonio de Humboldt, que hablando de estos árboles dice que

son “el monumento orgánico más antiguo de nuestro planeta”.

×

Con estos antecedentes, y tratándose de un ejemplar único en Canarias, no es extraño el interés científico que suscitaba el “baobab” de Santa Cruz y la curiosidad con que acudían a visitarlo los viajeros, atraídos por la fama del árbol del callejón del Judío.

Sin embargo, la incompreensión y el afán reformista de nuestros antiguos gestores municipales, causaron un daño irreparable a la ciudad, haciendo desaparecer el notable ejemplar, verdadera maravilla de nuestra flora exótica. Influidos por un falso concepto del urbanismo acordaron el ensanche del estrecho callejón para trazar la nueva calle del Adelantado; reforma que traía consigo la expropiación de una parte de la huerta, y, lo que era más sensible, la desaparición del árbol.

El acuerdo municipal suscitó grandes protestas. Los periódicos que entonces se publicaban, (“Las Noticias”, “El Memorándum”, “La Opinión”, “La Última Hora” y “El Zurriago”), emprendieron ruidosas campañas; salieron a la palestra los más ardientes defensores del “baobab”, (Bethencourt Alfonso, Masferrer, Elías Zerolo, Miguel

Maffiotte y otros); reunióse en sesión permanente la Sociedad Económica de Amigos del País, y, en medio del ardor de la polémica y del aturdimiento de los ediles, un tanto indecisos al principio, la opinión sensata de un entusiasta tinerfeño, don Eduardo Rodríguez, se expresaba en estos términos: "Sería de lamentar que el único y notable ejemplar de "baobab" que existe en nuestra provincia, o por lo menos, el único que ha llegado a tener la magnitud de sus congéneres del continente africano, desapareciera por el ensanche de una calle. Creemos que sería muy fácil, si el árbol quedase en el centro de aquélla, formar a su alrededor un enverjado. Todo menos privar a la población de un objeto histórico que miran con interés los extranjeros. No necesitaremos apuntar aquí que el célebre ciprés de Oajaca (Méjico) y otros árboles notables bajo distintos puntos de vista, han sido conservados, aunque se encontraban en el mismo caso que nuestro "baobab".

Razonamiento estéril y tardío. A los pocos días las piquetas iniciaban su obra demoledora. Desapareció la cerca de la huerta, y, ya libre de obstáculos, al descubierto el enorme tronco del "baobab", comenzó el hacha a hundir sus afilados aceros en las entrañas del

coloso; tarea larga y difícil que se prolongó varias jornadas ante la fría indiferencia de un grupo de espectadores. Fueron todas las exequias que se hicieron al pobre árbol, tan admirado de los extraños.

Más tarde, un létrero en la esquina de la nueva calle, anunciaba la consumación del sacrilegio: "Calle del Adelantado".

¡Qué escarnio y qué ironía! Mejor hubiera sido este rótulo: "Calle del Ajusticiado".

Tal es la historia del "baobab" del callejón del Judío. Un nombre más que añadir al largo y cruento martirologio de nuestros árboles notables, sacrificados y destruidos con saña inconcebible.

X

Como adición a esta crónica, recogemos la anécdota que, a propósito del "baobab" tinerfeño, nos relata Antonio Martí en una interesante apostilla a nuestro artículo, inserto en "La Prensa":

"Tiene la evocación un intenso y hondo sabor de cosa de la tierra. Llena de gratas sugestiones de un pasado que todavía no puede calificarse de remoto, pues hay vivos aún bastantes tes-

tigos de sus episodios y comentaristas de sus recuerdos peregrinos.

Uno de ellos, hablándome del famoso "baobab", cuya desaparición diera lugar a tantas protestas en Santa Cruz, me contaba la anécdota o leyenda que voy a referir, como mismo la oyera él narrar a la viejecita de blancos cabellos y manos sarmentosas, muchos años antes, una noche de invierno, junto a la brasa roja del hogar...

—No es fábula ni cuento, mi hijo— decía ella—; a mí me lo contaron hace años y hasta los nombres me dijeron de la gente a quien le ocurrió. Pero, ¡válgame Dios si puedo jurarlo! Puedo asegurar, sí, que no mentía quien me lo dijo, y así mi ánima se salve como creo en la verdad del caso lo mismo que creo en Dios.

Y fué, según ella contaba, que en la casa que hacía esquina frente al "pan de Machango",—que así se llamaba por entonces el viejo "baobab" en Santa Cruz—, a la entrada del "Callejón del Judío", vivía una familia que, como regalo exótico de un pariente o amigo, guardaba en el traspatio, bien asegurada con cadenas, una mona de gran tamaño, y, al decir de la gente, fiera e indómita con exceso.

También había en la casa un niño de corta edad, a quien todos los días

una criada sacaba al patio a tomar el sol y en una galería fronterera colocaba después, en su cunita blanca y tibia, cuando llegaba la hora de dormir.

Día tras día seguía la mona con curiosas miradas las idas y venidas de la criada y sus manipulaciones con el chiquitín. Hasta que cierta tarde...

—¡La Virgen Santísima me valga!—, se interrumpía siempre la vieja Antonia, que así se llamaba la narradora—; una tarde, no se sabe si por desgraciado olvido o por travesura de alguna persona ruin, la cadena que sujetaba a la mona se escapó de la argolla donde se fijaba, y el bicho vióse en libertad...

Dicen que lo primero que hizo fué lo que tantas veces había visto hacer. No había nadie en el patio a la sazón. Sólo el chiquitín durmiendo en su cunita, blanca y tibia, en el rincón más soleado del corredor. La mona se dirigió a él, tomándolo en brazos, y trepó, sin soltarlo, hasta el tejado de la casa. Alguien advirtió lo que ocurría y no tardó en dar la voz de alarma. Pronto la gente se reunió en el lugar del suceso, siguiendo, con la emoción natural, los movimientos del cuadrumano. La madre del pagueño se desesperaba viendo el peligro que corría. Nadie se atrevía a subir donde la mona estaba, ni

había forma de cogerla sin poner en peligro la vida del pequeñín.

De pronto se vió algo curioso: Corriendo por el filo de la pared el animal saltaba hasta la esquina que daba frente al "baobab", y de un brinco cruzaba el callejón, trepando, sin soltar el niño, hasta lo más alto del árbol. Allí estuvo hasta que con engaños lograron atraerlo a la huerta y aprisionarlo nuevamente, librando al niño por un azar en verdad milagroso.

Y decía la viejecita al terminar su relato, que nunca llegamos a saber la parte de historia y la de leyenda que podría tener:

—Cuentan que la mona, al subirse al árbol, arrancó una fruta, y abriéndola con las uñas y los dientes daba de comer al niño su pulpa blanca y suave. Como que era un árbol de su tierra y el maldito animal se creía, a lo mejor, que era su cría la que llevaba a cuestas."



El “baobab” del callejón del Judío

El almendro de Gracia

No precisamente como árbol histórico, pero sí como árbol tradicional, evocador de toda una época, bien merece figurar en esta sección el almenadro de Santa María de Gracia.

Con su tronco ya casi carcomido, sus brazos escuálidos y sus hojas macilentas, todavía se yergue en el jardín de la antigua casa de los Estévanéz, como un valetudinario que añora tristemente su lozanía perdida. Hoy, falto de savia y de vigor, apenas si logra disimular sus achaques con algún brote florido al llegar los días primaverales. Pero sus raíces—raíces hondas—continúan firmes y ahincadas en la tierra, esforzándose en sostener la carga de decrepitud que pesa sobre

ellas. Y en pie está todavía el anciano almendro, "recio como las patrias rocas".

Ningún marco más adecuado para lo que este árbol tiene de simbolismo isleño, que el paisaje que le rodea, de sello netamente canario. Un barranco poblado de euforbias y retamas; una ermita rodeada de chumberas, y un denso ambiente de soledad y misterio en que todo,—las brisas, los pájaros, hasta la esquila del santuario—, parece que suena a ecos y lamentos del pasado... ¡Santa María de Gracia! La atalaya guerrera, en el repecho del camino, como un vigía alerta a los peligros y sorpresas del mar. Después, la irrupción bélica, las tiendas de los conquistadores apostadas en su altozano, y, tras las jornadas triunfales y las paces solemnes, el sagrado refugio, la oración vespertina y la bulliciosa romería camino de la pequeña iglesia enramada de laureles.

¡Santa María de Gracia!... Una loma, una cerca, una ermita y unos árboles fluctuando a los embates del viento: tenebrosas siluetas en las sombras de la noche, que infundían pavor al caminante. Esta estampa, tan sobria y sugeridora, que desde niños llevábamos impresa en la retina, ha sido totalmente desdibujada con mutilaciones y

torpes remiendos. Y el histórico lugar ha perdido toda su pátina de antigüedad, de vieja acuarela tinerfeña. (¿Qué diría, si viera tanta profanación artística, nuestro inolvidable y llorado pintor Valentín Sanz, el gran paisajista de la tierra?)

X

De la primitiva estampa sólo quedan ya algunos perfiles borrosos, y del alegre marco este vestigio triste del almendro, y la solitaria mansión de los Estévanes, hermética y sombría entre las húmedas paredes, sin el calor ni el auge de los antiguos moradores. Recordando la hidalga estirpe, nuestro pensamiento se afana en reconstituir el noble cuadro, que parecía sacado del lienzo de un pintor del siglo XVIII. Damas venerables, de ojos azules y serenos, resplandecientes de bondad bajo el severo marco de sus cofias; risueñas damiselas, llenas de candor, de sencillez y de gracia juveniles; varones ilustres, bizarros militares, marinos, escritores, artistas y poetas como Ricardo Murphy y Diego Estévanes, románticos y soñadores, muertos en temprana edad..., todos congregados bajo "la dulce, fresca, inolvidable sombra del almendro." ¡Y el viejo árbol, erigido entre los rosales de la huerta,

viendo cómo se iban unos y venían otros, los descendientes, a renovar la tradición familiar!

Se explica, pues, el dolorido acento y el sabor de nostalgia que tienen aquellos versos de don Nicolás Estévez, escritos desde su expatriación de París, ya en los postreros años de la vida del gran luchador, ministro de la República del 73:

Tempestades rugientes
de la vida y la lucha y las pasiones,
me transplantaron de mis dulces lares,
llevándome por climas inclementes
y procelosos mares,
como van por el aire los alciones
envueltos en ciclones.

Y entretanto mi almendro solitario,
cada vez más lozano y más florido
en el solar canario,
cuando yo encanecido,
pasadas las alegres ilusiones,
desciendo los postreros escalones
que conducen al reino del olvido.

Innumerables son los recuerdos que sugiere el tradicional almendro, en su dilatada existencia de cerca de dos centurias. En 1788, ya hacía mención de él, en documentos que se conservan de dicha época, doña Isabel Pówer de Meade. Y consta también el dato de que el año 1797, con motivo del ataque de Nelson

al puerto de Santa Cruz, una hija de aquélla, doña Isabel Meade de Murphy, distinguida dama irlandesa, de católico abolengo, temiendo un saqueo por parte de los invasores, ocultó su dinero y sus joyas, preciados recuerdos de familia, en un pozo que se halla aún al pie del almendro. Y desde el balcón de la casa, frontero al mar, presencié la maniobra de la flota inglesa y vió los fogonazos de los cañones en las noches que precedieron a la gloriosa jornada del 25 de julio.

Testigo fué también de las expansiones y juegos infantiles de un hijo ilustre de Santa Cruz, el más tarde conde de Lucena y duque de Tetuán, general don Leopoldo O'Donnell y Jorris, que en Gracia pasó un largo período de su niñez.

Presidió igualmente algunos cónclaves políticos, y acaso oyera las confidencias de aquellos conspicuos desterrados del año 48—Victor Pruneda, jefe de los republicanos de Aragón, el conde de San Juan, el brigadier Moreno de las Peñas, los generales Orive y Ramírez, el capitán Solans y tantos otros—correligionarios de don Francisco Estévanez, exaltado progresista, del que decía don Nicolás que era tanto su entusiasmo por la causa que, apenas se habían quitado el luto de uno de sus tíos, les hizo

vestir de negro por el fusilamiento de Zurbano, aquel bravo caudillo de la Independencia y luego conspirador y mariscal de campo con Espartero.

X

A la sombra del almendro recibió el mismo D. Nicolás las lecciones de su primer maestro, Manuel Villavicencio. "Y aun recuerdo—decía en su donoso estilo humorístico—las polémicas sostenidas en mi casa cuando mi abuela recomendaba que me enseñaran latín, a lo que mi padre se oponía, por considerarlo inútil. Al fin cedió mi padre, y recibí lecciones de un señor Benítez; pero los esfuerzos de este último no dieron resultado. Mi pobre abuela no consiguió que su nieto llegara a saber latín... sí bien aprendí lo suficiente para comprender que mi maestro tampoco lo sabía."

Doce años después, ya oficial del Regimiento de Antequera, volvió don Nicolás a convivir con el almendro de la infancia en gratas vacaciones y tertulias con sus inseparables amigos de la "peña" o sociedad "volcanista", como él la llamaba, de la calle de la Noria; (Agustín Guimerá, Francisco León, Ramón Gil-Roldán, Gaspar Fernández y otros), que frecuentemente acudían a

visitarle en su retiro de Gracia, entonces conocido por la casa de Geneto.

Más tarde, nuevos y distintos contertulios: los del inolvidable periodista don Patricio Estévez. Músicos, pintores, poetas, publicistas, sacerdotes., Teobaldo Power, Valentín Sanz, Almeida, Alfonso Dugour, Elías y Antonio Zerolo, Francisco María Pinto, Moure, Tabares, y tantos otros que constituían la flor y nata de la intelectualidad insular en los tiempos en que el veterano director de "La Ilustración de Canarias" y el "Diario de Tenerife", era el caudillo y el alma del movimiento literario del país. El más entusiasta, el más modesto y desinteresado, el de arrestos siempre juveniles, que en su vivir humilde y hasta precario algunas veces, supo llevar dignamente el limpio blasón de su apellido.

20 Pero la mayor popularidad y nombradía del almendro se la dió, como todos sabemos, la tan divulgada estrofa de don Nicolás:

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra...

Estrofa que don Miguel de Unamuno, al visitar nuestra isla, comentaba iró-

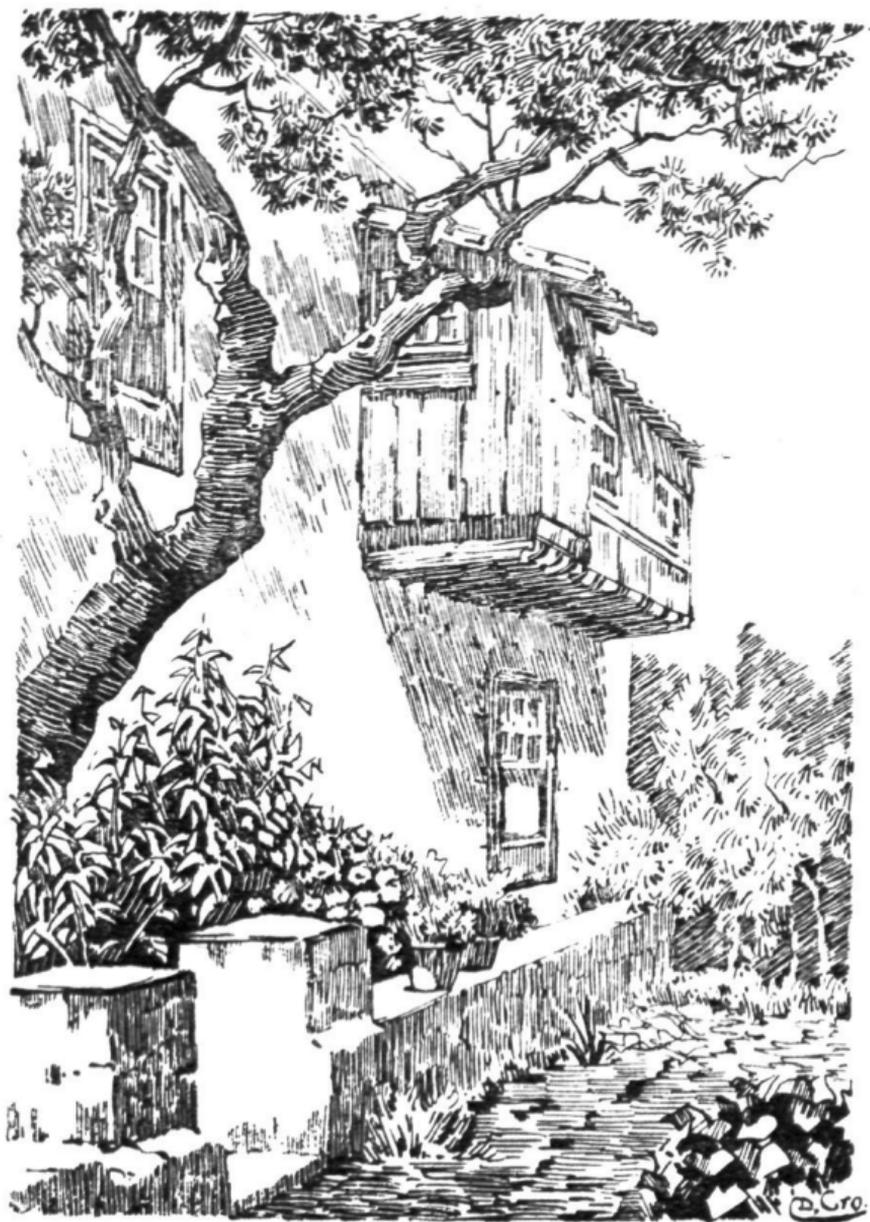
nicamente en una de aquellas frases tan suyas, tan mordaces:

—Sí, sí; está bien el verso. Pero discrepo del poeta. Un hombre que no tiene más patria que un almendro merece que lo ahorquen en él...

Pero en esa estrofa, motivo de la frase del sabio catedrático, alienta sin duda un hondo, sencillo y noble sentimiento del terruño. El mismo que inspiró a nuestro gran músico Teobaldo Pówer, que al componer sus "Cantos Canarios" les puso como lema los versos de Estévez, y estampados quedaron para siempre en la primera página de su obra, máxima exaltación de todo lo que tiene de sentimental y emotiva el alma de nuestro pueblo.

X

Eclos y aromas de la tierra, recuerdos del pasado, remembranzas tristes, días de paz y de ventura... ¡cuántas, cuántas cosas inolvidables evoca el almendro de Santa María de Gracia!



El almendro de Gracia

Los naranjos del Instituto

De todas las poblaciones canarias ninguna, acaso, donde el árbol haya tenido la veneración y popularidad que en La Laguna. Con ello la antigua capital tinerfeña respondía a las normas trazadas por sus primeros regidores que en sabias ordenanzas establecieron este mandato: "Que la conservación de los árboles es cosa tan necesaria a la República, que más no puede ser, por lo que las leyes, pragmáticas y capítulos de las Cortes de estos Reinos han proveído y mandado que no sean talados ni cortados como no deban"... "Iten más: que ninguna persona sea osada de cortar árbol alguno sin licencia y mandato de la Justicia y Regimiento, o a lo menos de la Jus-

ticia con un Regidor Diputado, cuando el corte no fuere grande, so pena de 400 maravedís por cada árbol, hasta seis, y de allí arriba, pague la pena doblada, o sea desterrado desta Isla por un año.”

Este respeto y esta pleitesía al árbol en la histórica ciudad, llegaron a constituir, a través de los tiempos, una exaltada devoción cívica. Así, por lo menos, se deduce de los rótulos, tan sugerentes, de la mayoría de sus calles: calle del Pino, calle de los Alamos, calle del Ciprés, calle del Laurel o del Jardín, calle del Olivo, calle del Almendro, calle de la Higuera, calle del Peral, calle de la Palma... Y unidos a estos nombres, los de tantos árboles y arboledas de popular tradición: el drago de Santo Domingo, los álamos de San Francisco, los cipreses de San Lázaro... Y aquellos famosos pinos de la Mesa Mota, reclusos en la soledad de la cumbre, al septentrión de la montaña... Pinos centenarios, castrados por los incendios, resistentes y tenaces en su agonía, que nuestro llorado vate Zerolo invocaba, ya enfermo y dolorido, en sus postreros días:

“Y que arrullen mi sueño en La
[Laguna
los pinos que coronan la montaña”...

En este recuento de legendarios árboles laguneros, cuyos nombres aprendimos a balbucear en la infancia, no pueden olvidarse los que acaso sean los más simbólicos y representativos de las tradiciones culturales de la ciudad: los viejos naranjos del Instituto... ¿Cómo no mencionarlos si su recuerdo va tan íntimamente unido a la historia y a los afanes de nuestra juventud? Aun los vemos, lozanos y floridos entre los rosales y arrayanes del patio, tendiendo sus brazos acogedores a las bisoñas huestes estudiantiles que por primera vez hollaban las losas de los claustros. ¡Bandas de alondras revoloteando en torno de los venerables troncos, que iban a posarse después en las distintas aulas!

¡Amables e históricos naranjos, que asistieron al bautizo espiritual de tantas generaciones canarias!... ¿Cómo podíamos olvidarlos?

X

Difícil será precisar desde qué tiempos exornan estos árboles el patio del Instituto. ¿Una centuria? ¿Dos centurias? Opiniones autorizadas, entre ellas la del difunto profesor señor Ossuna, coinciden en suponerlos coetáneos de aquella fugaz Universidad Agustiniiana (1744), que marca una de las efemé-ri-

des más salientes en la historia del célebre convento del Espíritu Santo, plantel de sabios teólogos, algunos tan eminentes como el P. Anchieta y los hermanos Machado, y de mártires también, como aquel joven eremita, Luis de Aguirre, que según la versión histórica fué quemado vivo por los moros, en una trágica noche de Navidad, con diecinueve compañeros de la Orden que se hallaban en el convento de Gucciya, de la provincia de Granada.

Todo, en el pasado histórico de esta casa, fué ambiente de estudio, tradición intelectual, y un afán constante de agrandar y perfeccionar el marco donde se desenvolvían sus actividades. Desde la fabricación de aquella pequeña morada, obra del conquistador Jorge Grimón (1501), hasta el feliz remate del suntuoso templo de San Agustín (1782), cuántos esfuerzos de la benemérita comunidad por proporcionarse un albergue digno de su misión evangelizadora y educadora. Se explica, pues, aquel dramático final del anciano Prior que al ver coronada su empresa, y en vísperas de la solemne inauguración del nuevo templo, sucumbió repentinamente de la emoción y alegría que le produjo el fausto suceso.

¡Y qué torpe y obstinada porfía la de todos aquellos que, poniendo en jue-

go sus intrigas e influencias pugnaban por arrebatarse a los agustinos su bien ganado predominio en la enseñanza! “¡Qué cosa triste, decía Viera, ver que unos sujetos literatos se empeñaban en desvanecer las utilidades que suelen atraer los estudios a los pueblos que los cultivan!”

X

Desaparecido, al fin, para desdicha de las ciencias y de las letras, aquel ilustre cenobio agustino, orgullo de la Provincia de Santa Clara de Montefalco en Canarias, quedó, no obstante, la profunda huella de su labor: quedó su obra—esta magnífica, amplia y confortable residencia del Instituto—; quedó su valiosa biblioteca, y quedó este poético patio del primitivo convento, con sus elegantes columnas de toba encarnada, sus altas crujeas y sus frondosos naranjos. Estampa sugestiva, rematada por la esbelta silueta de la torre que asoma su cúpula, sobre los húmedos tejados, por uno de los ángulos del patio; estampa que tanto se ha divulgado en lienzos y acuarelas, tema socorrido de profesionales y “amateurs”. ¡Cómo seducía a don Miguel de Unamuno este “remanso de quietud”! Patio de encanto, le llamaba, “una isla de espíritu que convida a escribir una

larga, muy larga y minuciosa crónica, contando las mil pequeñeces de aquella vida soñolienta, tal cual se pudiera ir sacando de viejos archivos y de la enmohecida memoria de algunas venerables señoras! Porque de esas mil pequeñeces—añadía—consta la vida, la verdadera vida, y acaso es todo eso mucho más hondamente humano y desde luego más eterno, que el resonante y teatral tumulto de las campañas napoleónicas.”

En estos patios, tan propicios al ensueño y la leyenda, aseguraban algunos que se hallaban escondidos los tesoros de los frailes. Y cuentan que manos codiciosas hurgaron varias veces al pie de los naranjos en busca de los soñados caudales. También hubo quien se los imaginó ocultos bajo las losas sepulcrales de los priores del convento, y cierto día apareció rota y violada una de ellas. Pero los tesoros no fueron hallados. Y en el ambiente de misterio de los claustros continuó flotando, durante muchos años, aquel interrogativo de la leyenda: ¿Dónde esconderían los frailes sus tesoros?

×

Estaba reservado a nuestros días el dolor de ver desaparecer los antiguos naranjos: ocho ejemplares, de altos

troncos y copioso ramaje, distribuidos por mitad en cada patio del convento. Unos de fruta ácida, pequeña; otros de grandes y jugosas naranjas, que equitativamente se distribuían, al llegar la sazón, en esta forma: las de un naranjo para los profesores; las de otro para los alumnos externos; en cuyo número nos contábamos como afortunados partícipes, y las de los restantes para el Colegio de internos, anexo al Instituto. Una distribución, como se ve, que implicaba un sentido liberal y armónico en el reparto de la codiciada fruta.

Actualmente, sólo queda en pie uno de los ocho naranjos. Los demás han sucumbido en los últimos tiempos, abrumados por la carga de sus años.

Al evocarlos hoy, parece como si nuestro espíritu tornara a los días en que los viejos árboles nos brindaban el aroma y dulzor de su fruta, helada por las escarchas. Y una pléyade de desaparecidas figuras surge ante nosotros. Todas de nombres gratos y familiares: Don Quintín, Don Eugenio, Don Mateo, Don Telesforo... Ossuna, Cabrera-Pinto, Ruiz Macías, Calvo, Zerolo, Manrique, Domingo Bello... y otros muchos profesores, amigos, compañeros... Y entre tantos recuerdos inolvidables, el de aquel poeta, aquejado

de tedio, enfermo del alma,—Guillermo Perera—, el cantor de la tierra... Parece que le estamos oyendo recitar sus estrofas en el recogimiento de los claustros, a la lumbre del sol de invierno que se filtraba por las copas de los naranjos...

¡Y con qué emoción, después de tantos años, oímos ahora aquella voz queda, lenta, apagada, del infortunado poeta!

“De la vetusta torre, las tres campanas
eran como un emblema de humanas
vidas:
con igual son reían por las mañanas
que lloraban de tarde dichas per-
das.”

.....

¡Naranjos del Instituto!... ¡Naranjos de los recuerdos!... ¿Cómo os podíamos olvidar?...



Patio de los Naranjos, del Instituto

A modo de epílogo

Al dar término a nuestras "siluetas" de árboles históricos y representativos de la tierra, interéсанos hacer constar que sólo nos ha guiado un propósito de divulgación, sin pretensiones literarias ni alardes de conocimientos botánicos, de los que nos hallamos totalmente ayunos.

Hemos querido exaltar el recuerdo de los viejos árboles,—de los que sucumbieron y de los que aún son gala y adorno de nuestro suelo—, para inculcar esta misma aсendrada devoción que nosotros sentimos por ellos, a las generaciones juveniles, si estas páginas, por casualidad, cayeren en sus manos.

Para ellas, principalmente, las hemos escrito con la esperanza de que habrán de ser más sensibles a las bellezas de la tierra, considerando el árbol, no sólo como elemento estético, sino como símbolo espiritual, signo de tradición y de cultura. Y habría que recordar aquí lo que decía el gran escritor uruguayo, José Enrique Rodó: “que de un divino juego de niños en las playas del archipiélago helénico, y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento..., todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo.”

Pues bien; digamos a estas juventudes isleñas: Hay que vestir de nuevo, con el verde y florido ropaje de otros tiempos, el suelo que desvistieron manos inconscientes, zafias o malvadas. Hay que combatir la doble sequedad de la tierra y de las almas, y echar a voleo la semilla en los surcos nuevos. Hay que restituir a nuestras montañas lo que a ellas, exclusivamente, pertenecía: su arbolado; sus pinos, sus cedros, sus laureles, la frescura de sus sombras y la alegría de sus pájaros cantores... E imponer este lema, esta norma cívica: cada hombre, cada niño, un árbol. Cada pueblo, cada comarca, un bosque. Mejor aún: por cada árbol,

una mano para protegerlo y multiplicarlo, y de cada planta hacer cien.

X

¡Arboles!... ¡Con qué emoción hemos recordado a los "caídos", a los que tuvieron que doblar su cerviz bajo el furor de la guadaña asesina! ¡Y con qué alegría hemos festejado a los sobrevivientes, cargados de años y de recuerdos, con sus testas alzadas aún a la lumbre solar, erguidas con ese gesto arrogante de las cabezas patricias!

Si los árboles hablasen entre sí; si sus movimientos y vibraciones se pudiesen traducir en lenguaje escrito, fotografiado o proyectado sobre una pantalla, como vaticinan las teorías de algunos autores científicos, ¡cuántos anatemas y recriminaciones tendríamos que oírles! ¡Y qué gran libro se escribiría sobre su tragedia! Pero ya que no podemos penetrar en su silencio, rindámonos, por lo menos, tributo de veneración y desagravio. Hagamos como esos pobladores de las aldeas vienesas que cada año acuden en peregrinaje ante sus árboles seculares con ofrendas votivas, y les velan en el silencio de la noche mientras les piden la buena suerte, la salud para la prole y la abundancia para las cosechas.

X

¡Arboles!... Lozania, gracia, arrullo, tradición, adorno siempre nuevo y siempre grato... A su sombra se cobijaron todas las civilizaciones. ¡Todas, menos la nuestra, que de su sombra hizo un sudario, un manto de aridez!

Ya lo anunciaba, con visión profética y dolorida, aquel gran apóstol del árbol y sabio apologista de nuestra flora, el inolvidable don Sabino Berthelot, cuyas cenizas, por fortuna, reposan entre nosotros: "Llegarán tiempos en que estas islas Fortunadas, donde la Naturaleza había derramado tantos encantos, se convertirán en áridas rocas en medio del Oceano; nuestras floras repetirán los árboles y plantas que las cubrían, y la posteridad no se atreverá a darles crédito."

Contra estas sombrías perspectivas debemos rebelarnos todos. Y unirnos en defensa del árbol y del bosque con el sagrado ideal de la tierra por divisa.

En esa cruzada corresponde el puesto de vanguardia a la juventud, que es impulso, sensibilidad y rebeldía innata. A ella, pues, van dirigidas estas crónicas, que hemos escrito con la misma profunda emoción que sentiríamos al recordar a hijos invictos de la raza.

Ahora, que otras plumas más autorizadas que la nuestra divulguen las excelencias y maravillas de esta flora

canaria, de la que es fama se llegaron a clasificar 1.352 especies, pertenecientes a 512 géneros diferentes, de las cuales 465 viven exclusivamente en las islas, lo que demuestra los singulares dones, únicos en el planeta, que la Naturaleza prodigó sobre este archipiélago.

X

Y como no cabe decir, sobre este tema del árbol, nada más sabio, filosófico y aleccionador, que lo que reza el conocido proverbio: “nadie debe morir sin haber tenido un hijo, escrito un libro y plantado un árbol”, añadámosle, para terminar, esta apostilla del poeta: “Y si no somos bastante sanos para engendrarlo, prescindamos del hijo; del libro, si no somos bastante inteligentes para escribirlo; pero, en cambio, plantemos siempre un árbol. Y si es posible, dos árboles más: uno por el hijo que no tuvimos, y otro por el libro que no nos fué dado escribir.”

¡Arboles!... ¡Alegría de la tierra; brazos fraternos, siempre acogedores, siempre abiertos..., que sus sombras brinden paz y amor a nuestras almas!...

Indice

PAGINAS

Los árboles, por Viera y Clavijo	3
¡Bárbaros!, por F. González Díaz	11
Las palmas de Santa María de Betancuria	17
La palma de la Torre del Conde	27
Los Tilos de Moya	37
Los dragos gemelos	45
El Garoé	53
“Este es el árbol, amigo”...	63
Los pinos “gordos”	73
El pino de Buen-Paso	81
Otros pinos “santos”	91

PAGINAS

Los dragos milenarios	99
Palmeras canarias	113
Los álamos de San Diego del Monte	121
Los álamos de San Francisco, en La Laguna	131
El castaño de las siete pernadas	139
Los antiguos cedros.....	149
El laurel del Jardín de Nava	157
El mocán de la fuente	169
El "baobab" del callejón del Judío	179
El almendro de Gracia.....	193
Los naranjos del Instituto ...	203
A modo de epílogo	213





PUBLICACIONES DE "LA PRENSA"

BIBLIOTECA CANARIA

LOS ARBOLES HISTORICOS Y
TRADICIONALES DE CANARIAS

(SEGUNDA PARTE)

OMO 11 - SEGUNDA PART

POR

EONCIO RODRIGUEZ

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

Tipografía NIVARIA
TENERIFE

LOS ÁRBOLES HISTÓRICOS
Y TRADICIONALES DE
CANARIAS

J. M. Alzola
Persepolis, 15
Las Palmas de G.C.

TIPOGRAFIA "NIVARIA"
Imeldo Serís, 17
TENERIFE

BIBLIOTECA CANARIA

LOS ÁRBOLES HISTÓRICOS Y
TRADICIONALES DE CANARIAS

(CRÓNICAS DE DIVULGACIÓN)

POR

LEONCIO RODRÍGUEZ

(SEGUNDA PARTE)

SANTA CRUZ DE TENERIFE

AÑO 1946

-778826-

AL LECTOR:

Cuando publicamos nuestras primeras crónicas sobre «Los árboles históricos y tradicionales de Canarias», creíamos haber dado fin a nuestra labor, según el plan que nos habíamos trazado. La aportación de nuevos datos sobre el mismo tema, tan sugerente y de tan múltiples aspectos, nos estimuló a proseguir estos trabajos, que un ilustre escritor de la tierra, Domingo Doreste, «Fr. Lesco», en un comentario periodístico que tuvo la bondad de dedicarnos, calificó de «siluetas biográficas». «No es una monografía botánica—decía el ilustre cronista—; es una galería biográfica escrita sobre un pentagrama. Cada ejemplar de árbol acusa una significación que suele ser doble: histórica y poética».

Realmente, tal fué el pensamiento que nos guió, y si algún acierto hubo en la modesta empresa atribúyase más al tema que al autor, que en esta ocasión desearía impersonalizarse por completo. No se vea, pues, en esta nueva serie de crónicas ningún afán de notoriedad literaria, ni tampoco de intromisión en materias reservadas a los profesionales, a los botánicos y a los investigadores de historia. Ni siquiera aspiramos a ganar adeptos, a estas alturas, para la causa del árbol, que en Canarias cuenta con tantos y tan entusiastas valedores. Queremos, sí, evocar, exaltar todo lo que la tierra isleña tuvo de sorprendente fecundidad y suprema belleza, como fueron sus bosques, sus árboles seculares, sus plantas maravillosas. De ahí que estas páginas acaso reflejen una impresión desalentadora si se compara lo que fué nuestro suelo cuando las alegres frondas embellecían sus montañas, y lo que es hoy en su triste y lamentable desnudez. Confiamos, sin embargo, en el mágico poder de la Naturaleza canaria, que en su do-

ble esfuerzo creador y reparador habrá de borrar, al fin, las huellas de tantas profanaciones. Y aquí se nos viene a los puntos de la pluma lo que decía nuestro gran ingenio, D. José de Viera y Clavijo, en carta dirigida al inolvidable patricio, fundador del Jardín Botánico de la Orta-va, D. Alonso de Nava y Grimón, Marqués de Villanueva del Prado: «La so-ciedad no es agradable en nuestro país; pero el trato de la Naturaleza lo es tanto o más que en París o Londres».

¡Irrecusable testimonio de quien, como el insigne historiador, tanto conocía la psicología de sus paisanos como los secretos y encantos de su tierra natal!

MITOS Y FABULAS

Si hubiera de hacerse una documentada historia del Arbol en Canarias habría que dedicar un extenso capítulo a las innumerables fábulas, mitos y leyendas que desde los primitivos tiempos extendieron por el mundo la fama de las Islas Afortunadas y de sus célebres bosques.

Marco y ambiente propicios para el mito, la fantasía de los antiguos poetas helénicos y latinos vió en las lejanas tierras atlánticas un mundo de ensueños y bienaventuranzas. Y el remoto Archipiélago, morada de dioses, lugar de promisión de las almas elegidas, era para algunas imaginaciones como una vaga nebulosa o un palacio encantado fluctuando en los confines de Occidente, en los mares inexplorados y misteriosos.

Cada poeta, sin embargo, forjaba la leyenda a su manera, aunque todos con

la misma visión ponderativa. Homero, Horacio, Virgilio y muchos más compiten en alabanzas a las Islas llenas de riquezas, que casi todos situaban en el último confín o límite del mundo, «adonde fenecían el cielo, la tierra y el mar», tierras de fertilidad tan fabulosa, que, al decir de Horacio, la viña florecía en ellas continuamente, la oliva siempre se llenaba de fruto y los higos adornaban constantemente los higuerales. Privilegiada región donde las mieles destilaban todo el año de las encinas, «el oso no gemía cerca de los rebaños ni la tierra alta se hinchaba con víboras». De ahí que Júpiter las reservara para la gente piadosa, de probada virtud.

Conocida es también la descripción que hace Virgilio de los Bosques Afortunados al narrar las aventuras de Eneas y la Sibila en su larga peregrinación por tierras y mares. Un cielo puro y resplandeciente vestía los campos de luz purpúrea. Los bienaventurados ejercitaban sus fuerzas luchando sobre la arena roja. Eneas se maravillaba de ver las armas ociosas, vacíos los carros de los varones guerreros, las lanzas clavadas en tierra

y los caballos sueltos por los campos. Caminando por las intrincadas selvas se afanan en buscar a Anquises, y, al llegar a un frondoso bosque de laureles que cubría la cima de una alta montaña, escuchan cánticos en honor de Apolo. Son los cánticos de las almas elegidas; de los que recibieron heridas por defender la Patria; de los vates que cantaron versos dignos de Febo; de los sacerdotes que tuvieron una vida casta; de los que perdieron la vida con las artes que inventaron, y de los que por sus méritos vivían en la memoria de los hombres. Todos llevaban las sienes ceñidas de nevadas ínfulas. Más allá, al fondo de cada cañada, ven otro apartado bosque, cubierto de gárrulas enramadas y varios pueblos que vagaban en torno de la umbría, «como las abejas sobre los prados en los calurosos días del estío».

Fué también Virgilio, en otro paisaje de la «Eneida» el que hace descender a Júpiter sobre nuestro monte Atlante—; el Pico de Teide?—, que describe con los hombros cubiertos de nieve, sustentando el cielo, y la cabeza cubierta de pinos, rodeada de oscuras nubes.

Mucho tiempo después, ya en la era cristiana, prosigue la leyenda, rivalizando la inventiva de los poetas con las ponderaciones de los filósofos, Plinio refiere que en nuestros montes se criaba cierto género de musgo del que se podía hacer vestidos como de seda. En las alturas de estos montes los árboles no carecían jamás de follaje ni de frutos, que servían de alimento una parte del año. Al igual que Horacio, habla de una Isla donde, sin necesidad de sembrarlos, brotaban espontáneamente frutales de todas clases. Se dijo también que los árboles crecían en estas Islas hasta 140 pies, por lo menos, cargados de frutos y de una multitud de pájaros. Y no faltó quien hallara semejanza entre el «Garoé» del Hierro y el Arbol de la Vida del Paraíso Terrenal. Mas ninguno superó en inventiva ni excedió en fantasía al célebre escritor satírico Luciano, que en una festiva narración que hace de las Islas, describiendo un convite que se celebraba en el campo Elysio, fuera de la ciudad, dice que había en él un hermoso prado, al que rodeaba un bosque plantado con todo género de árboles. Los vientos eran los que

servían a la mesa, y traían todas las cosas juntas que se pedían, a excepción del vino, porque cerca del lugar del convite había unos grandes árboles con sendos y artísticos vasos que pendían de las ramas a manera de frutos. No se podía hacer mayor elogio del bienaventurado país y de sus maravillosos árboles... de cristal.

No lograron ponerse de acuerdo los autores sobre el lugar que ocuparon los Bosques Afortunados. Asimismo discreparon en cuanto al sitio donde ostentó sus doradas pompas el legendario Arbol de las Hespérides, cuya rama cimera se reservaba como trofeo de victoria a Alcides, el fornido atleta de blonda cabellera. Algunos se lo imaginaban en el Valle de Taoro, rodeado de dragos, pero subsistió siempre la duda en cuanto a la especie del árbol. Descartada la posibilidad de que fuese un manzano o un naranjo, por no existir éstos en Canarias antes de la Conquista, se creyó más bien si sería un madroño, de antigua tradición isleña, que produce frutos de áurea corteza, en profusos racimos. Y quedó también sin descifrar el enigma de si

las consabidas manzanas eran las doradas nubes que acompañaban al sol poniente, o los vellones de ciertas ovejas, «de tanta estimación por sus lanas, que más era su precio de oro que de otro metal», que según la fábula se llevó Hércules como botín a falta de las manzanas, cuando vino a conquistar las islas por orden de Eristeo.

Otros autores se inclinan a creer que las manzanas se llamaban de oro por la estimación que se hacía de aquellas tan renombradas del Valle de Taoro que se llevaban a lejanos reinos como Inglaterra, Flandes y las Indias; manzanas de color pálido o doradas, «albas como nieve por dentro y de cuyo gusto y fragancia no era fácil dar idea».

En cuanto al dragón que las custodiaba, creen los mitologistas que el supuesto monstruo de las cien cabezas, de las cuales una velaba mientras las otras dormían, según la fábula, era uno de los gigantescos árboles, de fornidos brazos, que crecían en el Valle, aunque otros comentaristas opinan que era una roca que vista desde el mar se confundía con la monstruosa sierpe. Por último, creía-

se que los huertos de las manzanas de oro se hallaban en el mismo monte Atlante, donde sucumbió Hespero al tratar de explorar las estrellas.

A todas estas fábulas y leyendas va asociado el recuerdo de la Atlántida, la isla maravillosa descrita por Platón en su Critias, en cuyas llanuras brotaban numerosas fuentes, de cristalinas ninfas, que regaban el bosque de Neptuno, en el que los árboles eran de una altura y una belleza inigualables. Servíales de marco un cinturón de elevadas montañas que se prolongaban hasta el mar, cubiertas de espesos bosques, «en los que las artes hallaban toda clase de materiales para todo género de obra». ¡Tierra prodigiosa y única, de trágico destino, que en una noche de pavor y espanto desapareció en los senos del mar con sus murallas de oro y sus fabulosos tesoros!

Tras la época nebulosa de las fábulas y leyendas múltiples, la tradición poética de las islas resurge en las páginas del Dante. Y vemos llegar hasta nuestros mares las naves de Ulises y surgir ante ellas nuestro Monte Nevado, radiante de luz en los horizontes, y más tarde en la «Jerusalén Libertada», del Tasso, que si-

guiendo la descripción de Horacio, escribe: «Ed eran queste l'isole felici...»

Habría que deducir de este recuento de tradiciones, de mitos y de fábulas, que fueron nuestras islas excesivamente favorecidas y ponderadas por los principales ingenios de la antigüedad. Y es que había derramado la Naturaleza tales dones sobre ellas, que toda hipérbole estaba justificada. Pero el principio filosófico de que el hombre obedece siempre a las sugerencias de la Naturaleza, del medio ambiente, no rezó con nosotros. Fuimos y seguimos siendo insensibles a la luz, al color y a la belleza del paisaje.

De la antigua Grecia se ha dicho que un árbol, una flor, sugería el recuerdo de mil leyendas cantadas por los poetas, y que los naranjos y cipreses, cuya sombra se extendía sobre el mar Egeo, o un bosquecillo de pinos «eran suficientes para producir el contento que despierta la belleza y la alegría de vivir».

Entre nosotros, un árbol, una flor, un bosquecillo de pinos, sólo logran producir emoción en la sensibilidad de una escasa minoría de gentes. Para los demás son un estorbo o un objeto de explotación y rapiña...

LAS PRIMITIVAS SELVAS

Las ponderaciones que se hacían de las islas atlánticas, toda aquella aureola de país maravilloso que el mito y la fábula crearon en torno de nuestras peñas, ¿estaban realmente justificadas? ¿Merecían en verdad tales alabanzas?

Para discernir lo real de lo imaginario, la verdad histórica de la fantasía poética, habría que atenerse a las noticias que dieron de las islas las primeras expediciones que arribaron a sus playas. De una de ellas, la de los súbditos del rey Hanon, a que alude el «Libro de las Maravillas», se sabe que aportaron a una isla «cubierta de bosques, fecunda en pastos y regada de agradables arroyos», estableciéndose parte de la expedición en ella, mientras la restante regresaba a su país a dar cuenta de la venturosa conquista. Tan halagüeña impresión llevaron de la isla, que el Senado cartaginés, para no privar de ciudadanos útiles a la República, hubo de disponer que ningun-

no intentase pasar a ella, so pena de la vida.

Más concretas fueron las noticias aportadas por la expedición del rey Juba, según las cuales las islas abundaban en todo género de frutas y aves, en palmeras que producían dátiles, en piñas de pino, en miel, y en juncos de que se hacía el papel. En algunas de ellas, las montañas aparecían teñidas del color rojo que les daba la orchilla, famosa planta tintórea del Archipiélago, que cubría las peñas en tanta cantidad y abundancia, que estimuló al rey Juba a crear establecimientos en las islas para la explotación del tinte de púrpura.

Mucho tiempo después, otra expedición árabe arribaba a las costas canarias, desembarcando en una isla llena de cabras (*¿Fuerteventura?*), que en innumerables manadas vagaban sin pastor, y sólo encontró una fuente de agua viva que corría a la sombra de una higuera salvaje.

Y se pierde luego toda noción de las islas hasta que en 1341 una expedición organizada por el rey D. Alfonso IV de Portugal, y con tripulantes genoveses y

castellanos, al mando del célebre navegante florentino Angiolino del Tegghia, recorre nuestras aguas, y al llegar a las costas de Tenerife divisa un monte en forma de fortaleza que parecía un bajel con una antena rematada por una vela latina. No se atrevieron a bajar a tierra por creerla una isla encantada, y continuaron recorriendo sus costas, encontrándola mucho mejor cultivada en el norte que en el sur. Al fin desembarcaron veinticinco marineros armados y vieron que las casas estaban fabricadas de piedras cuadradas, labradas con gran artificio y cubiertas de hermosas maderas. Encontraron igualmente un oratorio o templo en el cual no había ninguna pintura ni adorno; tan sólo una estatua de piedra, representando una figura de hombre con una bola en la mano y desnudo, con un delantal de hojas de palma.

Al dejar esta isla, los marineros se dirigieron a otra, en la que vieron árboles muy grandes que se elevaban hasta las nubes, navegando luego hacia una tercera, que hallaron abundantemente provista de arroyos y aguas excelentes; tenía, además, muchos bosques y palomas

que mataban a palos y con piedras, y se las comían.

Al abandonar el Archipiélago los expedicionarios lleváronse a bordo cuatro indígenas, todavía imberbes, de hermosa figura, casi desnudos; tenían una especie de delantal con un ceñidor del que pendían multitud de hebras de palma o de junco, teñidas de amarillo y encarnado, y sus cabellos, de un rubio dorado, cubríanles las espaldas.

Después de varios días de navegación regresaron a Lisboa, llevándose muchas pieles de machos cabríos, sebo, aceite de pescado, despojos de focas y madera de color rojo, semejante a la del Brasil, además de gran cantidad de corteza de árboles para teñir de encarnado.

Hizo la narración de este viaje el célebre escritor italiano Boccaccio, y el curioso manuscrito, que se había perdido, fué dado a conocer por Sebastián Ciampi, en 1827.

Con la llegada de los primeros conquistadores españoles, cien años después de la expedición portuguesa, ya son más completas las referencias sobre las características del paisaje y la fertilidad del suelo canario. A mediados del siglo

XV desembarca en Tenerife Diego García de Herrera, y según la crónica de la expedición que escribió Fernando de Párraga, al hacer el recorrido de Santa Cruz a La Laguna, acompañado de los menceyes de la Isla, Herrera marchó más de dos leguas, tierra arriba, cortando a su paso ramas de árboles, en señal de posesión.

Cinco años más tarde llegaba también a Gran Canaria el conquistador Juan Rejón, y, según refiere el cronista Gómez Escudero, a una legua de distancia del sitio en que celebraron la primera misa hallaron un hermoso valle con gran cantidad de palmas y dragos, higueras y sauces, y agua que corría siempre a la mar, de un arroyo próximo.

Al internarse después en la isla vieron muchas montañas cubiertas de pinares, y al norte una llamada de Doramas, «que de árboles y agua era una de las buenas de la isla». Y había en esta montaña un extremo de notar, que entre los árboles de diferentes clases que la población veíanse muchas palmas de gran altor, que salían sobre los demás árboles otro tanto y más que ellos tenían de alto. En otros sitios hallaron también

palmas de tan extraordinaria altura, que servían de guía a los surgideros y a los pescadores.

Y como fuente primordial, y más auténtica de información, para venir en conocimiento de cómo eran las islas a la llegada de sus primeros conquistadores, ahí está la narración de los capellanes Bontier y Le Verrier, cronistas de la expedición normanda, que en el recorrido que hicieron por las islas con Gadifer de la Salle, el lugarteniente de Juan de Bethencourt, tuvieron ocasión de admirar muchas de las bellezas del país. Por cierto que, según cuentan, fué una isleña llamada Isabel la Canaria la que les servía de compañera e intérprete en estas expediciones, para comunicarse con los naturales del país. Y en tanto aprecio la tenían, que en cierta ocasión en que Isabel, víctima de las intrigas de Bertín de Berneval, fué arrojada al mar por la borda de una pequeña embarcación, acudieron los capellanes a salvarla, y lo hicieron con tanto arrojo y prontitud, que pudieron sacarla ilesa del agua.

Según refieren los citados cronistas, algunos días después de la llegada de Gadifer a la isla de Erbania (Fuerteven-

tura), se internaron con dirección al riachuelo de las Palmas, entrando en un valle llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos. En este valle se podían contar más de ochocientas palmeras que lo cubrían con su sombra, separadas en grupos de más de cien, tan elevadas como mástiles de navíos, de más de veinte brazas de alto, y cargadas de racimos de dátiles. En Gran Canaria saliéronles al encuentro quinientos indígenas, cambiando con ellos anzuelos y otros objetos por productos del país, higos y sangre de drago. La isla estaba cubierta de espesos bosques de pinos, abetos, dragos, acebuches y otros muchos árboles de diversas especies y frutos. Sus terrenos daban dos cosechas de trigo al año sin abono alguno. En Lanzarote hallaron muchas fuentes y cisternas, abundancia de pastos y buenas tierras de labor. Recogíase gran cantidad de cebada, de la que se hacía buen pan. En la Gomera no pudieron desembarcar, por la oposición de los naturales del país, temibles por su agilidad e intrepidez, y obligados por una gran tormenta tomaron rumbo al Hierro, donde permanecieron más de veinte días. Visitaron el

interior de la isla, lugar delicioso, poblado de grandes bosques; en ellos había más de cien mil pinos, algunos tan corpulentos, que dos hombres no podían abrazar el tronco; sus aguas eran abundantes y buenas, y tantas las codornices, que era una maravilla verlas. Y, por último, describiendo la isla de la Palma dicen que estaba poblada de grandes bosques de pinos, dragos, etc. ¡Disfrutaba de aires muy sanos, y sus moradores tenían por lo general larga vida.

De todos estos informes, de verdadera autenticidad, se deduce que si las Canarias que hallaron los conquistadores normandos y castellanos no eran los Campos Elíseos, celebrados en los versos de Homero, merecieron serlo por los dones y maravillas con que las había enriquecido y adornado la Naturaleza.

EL ARBOL CANARIO EN LA POESIA HISPANA

En la literatura clásica española el árbol canario tuvo gloriosos apologistas. Fué uno de ellos el poeta Alonso de Ercilla, que al cruzar por nuestros mares con rumbo a las Américas (1555), lanzó al vuelo su inspiración, y evocando la fama del legendario «Garocé», el Arbol Santo del Hierro, escribió en su poema «La Araucana» :

«Mira por el Océano bajando
entre el húmido noto y el poniente
las islas de Canaria, reparando
en aquella del Hierro especialmente,
que falta de agua la natura obrando,
las aves, animales y la gente
beben la que de un árbol se destila
en una bien labrada y ancha pila».

La reputación universal del árbol hereño había sugerido ya a un célebre poeta galo, Guillermo Salustio, Señor de

Bartas, al que Goethe llamaba «Rey de los poetas franceses», el siguiente elogio :

«La raíz desfilada y muy barbuda
de este arbolillo, en el árido terreno
sedienta vive, mas su copa suda
el más dulce licor que da el sereno ;
es una vid, cuya corteza ruda
en perlas llora con néctar tan ameno,
que, aunque el herreño beba, en nin-
[gún caso
para agotarlo le ha de sobrar vaso».

También Lope de Vega, con aquella su prodigiosa inventiva para describir lugares y paisajes según se los imaginaba su fantasía de poeta, ponderando las bellezas que ofrecía la Vega de Agüere, con su lago extendido al pie de las verdes colinas, al irrumpir en ellas las huestes de Fernández de Lugo, dice :

«Míranse en su claridad
tantos árboles frondosos
que se enloquecen de hermosos
con ver sombra y novedad.

Alrededor, todo el suelo
de tantas flores se tiñe,
que parece que la ciñe
el arco del mismo cielo».

Otro poeta español, no ya de tanta alcurnia intelectual ni de tan inspirado estro, el extremeño Vasco Díaz Tanco de Bregenal, que a principios del siglo XVI visitó las islas, da en su libro «Triunfo Canario Isleño», esta curiosa referencia de la flora insular: «Ví olmos y buxos y balos sabinas—viñáticos y palmas sci-preses, laureles—ví plátanos, cedros y linaloeles—ví tiles, thabaybas, también azeuinas—ví dragos perfectos muy medicinales—también leña santa para medicina».

El trashumante poeta, que hizo un recorrido por las siete islas del Archipiélago, dice de la Gran Canaria:

«De cañas de azúcar estaba poblada
de cedros, limones y mil azahares,
y en sí demostraba diversos lugares
de mil arboledas muy ramificadas».

Al visitar la Gomera el poeta se admira

«de ver las amenidades
y los boscajes con flores
de tantas diversidades».

Y añade:

«bosque más fructifícoso
el orbe no lo crió».

Igualmente loaron las selvas canarias los grandes poetas isleños, Cayrasco de Figueroa y Antonio de Viana, figuras cumbres de nuestro Parnaso en los siglos XVI y XVII.

En el poema de Viana, el árbol es siempre motivo de exaltación y elogio. Así, por ejemplo, ante la grandeza y majestad de los árboles centenarios, el poeta exclama:

«Mira los altos árboles crecidos
que de viciosa yedra están tramados,
del tiempo y su bravura combatidos
y pocos en su curso quebrantados».

Evocando el idílico encuentro de Dácil y Gonzalo del Castillo, en La Laguna, dice:

«Y era el espeso bosque tan cerrado
que no se divisaba en él la gente».

El grueso del ejército de Lugo llega a la agradable Vega; penetra por la espesura de los árboles, entre los cuales había algunos cargados de mocanes, «dulce fruta a la que entonces era propicio el tiempo», y se detiene a contemplar

«los altos robles, los crecidos pinos,
umbríferos cipreses, frescos lauros,
las varias yerbas y olorosas flores...»

El árbol era, además, instrumento de justicia, y así, cuando Bencomo se ve injuriado por uno de sus súbditos, el anciano mencey exclama iracundo :

«Quitadme de delante este atrevido
si no queréis que pierda el sufrimiento ;
muera, muera el traidor descomedido ;
colgádmelo de un árbol al momento».

Igualmente sirvió de arma de defensa contra las invasiones extranjeras que asolaban las islas. Lope de Vega, en su «Dragontea», describe así la épica lucha de los isleños al rechazar las huestes de Drake, en las playas de Melenara, de la Gran Canaria :

«Ya con tejidas ondas, ya con leños,
como troncos de pinos y cipreses,
prueban los brazos rústicos isleños
en los soldados míseros ingleses».

Memorables son también las estrofas que Cayrasco de Figueroa, el autor del «Templo Militante», dedicó a la selva de Doramas, en Gran Canaria :

«Aquí florece la admirable selva
que el nombre ha de heredar del gran
[Doramas,
do no entrara discreto, que no vuelva
con rico asombro, de su sombra y ramas.

Si como aquesta selva deliciosa
junto a Hierusalen, otra estuviera,
por celestial virtud maravillosa,
ninguno la encantara y defendiera».

Este mismo poeta, en su «Arco de la
Fama», ya había dicho que en las an-
tiguas Afortunadas

«Siempre desea florecer la Oliva,
destilar de las peñas miel sabrosa
y con murmurio blando el agua viva
bajar del alto monte presurosa».

Otro canario ilustre, nuestro historia-
dor Viera, con su inmoderada afición a
las Musas, que tan pocas veces le solían
ser propicias, rinde igualmente tributo
de admiración a los viejos árboles del
bosque de Doramas, y en su poema «Los
Vasconautas», escribe :

«Decorados de yedras diferentes
los descollados árboles frondosos
dan su corteza al nombre de las gentes
y su gran copa a pájaros hermosos».

Por último, otro poeta isleño, del siglo XVIII, Rafael Bento, ante el cuadro de desolación que ofrecían los bosques bajo el hacha de sus verdugos, exclama dolorido :

«¡ Quién de la patria el lamentable lloro
y los gemidos de la edad futura,
podrá contar? El hacha asoladora
el exterminio al término llevando
con su implacable filo,
hiende las hayas, el laurel y el tilo».

Y con un presentimiento fatal del futuro isleño, el poeta añadía :

«Ya no la lluvia que los campos riega
volverá a descender sobre la altura ;
ni se verán cubiertas de verdura
la recortada loma y fértil vega».

Sí ; lloren las Musas, duélanse los poetas, que en los yermos canarios—campos de soledad y tristeza—«ya no volverá a florecer la oliva».

DESPUES DE LA CONQUISTA

Cuando el Adelantado D. Alonso Fernández de Lugo, terminada la conquista de Tenerife, pasó a España para presentar ante los Reyes Católicos a los jefes guanches que acababan de someterse a la Corona de Castilla, fué recibido con grandes muestras de satisfacción por parte de los soberanos. Y el Adelantado, con raro menosprecio de la gloria que le correspondía por el éxito de su épica empresa, hubo de congratularse ante los reyes de que los dominios de España se viesen acrecentados con la posesión de una isla fértil y deliciosa, aunque ésta, acaso, —fueron sus palabras— «no podría ser útil más de doscientos años». ¿Presentía los males que amenazaban al territorio conquistado? La historia nos demuestra que no eran equivocados sus vaticinios.

De regreso a Tenerife, y al consagrarse de lleno a su misión de organizar la naciente república, dando impulso a sus

fuentes de riqueza, comenzó por establecer los arbitrios y propios que habría de administrar su Concejo. Al efecto fijáronse primeramente derechos sobre las ovejeras y colmenas salvajes; las salinas de la ribera, las resinas de las almácigas y otros similares, y señaláronse para propios de la Isla todos los montes y montañas desde el Roque Bermejo, en Anaga, hasta la Punta de Daute, yendo por las cumbres de la sierra, aguas vertientes a la mar, y por la parte Sur, los montes y montañas de Agache, a sota-vento, quedando los demás libres de todo requisito para que los vecinos y moradores de la Isla pudieran cortar madera y leña para edificios, ingenios y cosas necesarias. Asimismo se autorizaba al Concejo de la Isla para vender madera o leña para fuera de ella en los dichos montes, con excepción de los comprendidos en la parte del barranco arriba que sube del Sauzalejo, atravesando el camino de Taoro, derecho a la montaña de la Sierra, y de allí, hasta el Valle de la fuente de los Berros, a dar a la montaña de Abimarge.

Cómo serían los estragos causados en la riqueza forestal de la Isla por la po-

lítica de tolerancia y liberalidad de los primitivos regidores al autorizar las desmedidas talas y el abusivo comercio de maderas, que hubo de dictarse una pragmática, dada en Zaragoza (1518) por los reyes D. Carlos y D.^a Juana, «ordenando que en el plazo de seis meses se reuniesen todas las autoridades y vieses la mejor manera de conservar y fomentar los montes, no permitiendo cortas, podas ni talas; que se redactasen ordenanzas para su buen aprovechamiento, y se nombrasen personas aptas para hacer cumplir lo dispuesto».

A despecho de tan saludables y previsoras medidas, testimonio elocuente del amoroso desvelo que demostraban los Reyes Católicos por sus apartados dominios atlánticos, los males y abusos debieron subsistir a lo largo de toda la centuria, como lo atestiguan las siguientes previsiones del Concejo de D. Carlos: Julio de 1533. Que cuando se tratase en el Cabildo de la tala de los montes no se permitiese intervenir a los regidores propietarios de ingenios.—Agosto de 1533. Ordenando al gobernador o juez de residencia visitase la parte no poblada de la Isla para inspeccionar los montes y

evitar su tala.—1580. Que los regidores que tuviesen ganados no tomasen parte en la elección de guardas de montes, ni aquellos cuyos parientes fuesen, asimismo, propietarios de ganados.

De estos antecedentes se colige que el proceso de destrucción de los bosques canarios—talas, saqueos, incendios, comercio de madera, etc.—arranca de la fecha en que el Adelantado señalaba para propios del Concejo todos los montes y montañas de la Isla y autorizaba a los vecinos y moradores para que aprovecharan sus productos; política de imprevisión y lenidad que no se avenía con aquel presentimiento suyo, expresado ante los reyes de Castilla en la histórica entrevista de Almazán, «de que la Isla sólo podría ser útil doscientos años...»

Hoy, después de más de cuatro centurias de devastación continua, la zona forestal de Tenerife, calculada en unas 94 mil hectáreas, presenta una superficie de más de 53 mil de suelo casi totalmente desnudo; dato que revela el poco amor que han demostrado por el árbol y el paisaje isleño las generaciones que nos han precedido.

ASPECTOS FORESTALES

Los datos más recientes que conocemos sobre la riqueza forestal en las Islas arrojan estas cifras :

Tenerife.—Montes de utilidad pública : 40.734 hectáreas. Idem particulares : 6.647. Zona forestal no catalogada : 48 mil 183.

La Palma.—Montes de utilidad pública : 18.232 hectáreas. Zona no catalogada : 15.316.

Gomera.—Montes de utilidad pública : 5.605 hectáreas.

Hierro.—Superficie arbolada : 3.086 hectáreas. Sin arbolado y repoblable : mil 312.

Los datos referentes a las islas del grupo oriental, Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, los desconocemos, aunque desde luego puede afirmarse que la escasa riqueza forestal en ellas—nula casi totalmente en las dos últimas—acusaba cifras muy exiguas.

Los montes y terrenos forestales no ca-

talogados, a que se refieren las estadísticas, pertenecen en su mayoría a particulares, a excepción de los de la Orotava, cuyo Ayuntamiento, con plausible acuerdo, hizo una información posesoria del Teide y Las Cañadas.

Los montes de utilidad pública en Tenerife son los siguientes: Las Mercedes, La Mina y La Yedra, en La Laguna; Pozo de Horna, en La Matanza; La Esperanza; Las Canales, en Santa Ursula; El Sauzal, Agua García y Cerro, en Tacoronte; La Goleta y Pedro Alvarez, en Tegueste; La Victoria; Adeje; Contador y Cumbre, en Arico; Fuensanta, Ijerje y Montefrío, en Garachico; Pinar, en Granadilla; Pinar, en La Guancha; Pinar de Tágara, en Guía; Pinar de Chío; Pinar de Icod; Pinar de la Rambla; Ladera y Cumbre, en Realejo Alto; Pinar de Santiago; Las Aguas y Pasos, en Los Silos; Pinar del Tanque; Lomo Gordo y Agua Fría, en Vilaflor; Vica y Lajas, en ídem; Mamio, Leres y Monte Verde, en la Orotava; Gambuesa, en Arafo; Poyal, Valle y Chasa, en Candelaria; Agache y Escobonal, en Güímar; Aguirre, San Andrés y Vueltas de Taganana, en Santa Cruz.

Las especies predominantes en estos montes son los brezos, hayas, follados, hijas, aceviños, laureles, tiles, sanguinos, barbuseros, viñáticos y los pinos en sus dos variedades de Teda y Alba. Y en número ya por desgracia muy exiguo, los árboles más representativos de la flora indígena, como el mocán y la sabina; el palo-blanco, de madera tan apreciada, y el madroño de Canarias, que abundaba en otro tiempo en los bosques de Las Mercedes y Agua García, así como los adernos, marmitones y los barbuseros, de las selvas de Taganana, especies todas que tienden a extinguirse por completo.

Los antiguos cronistas hablan también de la importancia que tenía la riqueza maderera en las Islas. El P. Sosa, refiriéndose a la de Gran Canaria, dice: «tiene divididas muchas montañas de pinares, lentiscales, acebuchales, palmares y otros diversos árboles. De ellos se sacaban grandísimos maderos, que eran necesarios para los ingenios y artificios con que se molían las cañas de los azúcares cuando se labraban en dicha isla, y para otras fábricas de navíos y edificios de casas, y aún hasta España embarcan

sus maderas, mayormente el barbusano y palo-blanco, por ser de las más fuertes que ha topado la experiencia».

Según decía en una Memoria el Inspector de Montes, señor Díez del Corral, que hace años recorrió las Islas, los bosques de pinos, especialmente, han sufrido considerables devastaciones. En algunos pinares, como los de La Guancha y Vilaflor, los rasos alcanzan el 20 y 42 por 100 de la zona poblada. No obstante, el número de pinos en las Islas demuestra la importancia que tuvo esta riqueza. Según los datos anteriormente citados, el total de estos árboles en Tenerife asciende a unos 5.800.000 (de ellos 1.400.000 resinables); en el Hierro, 366.500; en la Palma, 2.800.000; en la Gomera no llegan a un centenar, no obstante ser aquella isla la que cuenta con la mejor masa de montes de especies frondosas y la de mayor volumen leñoso. Y, por último, Gran Canaria, que es donde más mermada se halla la riqueza arbórea—sus montes han desaparecido casi por completo—, cuenta aún con importantes pinares, restos de las primitivas selvas, en Tamedaba, Pajonales, Mogán, Tejeda, Gáldar, Tirajana y otros.

La madera que se extraía de estos bosques, incorruptible y de gran dureza, pues su densidad alcanzaba a 0'879 en la del pino blanco y a 1'134 la del pino de tea, y los productos resinosos de la misma, fueron antiguamente objeto de importante tráfico, juntamente con las no menos apreciadas de los barbusanos, los palos blancos y los viñáticos. Se la utilizaba principalmente en la construcción de barcos, techumbres de edificios, lagares, etc. y sus productos resinosos, particularmente la pez negra o breya que se empleaba en la carena de barcos y en usos medicinales, se transportaba en considerables cantidades a la Península y a Inglaterra. Y en cuanto a la miera extraída de nuestros pinos se ha comprobado que supera en riqueza de productos a la de otros países.

Todo habla en elogio del pino canario, nuestro árbol sin rival, del que se ha dicho que puede desafiar impunemente las sequías y las intemperies porque sus puntiagudas hojas atraen los vapores de la atmósfera y sus raíces penetran a través de las capas volcánicas buscando la humedad en las profundidades del suelo. Gala de nuestra tierra, que debiera

considerarse como árbol dilecto y sagrado por su tradición isleña, su utilidad y su belleza sin par.

La devastación de los pinares, no menos asoladora que la de los bosques lauríferos o de la primera zona, ha obedecido a los factores de siempre, que Viera señalaba en su época como más perniciosos y contra los cuales han clamado y siguen clamando inútilmente los defensores del árbol en el país: «das hachas, las rozas clandestinas, las quemas, las carboneras y la insensatez, que han conspirado a talarlos y destruirlos».

Otro factor dañino ha sido el pastoreo en las cumbres, según el informe del Sr. Díez del Corral. «Buena prueba de ello, decía, son los retamales de Icod, y sobre todo los montes de Vilafior, que son los que con menor densidad maderable, peor están de repoblados. Tales montes son principales víctimas del ganado cabrío, y cual ellos todas las demás zonas forestales situadas entre los 1.500 y 2.400 metros de altitud».

Para frenar estos abusos y poner término a tan perjudicial estado de cosas, un celoso alcalde, entusiasta del arbolado, D. Tomás Cruz García, propuso

hace años al Ayuntamiento de Güímar, una de las regiones más castigadas por el pastoreo abusivo, recabar del Estado una disposición encaminada a hacer desaparecer todos los rebaños de ganado cabrío que pasten en los predios forestales, públicos o particulares, comprendiendo las cumbres de la Isla y sus estribaciones en torno a ellas, hasta una faja no inferior a 100 metros por debajo del límite actual de los montes, autorizando a los Ayuntamientos para incautarse de aquéllos, transcurrido el plazo que se determinase. Esto proponía el señor Cruz García el año 1925, mas no sabemos de ninguna medida adoptada hasta ahora para corregir los males que trataba de evitar la citada propuesta municipal, caída en el vacío y en el olvido.

En síntesis, tal es el drama del árbol y de los bosques isleños, latente desde los tiempos en que el regidor Anchieta formulaba sus protestas y admoniciones en el Consistorio de la Isla, clamando contra las desmedidas talas.

Todo ha cambiado desde entonces menos esa insensibilidad y ese despego del país por la obra maravillosa de la Naturaleza en nuestro suelo.

ARBUSTOS Y PLANTAS INDIGENAS

Lo mismo que los árboles, los arbustos y plantas indígenas, de especies peculiares del país, que constituyen más de una tercera parte de las catalogadas hasta hoy, también han tenido sus tradiciones y algunas de ellas alcanzado fama universal por sus singulares características, únicas entre todos los géneros de plantas del mundo.

Primeramente se han suscitado dudas y conjeturas diversas sobre el origen de dichas especies, pareciendo predominar el criterio de los que las consideran «producto de la emigración, unido a las modificaciones ulteriores y a la multiplicación de las nuevas formas». (Teoría de Hooker y Darwin). Otros botánicos creen que la flora mediterránea, que tanto predomina en las islas, fué transportada por las aves a nuestro Archipiélago.

Explicando la presencia en él de especies de los continentes más remotos,

se señalan, igualmente, estas dos hipótesis: emigraciones de aquéllas a través de los mares, o que las islas, como creen algunos, son restos de un vasto continente—que no era el que describe Platón en sus Diálogos de Critias y el Timeo, situado frente a las columnas de Hércules y tan grande como la Libia y el Asia juntas—, sino otro cuya costa oriental llegaba hasta Europa y Africa y la occidental hasta América.

Como quiera que sea, lo que más llama la atención de los botánicos es la gran antigüedad y endemismo de la flora canaria, que según los últimos estudios se compone de 534 especies mediterráneas; 468 endémicas o del país, y 350 de otras procedencias, que se encuentran indiferentemente en Canarias y en Europa.

Entre los arbustos famosos del país y las plantas de mayor renombre y tradición, deben mencionarse en primer término la leña-noel o «palo de rosa», llamada así por el suave y delicado aroma de la esencia o aceite que se extraía de sus troncos y raíces, de los que hacían los holandeses un gran consumo para su industria de perfumería. De la misma

especie de este arbusto, el «guaidil» o «guaidín», de flores blancas en hermosos ramilletes, que juntamente con la «maljurada» o «corazoncillo», de flores amarillas, y el «corriguelón», de campanillas rosadas, constituyen el más bello adorno y la nota de más vibrante colorido en el paisaje.

Otra planta de gran tradición isleña es el taginaste o arrebol, de alto y esbelto tallo, en forma de obelisco o pirámide florida, del más sorprendente efecto. Adopta formas distintas, y sus flores, formando campanillas o ramilletes de espigas, son azules, rosadas o blancas, sobre grandes rosetas.

Una tradición indígena, recogida por el poeta extremeño Vasco Díaz Tanco, atribuía al taginaste la extraña virtud de preservar a las recién paridas de las acometidas de los machos cabríos, «machios de menstrua figura». La fama de esta bella planta canaria la divulgan aún antiguos romances, como éste que se canta en la Palma:

Blanca flor de taginaste,
encarnada clavellina,
qué bonita relación
cantó el galán a la niña.

También originarias del país, las llamadas «siemprevivas de la mar», de hermosas flores violadas, servían de adorno, según la tradición, a las núbiles doncellas guanches. Abundaban en los bosques de Anaga, contándose más de diez especies diferentes. Una de ellas, de gran tamaño, crece espontánea en los acantilados del Norte de la Isla, especialmente en los del Puerto de la Cruz. También existen notables ejemplares en el sitio llamado «Bajo las Viñas», orillas del mar, del término de Buenavista.

Otra planta típica, y en extremo prolífica, es el balo. Decora generalmente los barrancos, los riscos y los terrenos incultos de las costas, confundido entre las euforbias, con las cuales guarda bastante similitud por su sobriedad y el tono verde pálido de su follaje, de aspecto triste. Algunos ejemplares alcanzan proporciones de verdaderos árboles. Tal ocurre con uno que existía en el lugar conocido por «Lomo del Balo», término de Guía de Isora. Era una verdadera supervivencia de los tiempos primitivos. Su rugoso tronco medía más de cincuenta centímetros de diámetro y a

su sombra celebrábanse durante el estío grandes reuniones familiares.

Y entre otras plantas privativas del país, que más han llamado la atención de los botánicos (aparte las 57 especies diferentes de «siemprevivas canarias» que el doctor Praeger, distinguido científico inglés, estudió durante su recorrido por las islas el año 1924), la leñasanta, palo-santo u orijama (Planta de Dios); de la región marítima, tan abundante en el Sur de la Isla y de madera tan recia que los pastores hacían de ella agujas para sus tejidos rústicos; las jaras y juagarzos, de florecillas blancas y rosadas, que crecen en las regiones altas, por encima de los bosques de laureles; las algaritopas o «bocas de dragón», de penetrante aroma a alcanfor y múltiples tallos floridos; los tusílagos o «flores de mayo», de profusas flores en ramilletes, colores plateado o púrpura; oriseles o retamas de tinte, la célebre «yerba de amarillo» de las Canarias; bicácaros o canarinas, de flores de color rojizo, hojas en forma de alabarda y frutos anaranjados, de pulpa blanca y jugosa que competía con los de la mocanera la predilección del pueblo indíge-

na; follados, ortigón del monte y gildanas, de flores de color de azufre, y fibras tan recias que amellan las hachas más duras; dedaleras o «crestas de gallo», de flores color ladrillo (nuestra digital canaria); lentiscos, vinagreras, cornicales, codesos y escobones, nevadillas, correhuelas y tantas otras que harían interminable este índice, hecho, como se ve, «a salto de mata».

Por último, no debemos olvidar estas otras plantas, netamente isleñas, tradicionales y hasta históricas por el importante papel que jugaron en la industria y riqueza del país—la orchilla, la barrilla, el tazaigo y la yerba-pastel, entre otras—, de las que se extraían los preciados tintes que tanta fama dieron antiguamente a las islas, ni esas otras que matizaban y perfumaban nuestras campiñas, de que habla Viana en su poema:

«el poleo vicioso, el blando heno,
el fresco trébol, toronjil, azándar,
el hinojo entallado y el mastranto».

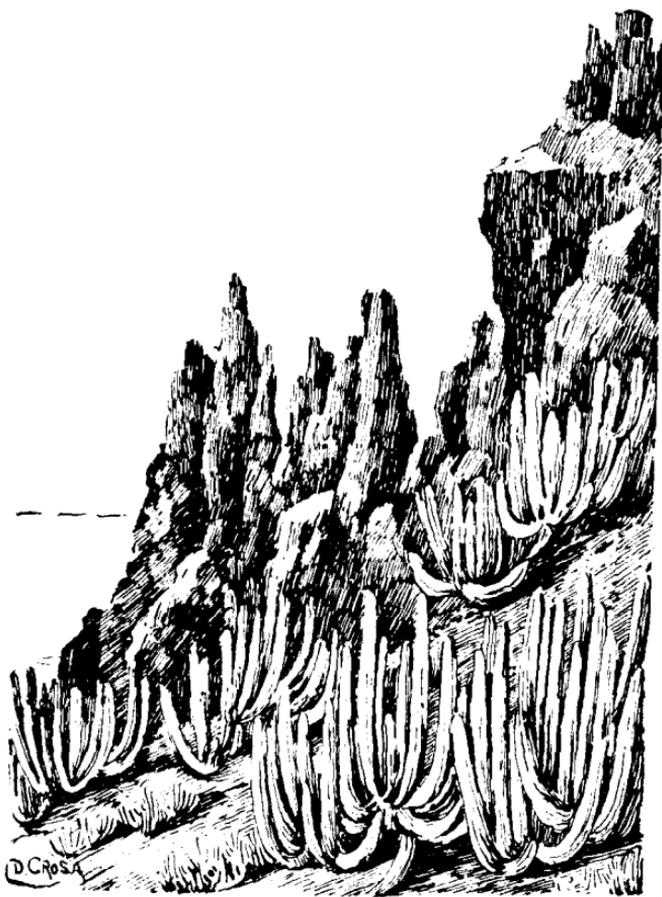
EUFORBIAS CANARIAS

La historia de nuestras euforbias se remonta a tiempos anteriores a la era cristiana. Las primeras referencias de esta originalísima planta canaria, de tanto arraigo en el Archipiélago, se deben, según Plinio, a los informes dados por los emisarios del rey Juba de Mauritania, patrocinador de una importante embajada científica que traía la misión de conocer las circunstancias geográficas y producción de cada isla.

Al cabo de muchos días de navegación por las costas del Archipiélago, los comisionados retornaron a su país, llevando al rey varios presentes y algunas muestras de la flora insular. Entre éstas, según la versión del célebre naturalista, figuraban unas plantas que parecían férulas o cañajejas, recogidas en la isla de Ombrión (Hierro), de múltiples brazos cuadrangulares, armados de espinas en las aristas, con pequeños botones encarnados. Su jugo era una leche

espesa, acre y tan copiosa, que manaba en abundancia de las ramas a la más leve incisión. Examinado el arbusto por un galeno del rey, llamado Euforbo, que logró descubrir ciertas propiedades medicinales en la extraña planta, al poco tiempo era conocida ésta con el nombre de «Euforbia», que le dió el rey Juba en honor a su médico. De este modo, y gracias a tan casual como favorable circunstancia, nuestro agreste «cardón», ornato de los pedregales isleños, se vió encumbrado y enaltecido desde los tiempos de los antiguos reyes de Mauritania.

Ningún árbol canario—ni el drago con su majestuoso porte, ni el pino con su gallardo talle, ni el madroño con su copa florida—tiene un sello tan característico, tan representativo de nuestras peñas, como las euforbias canarias. Sobrias como ninguna otra planta, lo mismo se las ve sobre las áridas montañas que en las simas de los profundos barrancos. Prefieren la soledad, los lugares desiertos, o van muchas veces a buscar el halago de las brisas salobres en los lechos de arena, a las orillas del mar...



Era también la planta que en más estima tenía el pueblo guanche por los usos que de ella hacía en sus rudimentarios medios de vida, unas veces utilizando su madera para hacer lumbre, frotándola con un palo de espino, otras empleando su jugo en medicamentos o vertiéndolo en los charcos de los arrecifes para aturdir a los peces.

Tales eran los árboles que los cronistas de Bethencourt decían haber hallado en Lanzarote, de troncos cuadrados con varias faces, «que daban leche medicinal a manera de bálsamo, de maravillosa virtud».

Tanta era su abundancia, que cubrían totalmente grandes montañas, como la de «Los Cardones», en Fuerteventura, de nombradía histórica por hallarse en ella la sepultura del gigante Mahán, que, según la leyenda, medía más de veinte pies de largo.

También en las demás islas poblaban todas sus costas, alcanzando algunos ejemplares dimensiones extraordinarias. Todavía se puede admirar uno que llamó grandemente la atención de Humboldt en su visita a Tenerife en el año 1799. Está situado en el pueblo de Bue-

navista y ocupa una extensión superficial de 148 metros cuadrados.

En algunos sitios de la isla, especialmente en la región Sur, ocupan extensos valles. Uno de ellos, el de «Las Cardoneras», en Adeje, es famoso por la profusión de euforbias sobre un lecho de arena de color ocre, en cuya vasta extensión alternan las tabaibas y tabaibillas, de follaje verde claro y flores blancas y encarnadas, las «barrillas» de color púrpura, los «salados» con sus grandes frutos cilíndricos de color verde bronceado y los tazaigos de largos tallos sarmentosos. Conjunción de las más extrañas formas vegetales y de las floriscencias más caprichosas, que parecen haber encontrado su mejor ambiente en el citado Valle. ¡Cuántas veces, entre los viejos cardones, cruzaría sus senderos la lanza del pastor guanche tras los rebaños trashumantes!

MORALES Y MORERAS

Estos árboles recuerdan el auge y esplendor de una industria canaria, ya desaparecida, que llegó a alcanzar verdadera fama dentro y fuera del marco insular: la industria de la seda, de cuyas manufacturas se conservan aún vestigios que atestiguan las excelencias de su calidad, al par que el arte y perfección con que estaban ejecutadas. Los socorridos nombres de «El Moral» y «El Moralito», que tanto abundan en nuestros campos, titulando también algunas aldeas, demuestran la popularidad de dichos árboles entre las clases rurales. Contribuía asimismo a darles importancia su conexión con la primitiva industria sedera, a la que proporcionaban una de sus primeras materias: el alimento para la cría y desarrollo del gusano de seda.

En los tiempos de D. José de Viera y Clavijo, ya se hacía resaltar la utilidad de estos árboles, «no tan multiplicados

como lo estarían si sus habitantes despertasen de su letargo y mirasen las cosechas de la seda como uno de los ramos más ricos de su industria».

Los beneficios que reportaban en tal sentido, aparte del valor de su madera y de la utilización de sus hojas, no sólo como alimento del gusano de seda, sino como pasto del ganado lanar, movieron a la Real Sociedad de Amigos del País a recomendar la plantación de morales en la Isla. Y se trató en principio de acotar para ello los terrenos de la Dehesa, del Puerto de la Cruz, proyecto que no llegó a realizarse a pesar de las gestiones de la benemérita Sociedad. Y la industria de la seda, que contaba con más de un centenar de grandes telares, aparte otros más pequeños en los Reales, Icod, Garachico y Los Silos, comenzó a decaer, y poco a poco fué disminuyendo el lucrativo comercio de hilaturas del país que se hacía con América y algunos mercados europeos. Factores determinantes de la aguda crisis fueron, entre otros, la falta de materias primas, la introducción de tejidos extraños, la epidemia de la «pederina» que hacía estragos en el gusano de seda,

y también esa idiosincrasia de muchos industriales isleños de desacreditar sus propios productos, tal como ya había ocurrido con otras fuentes de riqueza en el país.

La ruina de la industria causó serios quebrantos económicos en las islas. Tenerife y la Palma, especialmente esta última, donde existían más de 3.000 telares, fueron las más afectadas; centenares de obreros emigraron de ellas, y en algunas ciudades, como La Laguna, el descenso de población llegó a adquirir proporciones alarmantes.

Algunos años después dictáronse nuevas providencias para estimular el cultivo de morales y moreras en Tenerife, pero nada práctico se obtuvo. Fracasadostodos estos intentos, solamente la isla de la Palma, y en ella la industriosa ciudad de El Paso, se afana aún en conservar la tradición de las antiguas manufacturas de hilados que tanto nombre dieron a las sederías isleñas. Júzguese de la importancia que alcanzó esta industria canaria y de la bondad de sus productos por lo que dice un cronista de fines del siglo XVI. «Hay años que se cargan más de 30 navíos para Indias

con vinos, y cuando el año es abundoso de pan también llevan harinas y tafetanes de todos colores, rasos y terciopelos negros, que es mucha la seda que en esta Isla se coge».

Si en Canarias se iniciase algún día una política seria y eficaz de fomento del árbol, sobre todo de aquellos que fueron tradicionales del país, patrimonio y gala de la tierra, habría que insistir en el empeño que demostraron los antiguos primates de la Isla por acrecer el número de morales y moreras en nuestros campos, como base de una industria típica y hogareña, de memorable recuerdo, que todavía añoran los canarios devotos de la tradición.

PLATANOS O «PLANTANOS»

Están acordes todos los historiadores en que la introducción del plátano en Canarias data de los comienzos del siglo XVI. Como es sabido, y se ha dicho ya muchas veces, la primera referencia de esta planta la dió el cronista y capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, que en su «Historia Natural de las Indias» dedicó un curioso capítulo «a los árboles traydos a Santo Domingo desde nuestra España y Europa». Entre ellos figuraban los plátanos canarios, que dice vió por primera vez en la huerta del convento de San Francisco, en Las Palmas, donde adquirió cuatro mil plantas para cultivarlas en América. Unos años antes, en 1516, ya el plátano de las islas había sido introducido y divulgado en las Antillas por otro viajero ilustre, el P. Tomás Barlanga, obispo de Castilla del Oro. Fué, pues, el Nuevo Mundo deudor a las Canarias del delicioso fruto como ya lo había sido de otro regalo

de la Naturaleza, la caña-dulce, llevada también de nuestras Islas, y con ella el arte y los secretos de fabricar el azúcar.

Al principio los isleños dieron a las bananas el nombre de «plantanos», que según la versada opinión del que fué nuestro gran etimologista, D. Luis Maffiotte, debiera haber prevalecido sobre el de plátanos, pues así no llevarían igual denominación dos vegetales tan diferentes como el «platanus», de los latinos, y el «Musa paradisiaca», de Linneo. Y el señor Maffiotte argüía que nuestros campesinos, sin darse cuenta de ello, eran más conscientes con la lógica, y seguían llamando «plantano» al sabroso fruto, a pesar de la compasiva sonrisa que la tal palabra suele arrancar al resto de sus paisanos.

Parece fuera de toda duda que el plátano fué importado en nuestro Archipiélago de la Guinea del Norte, poco después de terminada la conquista de la Gran Canaria (año 1483); mas no ha podido precisarse quién o quiénes fueron los afortunados introductores de la citada planta, que andando el tiempo había de ser factor primordial de la riqueza isleña.

Como se sabe, el espíritu aventurero de la raza halló campo adecuado para sus correrías en los extensos arenales de Africa. Los más conspicuos guerreros, con el Adelantado de Tenerife a la cabeza, iniciaron sus incursiones en el vecino continente con aquellas frecuentes «entradas» o «cabalgadas», de las que tornaban a veces con abundante botín de esclavos, camellos y vacas; otras con sus huestes diezmadas por la morisma. A estas correrías, que se prolongaron durante más de una centuria, sucedió más tarde la labor pacífica, abnegada, y a veces también heroica, de los mareantes y pescadores canarios, que compartían las duras faenas de la pesca con pequeños intercambios de objetos y mercancías con los moros.

Algunos, con mayor afán de lucro, llegaron hasta la Guinea del Norte, y en aquel lejano territorio, de inexploradas riquezas, encontraron mayores altísimos para sus fines comerciales. Sucediéronse estos viajes; los nuestros vendían ropa, artes de pesca, etc., a los indígenas, y éstos, a su vez, pagábanles con productos nativos, huevos de avestruz y frutas y raíces de bananos.

He aquí, según la versión histórica, cómo vino el plátano a Canarias y cuál fué su procedencia.

Su arribada a las Islas coincidió con la de otras plantas y otros árboles también forasteros, exóticos hasta entonces en el país, como las parras, naranjos y cañas de azúcar, que por provisión real fueron mandados á traer de la vecina isla de la Madera al hacerse el primer repartimiento de tierras en Gran Canaria, en los tiempos del gobernador Pedro de Vera.

El testimonio del cronista Fernández de Oviedo no deja lugar a dudas de que el plátano se hallaba ya afincado en Canarias al comenzar el siglo XVI, según al principio decíamos, y buena prueba de ello es que pudo llevarse unos millares de plantas a su paso para Santo Domingo.

El P. José de Sosa, en su «Topografía de Gran Canaria», nos habla también de los «plantanales» que dice había en las huertas del convento de San Francisco: «La una—dice—regalada de agrios, «plantanales» y otras frutas; y la otra de hortalizas, en donde asiste de ordinario un hortelano secular, que pa-

ra el regalo y recreación de la Comunidad y religiosos tiene comúnmente poblados sus surcos de bastantes y riquísimas yerbas». Este convento se hallaba en la parte más alegre y más alta de la ciudad, «por cuya causa de sus miradores y ventanas se registraban las puertas y el mar, gozando del divertimento de ver entrar y salir los navíos».

Con estos antecedentes bien se puede incluir entre las plantas de tradición y rango histórico en Canarias la famosa «Musa paradisíaca», de Linneo, factor maravilloso de la riqueza isleña.

VESTIGIOS DE LA FLORA

MADROÑOS

Si hemos de aceptar la opinión de algunos autores, nuestro madroño o madroñero, que los botánicos distinguen con el nombre de «*Arbutus canariensis*», fué el árbol de las pomas de oro, ornato del famoso Jardín de las Hespérides, tan ensalzado por mitologistas y poetas de la antigüedad.

De esta opinión han participado algunos botánicos célebres, fundándose en que todas las características del madroño canario coinciden con las que se atribuyen al árbol de la leyenda, que desde luego no fué un naranjo ni un manzano, según hemos dicho, por no existir éstos en Canarias antes de la conquista de las Islas.

De tronco esbelto, hojas perennes y lustrosas, corteza rojiza y frutos de color anaranjado en copiosos racimos, véseles generalmente en los sitios húmedos, al socaire de los grandes laureles,

o mezclados con los brezos, sus congéneres de la familia de las «ericas».

En los tiempos de la Conquista, es fama que bordeaban la vega de La Laguna y sus racimos pendían como flores de oro sobre el remanso de las aguas cubiertas de líquenes. Las maduras bayas, de verrugosa corteza y agridulce sabor, disputábaseles los soldados de Lugo como grato manjar que disipábase las fatigas de sus jornadas guerreras.

En otros lugares de la isla, especialmente en los altos de La Guancha y monte de Los Silos y Anaga formaban espléndidas arboledas, que aún en medio de la desolación y crudeza del invierno ofrecían la nota alegre de sus flores y sus frutos.

En las demás islas, con excepción de Lanzarote y Fuerteventura, abundaban en los bosques, de los cuales ya han desaparecido casi del todo. Sólo se conserva su nombre como recuerdo en algunas aldeas, como la del Madroñal, en Gran Canaria. ¡Madroñales sin madroños! Más que un recuerdo, un escarnio.

Hemos de hacer la honrosa excepción del pueblo de Güímar, que aún tiene a gala mostrar al viajero sus bellos ma-

droños del barranco de Badajoz, uno de los sitios donde la Naturaleza parece mostrarse en toda su virginidad, en medio de un marco de imponente aspecto. «Es lo más grandioso—decía el ilustre güimarensé D. Ireneo González—que después del Teide podemos admirar en Tenerife. Desde el fondo del barranco cubierto de maljuradas que semejan una alfombra de oro con sus flores amarillas, apenas se alcanza a ver una tercera parte de la altura de los riscos cortados perpendicularmente, ocultas casi siempre sus cumbres entre las nubes, y pobladas en su parte superior de gigantescas mocaneras. En estas alturas se divisan algunos recuerdos guanches, como la «Cueva de los Cañizos», en la que se ven cruzados unos palos que algún temerario que ha llegado a penetrar allí asegura ser de sabina, y «La lancita», a una altura accesible sólo para aves, sin que pueda conjeturarse cómo fué puesta allí».

Entre los enormes paredones cortados a pico, destacan, al fondo, frente a la «Cueva de los Cañizos», varios dragos y cedros corpulentos que parecen pugnar, en tenaz empeño, por subir hasta

las altas sierras escondidas entre las brúñas, sobre el llamado «Pico Grande».

En este abrupto escenario, la vegetación indígena se muestra en todo su esplendor, alternando las sabinas y las higueras silvestres, las hayas y los tilos, las mocaneras y los madroños. Y cubriendo el cauce y las orillas de los barrancos, los guaidiles, dedaleras y vicácaros tejen una red florida sobre las rocas rezumantes de humedad.

He ahí los lugares donde el curioso viajero, amante de la flora del país, puede admirar aún la fragancia de los madroños, con sus festones de oro bajo los fríos del invierno, evocando la bella leyenda del Arbol de las Hespérides.

SABINAS

Los muchos lugares isleños que llevan el nombre de este árbol—Valle del Sabinal, en Anaga; Sabina Alta y Sabinita, en el Sur; El Sabinal, en el Hierro y Gran Canaria; La Sabina, en la Palma y la Gomera—demuestran su antigüedad y arraigo en nuestro suelo.

Como el cedro y el pino, de la misma familia de las coníferas, su madera fué muy apreciada de los pobladores indígenas, que la utilizaban, incluso, como arma de combate para rechazar a los invasores. Los guanches, en Tenerife, defendíanse con dardos y montantes de sabina que partían a un hombre y un caballo, y en Gran Canaria, Maninidra, temible guerrero, hacía maravillas con una espada larga de sabina, con la que, al decir de los cronistas, «derribaba hombres, quebraba piernas y desjarretaba caballos, mejor que con espada de bien templado acero».

En una expedición científica al Valle

de Güímar, realizada en 1764, y en la que figuraba el gran botanista francés, M. Gros, fué encontrada al fondo de una profunda caverna una necrópolis indígena con numerosos andamios, contruídos con palos y tablas de sabinas.

Madera incorruptible, de fino duramen, color rosáceo pálido, con vetas de color marfil, es disputada por los ebanistas y llama la atención por sus caprichosos dibujos, de tan exacta semejanza con partes del cuerpo humano—torsos, biceps, curvas y turgencias femeninas—que parecen reproducidos de láminas de Anatomía. Otras veces nos muestra detalles y adornos del reino vegetal—corolas y pistilos, capullos y flores diversas—, de vivos matices.

Las sabinas han corrido la misma suerte que otras especies canarias—los barbusanos, los mocanes, el palo-blanco, de madera también muy apreciada—, y son ya escasos los ejemplares que existen en Tenerife. Uno de los más antiguos se halla en el barranco del Agua, en Güímar, al borde de un profundo abismo. Otro, de grandes dimensiones y que se cree cuenta dos o tres centurias de edad, se yergue aún en la zona vol-



cánica de Las Cañadas, en el sitio conocido por Montaña Rajada. Su tronco tiene una circunferencia de dos metros y medio.

Quedan aún vestigios de estos árboles en el Valle del Sabinal, en Anaga; algunos en la Gomera, y como núcleo más importante, el Sabinal de la Punta de la Dehesa, en el Hierro, a 650 metros sobre el nivel del mar. Ocupa una larga extensión en medio de jaras y otros arbustos silvestres, y vistos desde lejos, entre el cortinaje de las brumas, sus gruesos troncos, doblados por los vientos, ofrecen el aspecto de chimeneas exhalingo columnas de humo. Muchos de estos ejemplares del Sabinal herreño cuentan más de un millar de años y de sus maderas se construían las grandes vigas de los viejos lagares que aún se conservan en la isla, así como los telares, husos y otros utensilios rústicos.

Arbol de la madera dura e incorruptible, de rosado color y caprichosos dibujos, tuvo por competidor el acebuche, también de recia fibra. Ya lo dice un antiguo aforismo campesino: «Acebuche: no hay palo que te luche. Tan sólo la sabina te echa la pata «po» encima».

LA RETAMA DEL TEIDE

Secas y descarnadas durante los fríos y las nieves del invierno; floridas, blancas, como copos de almendro, representan el último aliento del reino vegetal en las altas regiones de la isla.

Dispersas en las faldas del Teide, o en grupos, formando espesos matorrales, en los llanos de Las Cañadas, salen al encuentro del viajero desde una altitud de 1.800 metros, y siguen jalonando sin interrupción el camino hasta rebasar los 3.000 metros en las laderas y escarpes del volcán. A esta altura, como extenuadas por la larga y penosa ascensión, sólo las pequeñas violetas del Teide, cobijadas a su sombra, osan proseguir hacia la cúspide del volcán buscando el calor húmedo de las fumarolas. Su nombre específico, «*spartium supranubium*», demuestra la naturaleza montaraz de esta planta, esquivada a todo roce con las demás formaciones vegetales, y como la «amarga retama» que cantó Leopardi en



su retiro del Vesubio, «contenta dei deserti».

A pesar de su aislamiento y su hurañía, azotadas casi siempre por grandes

ventiscas, los pájaros y las abejas las siguen hasta los más solitarios refugios, buscando cobijo entre sus ramas. El «pinzón del Teide» oculta en ellas su llamativo ropaje azul para sustraerse al acoso de los cazadores, y las abejas—puede decirse que todas las abejas de la Isla—se dan cita en los meses de primavera para extraer la miel en los retamares de la «Estancia de la Cera». Centenares de colmenas se reúnen anualmente en aquel lugar, y allí fabrican el delicioso producto, del que se ha dicho que sólo es comparable a la famosa miel del Himeto, en Grecia. Esta industria fué una de las más antiguas de las Islas, hasta el punto de que los colmenares salvajes figuraban entre las mejores rentas de los Concejos. En Gran Canaria—escribe el P. José de Sosa—los primitivos habitantes tenían abundancia de miel de abejas silvestres, que en los riscos más eminentes y peligrosos melificaban, y en los árboles más antiguos se criaban. Competía con esta miel la que los indígenas extraían de la parte más tierna de las palmas, que se calculaba en más de dos azumbres por cada árbol. De manera que los an-

tiguos habitantes no sólo la tenían en abundancia para su propio uso, sino que la negociaban con los extranjeros que aquí llegaban.

Mas ninguna superó en calidad a la miel de la retama blanca, que las abejas de Tenerife fabrican cada año en la «Estancia de la Cera», entre las escorias del Volcán.

También goza de fama entre los botánicos la retama de cumbre que, al decir de un viejo adagio, «flure, pero no grana», y es famosa, por su tamaño, la de la Palma, que ofrece gran semejanza con las de Castilla por su hoja y flor, aunque las supera en dimensiones.

La retama blanca del Teide y la retama amarilla de cumbre llamaron siempre la atención de los botánicos que visitaron las Islas, por ser especies que no se conocen en ninguna otra región. Algunos trataron de aclimatarlas en los Jardines Botánicos más importantes de Europa, cultivándolas en invernaderos.

Y mientras en países extraños se muestra una especial admiración por este bello arbusto de la tierra, en el nuestro se le persigue y destruye con tanta saña, que ya apenas si van quedando

vestigios de aquellos espléndidos retamares que eran el encanto del viajero.

¡Retamas del Teide! Blancas, imponentes, lo mismo cuando se cubren de copos de nieve que cuando se llenan de florecillas silvestres de sutil aroma, todo el año parecen vestidas de galas nupciales... Diríase que son las novias del Volcán, que en las noches tranquilas y serenas, bajo el cielo estrellado de Las Cañadas, aguardan la hora de sus desposorios...

Ningún árbol ni arbusto canario las supera en belleza y poesía. Ni ninguno tampoco se vió tan asediado de peligros y de odios.

¡Retamas del Teide! ¡Con qué triste acento sueña hoy en nuestros oídos la infantil oración! :

Retama, retama,
La Virgen te llama...
Que hagas la cama
Al niño Jesús,
Que viene cansado
De cargar la Cruz.
Retama, retama,
La Virgen te llama...

EL ACEBUCHE DE LA ALTURA

Hasta hace pocos años todavía se divisaba en la cúspide de la montaña de la Altura, que se alza en las inmediaciones del antiguo castillo de Paso-Alto, extramuros de la capital, un pequeño árbol, desnudo de toda pompa, medio seco y desmantelado, que se debatía en el alto cerro con todas las inclemencias. En su lucha tenaz y heroica con los enfurecidos elementos, ni los más recios vendavales lograron abatirlo ni aún haciendo astillas, algunas veces, en su escuálido ramaje.

Tratábase de un acebuche u olivo silvestre («olea europea»), especie indígena que crece por lo general en los collados y barrancos de la región marítima, especialmente en los llamados del Infierno y Tamadaya, de las bandas del Sur.

De corteza rugosa y fuerte, tiene fama por la dureza de su madera, tan resistente que de ella se construían ejes

para carretas. De ahí el dicho vulgar: «acebuche, no hay palo que te luche».

Solamente un árbol de esta especial característica podía medrar en lugar tan combatido por los vientos como el cerro de la Altura, en las inmediaciones de Paso-Alto.

En el mismo contrafuerte de montañas, cortado por las hendiduras de los barrancos y los valles, que se extiende a lo largo de la cordillera de Anaga, otro olivo silvestre, situado también en un alto cerro, el Roque de los Organos, sobre el pueblo de San Andrés, competía en longevidad con el de la Altura, al que igualaba en tamaño y en aspecto. Ambos parecían realizar la misma misión de centinelas o vigías, en vela permanente desde sus reductos de basalto. Y los dos testigos de muchos dramas del mar en la lobreguez de las noches invernales.

El acebuche de la Altura era, además, viviente recuerdo, según la tradición, de las épicas jornadas del mes de julio de 1797. Fué, como se sabe, el agreste escenario, con sus múltiples recodos, escarpes y desfiladeros erizados de pitas, formidable bastión de la defensa tiner-

feña, escollo en que se estrellaron todos los esfuerzos del invasor para apoderarse de la inmediata fortaleza y avanzar a la vez sobre la Plaza. Posesionados de las cercanas colinas las tropas del capitán Troubridge, sólo la Altura, con su estratégica situación, podía impedir el avance del enemigo, superior en número y fuertemente apoyado por el fuego de las naves de Nelson. Rechazado y vencido al fin el invasor, y firmadas ya las capitulaciones, todavía en el alto cerro, alrededor del viejo olivo silvestre, tronaban los cañones portados a hombros por los milicianos que acaudillaba el cabo Florencio González, inmortalizado por la historia, y seguía rasgando las sombras de la noche el fuego de fusilería de los soldados del Marqués de la Fuente de Las Palmas, jefe de la defensa de la montaña, que al final de la contienda resbalaba herido, bañado en sangre, por la escarpada ladera.

De todos estos episodios había sido testigo aquel arbolillo enteco, de brazos descarnados, pero resistentes como el acero, que durante más de una centuria se mantuvo firme desafiando las tempestades. Arbol-vigía, que parecía pues-

to de intento en la alta cima para atalayar los horizontes, en vela permanente sobre el blanco caserío de la ciudad dormida a sus pies.

ARBOLES TRADICIONALES

LAS PALMAS DE HARIA

Más que de proezas guerreras, la historia de Lanzarote está matizada de episodios galantes. Inicia la tradición romántica la reina Fayna, enamorándose del caballero vizcaíno Martín Ruiz de Avendaño; amores que tuvieron un epílogo feliz con el nacimiento de aquella infanta, «blanca y rubia», después llamada la princesa Ico. Más tarde, otra indígena de sangre real, la infanta Tequise, deslumbra con su belleza al conquistador Maciot de Bethencourt, que la hace su esposa, y cada vez más rendido a sus encantos da el nombre de la joven lanzaroteña a uno de los pueblos por él fundados. Y andando los años, ya en las postrimerías del siglo XVI, el Marqués de Lanzarote, D. Agustín de Herrera, señor absoluto de la Isla, cobró tanta fama por sus lances amorosos, como por sus proezas en Berbería, en la Isla de la Madera y en sus luchas contra los invasores del país. Temible bur-

lador, sus atrevidos galanteos pusieron muchas veces su nombre en entredicho, y hasta se vió envuelto en severas críticas con motivo del misterioso fin de un personaje de alta alcurnia, esposo de una de las damas cortejadas por el Marqués.

Pareja con esta historia galante de sus régulos y señores, fué esa otra de desdichas, de azotes e irrupciones de corsarios, que padeció la Isla durante varias centurias. Saqueada frecuentemente, llevados muchas veces en rehenes sus habitantes, cuando el conquistador Bethencourt arribó a ella, su población apenas excedía de trescientas personas que con gran trabajo sometió. El país se hallaba despoblado de bosques, creciendo únicamente en algunos terrenos pequeños arbustos, hayas y brezos, solo útiles para el fuego.

En este marco de desolación y aridez, el Valle de Haría era como un oasis en medio del sombrío aspecto que ofrecía el suelo lanzaroteño con sus negras y desiertas llanuras. El verdor de su campiña y la nota alegre que le daban sus palmeras, convertían el pequeño Valle en un remanso de quietud y poesía, que

contrastaba con la hosquedad del paisaje.

Bordeando el blanco caserío, las palmas de Haría, de elevados penachos y grácil silueta, fueron varias veces, durante las irrupciones berberiscas, pasto de incendios y saqueos. Rehechas con el transcurso del tiempo, el palmar, hasta el año 1618, seguía siendo el más bello ornamento de la Isla. Pero un nuevo azote, el más terrible y más cruento que sufrieron sus pobladores, convirtió en ruinas toda la campiña, y Haría vió reducido a pavesas su antiguo palmar. El suceso lo registra la historia como el más espeluznante que se recuerda en los anales lanzaroteños. Más de cinco mil turcos y moros de pelea, desembarcados de las naves de Arráez y Solimán, los dos temibles piratas, subieron hasta el Valle de Haría, y, después de cautivar a más de mil cristianos que se hallaban refugiados en la Cueva de los Verdes—el famoso túnel, de más de dos leguas de largo, que servía de oculto refugio contra las invasiones—dejaron assolada la tierra, pues a todas partes acudían aquellos bárbaros a poner fuego. Ardieron las casas todas, como ya

habían ardido las de Teguisse, villa capital; ardieron la iglesia y sus archivos, e incluso el viejo palmar fué pasto de las llamas en aquella jornada de exterminio y espanto.

Hasta muchos años después, las palmas de Haría mostraban sobre la desolada campiña los muñones de sus troncos carbonizados por los incendios.

Muchos cayeron barridos por los vendavales; algunos, acaso, volvieron a reverdecer; pero el antiguo palmar, gala y orgullo del Valle, desapareció casi del todo.

Quedaron únicamente estas pocas palmeras, tristes y solitarias, de la villa de Haría. Exiguo número en verdad, mas el suficiente para recordar aquel antiguo palmeral que hace tres siglos arrasaron las hordas de Arráez y Solimán, los temibles piratas.

«LAS TRES PALMAS», DE LUJAN PEREZ

«Las tres palmas» llamábase, y sigue llamándose aún, el lugar donde nació, en Guía de Gran Canaria, el gran escultor José Luján Pérez, gloria del Archipiélago.

A poco más de una legua de la villa, «el pueblo mejor y de más lustre después de la capital», tres esbeltas palmeras alineadas al pie de una pequeña colina; dieron nombre al pago donde vivían los padres de Luján, acomodados labradores, de limpia y honrada ejecutoria. Su patrimonio consistía en una hacienda o cortijo con casa para los amos, pajar, gañanía, caballería y agua propia, más la de una maretá que el artista había fabricado con su propio dinero, ganado en su trabajo personal.

En este cortijo transcurrieron los primeros años de la infancia de Luján. Su biógrafo, el profesor Santiago Tejera,

refiere que desde niño ya se reveló en él un artista de vocación y aptitudes excepcionales. Aún no había cumplido diez años, y ya modelaba juguetes en barro y figuras en madera con un cuchillo del país. A esta edad había tallado una imagen de San Bartolomé en un tronco de escobón. En estas aficiones artísticas competía con su hermano Carlos, que a la vez se dedicaba a esculpir dibujos en los aperos de labranza, y con su hermana María José, habilísima bordadora.

De aquel ambiente rústico y de aquella familia de aficionados al arte, surgió esta gran figura de Luján Pérez, nuestro Salcillo canario, que, sin ser un profesional, fué «un artista de corazón, de geniales adivinaciones, un castizo, un gran imaginero a la española», según la autorizada opinión del señor Tormo. Qué hubiera hecho Luján—pregunta el ilustre académico—educado en el siglo XVII en Valladolid o en Sevilla, tras de Gregorio Fernández o Martínez Montañés, o en Granada, tras de Alonso Cano, no se puede imaginar hoy.

Era el primer canario, ya en los finales del siglo XVIII, que cultivaba el

arte de la escultura en las Islas. Hasta entonces sólo había habido un modesto «estatuario», Lorenzo de Campos, en Santa Cruz de la Palma, y un hábil aficionado, Rodríguez de la Oliva, «El Moño», en La Laguna. Y de obras escultóricas, antes y después de la Conquista, diríase que sólo existía un precedente: aquella tosca imagen de palo de que habla «El Cura de los Palacios», P. Andrés Bernáldez, encontrada en una casa de oración en Gran Canaria, que representaba una figura de mujer enteramente desnuda, «e delante de ella una cabra de madera entallada con su figura de hembra, que quería concebir, y tras de ella un cabrón entallado de otra madera y puesto como queriendo subir a engendrar sobre la cabra».

Había de venir al mundo el labriego-artista, de Guía de Gran Canaria, aquel aplicado mozalbete que en el cortijo de «Las tres palmas» se entretenía en modelar figuras en madera con un cuchillo del país, para que las Islas se ennoblecieran con el nuevo arte de Luján y sus principales templos y hasta sus más humildes santuarios con esas bellas tallas que la devoción ha conver-

tido en imágenes tradicionales, veneradas de todos.

En maderas canarias fueron esculpidas muchas de ellas, y para que todo tuviese un sello de la tierra en las creaciones del gran escultor, sus modelos eran generalmente mozas campesinas.

Y se dice que el artista, cuando esculpía sus imágenes, les contaba cosas tristes, para dar expresión dolorida a sus semblantes. De ahí ese sello sentimental, inconfundible, de las imágenes de Luján, que tienen toda el alma y emotividad de la mujer canaria, su inspiradora.

En las postrimerías de su vida, consagrada por entero al arte, Luján seguía frecuentando «Las tres palmas» en sus temporadas de descanso. Le flaqueaban ya las fuerzas, pero su entusiasmo y su fervor artísticos eran los mismos de sus años mozos, cuando se dedicaba a hacer juguetes de barro y tallas en madera de escobón a la sombra de las palmeras del cortijo. Ya no le acompañaban en sus aficiones artísticas sus hermanos Carlos y María Josefa. Ahora era su pequeña hija, Francisca María del Rosario, su aprendiz de dibujo, con-

tinuadora de la tradición artística de la familia.

Presintiendo su próximo fin, el artista dispuso lo siguiente en una cláusula testamentaria: «Que a impulsos del amor y afecto que profesaba a su pueblo, era su voluntad que se colocara un reloj en una de las torres de la iglesia, a fin de que sus vecinos disfrutaran ese beneficio y pudiesen arreglar la distribución de sus aguas, de tanto interés para la agricultura». Y con este fin hacía un donativo de mil pesos.

Antes, con su peculio también, había costeadado las obras del cementerio, donde, al poco tiempo, reposaban sus restos.

Tres recuerdos, pues, quedaron en su pueblo natal del más famoso de los escultores isleños, el gran imaginero Luján Pérez.

El reloj de la torre, la pequeña necrópolis y, arriba, en el cortijo, aquellas tres palmas que fueron testigos de los afanes y ensueños del niño artista, creador de las admirables «Dolorosas» canarias.

LOS CIPRESES DE «LA PAZ»

En las florestas canarias, de vegetación tan prolífica, los cipreses constituyeron siempre una exigua minoría. En grupo aparte, contrastando con el verdor alegre y el ramaje florido de las selvas indígenas, ofrecen generalmente su perspectiva sombría junto a las tapias de los calvarios y cementerios rurales. Y hasta de estos refugios se les ha ido eliminando, poco a poco, como si fuese ingrata su presencia en medio de la luminosidad y policromía del paisaje isleño.

¿Por qué esta enemiga a un árbol de tanto abolengo histórico y poético, y de fama tan legendaria? Oriundo de la Persia, símbolo del fuego en los pueblos orientales; adorno de los templos paganos y de las necrópolis latinas; árbol de la madera balsámica, en cuyas tablas grabó sus leyes el pueblo helénico, fué siempre dilecto de los filósofos y de la musa de los grandes poetas. Las

mejores estrofas de lord Byron, en su retiro de la isla de San Lázaro, se las inspiraron, como es sabido, los cuatro cipreses del monasterio en que se curaba de sus melancolías contemplando las torres de Venecia. Y en nuestros tiempos, un ilustre poeta español, el P. Pérez de Urbel, definió el profundo sentido del «más allá», simbolizado por el viejo ciprés de Santo Domingo de Silos, en uno de los más inspirados cantos a este árbol melancólico y sombrío, representativo del alma ensimismada en sus meditaciones sobre el infinito.

«Silencioso ciprés, cuya negra silueta como un dedo gigante nos señala la me-
[ta].»

Todos los testimonios históricos acusan la existencia de este árbol en Canarias desde los tiempos más remotos.

Lope de Vega los menciona también en estos versos de «La Dragontea», alusivos a la derrota de Drake en Gran Canaria:

«Ya con tejidas hondas, ya con leños como troncos de pino o de cipreses»...

En la isla de la Palma fué famoso el ciprés de «La Dehesa» que crecía junto

a una vieja palma, tan estrechamente
unidos que formaban casi un solo árbol.
ostentando a la vez, según un poeta,

«la palma el pabellón de su follaje ;
la aguja funeral de su ramaje
el sombrío ciprés».

A despecho de los perseguidores del
árbol, en Tenerife nos quedan los ci-
preses de la quinta de «La Paz», en el
Valle de la Orotava. Alineados a lo lar-
go de un extenso paseo, bordeado de se-
tos de arrayanes, son como una pince-
lada fuerte contrastando con el verdor
suave de las plataneras y el azul cobal-
to del mar que se extiende ante los enor-
mes acantilados y los peñones de la cos-
ta, coronados de espumas. Monstruos
dormidos al arrullo de las aguas.

En el espléndido paisaje todo son ga-
las floridas. Los contrastes se suceden
desde la lejana cordillera velada por la
bruma hasta la inmensa planicie del Va-
lle. Huertas cercadas de geranios y ro-
sales silvestres ; siluetas, en la lejanía,
de corpulentos dragos y esbeltas pal-
mas ; una pequeña ermita escondida en-
tre la arboleda de la quinta, y, abajo,
entre festones de espumas, la vieja ca-



leta, «Llave de la Isla», que parece añorar el rumor de las cien naves aposentadas en sus aguas, en los días próspe-

ros del comercio de vinos con las Indias.

Esta quinta de «La Paz» que adornan los viejos cipreses, fué antiguamente albergue de importantes expediciones científicas extranjeras, acogidas a la noble hospitalidad y amable protección del ilustre prócer tinerfeño, don Bernardo Cologan Fallón, en el que se hermanaba la afición a las ciencias y a las letras con las más altas virtudes cívicas.

Dotado de una vasta cultura adquirida en sus largos estudios en Inglaterra y Francia, consagróse al servicio de su país, primero como alcalde real, después como personero de la Isla, y en momentos de peligro para Tenerife, como en la jornada del 25 de julio de 1797, acudiendo a socorrer heridos en las calles de Santa Cruz y a alentar a los defensores de la plaza en los sitios de mayor riesgo.

Este gran patricio, secundado por su esposa, doña María Rosario Bobadilla, y más tarde por su hijo don Tomás Fidel, convirtió su hogar en laboratorio científico y centro de estudios geológicos, botánicos y de astronomía. Y a la quinta de «La Paz», atraídos por el prestigio y esplendidez de sus morado-

res, acudían cuantas eminencias y personalidades científicas visitaban la Isla. Ledrú, el autor de «Voyage aux isles de Tenerife, Trinité, etc.»; Humboldt y su colaborador M. Bomplans, en 1799; el geólogo Baudin y otros naturalistas, en 1800; Bory de St. Vincent, en 1803, y la gran comisión científica presidida por el Embajador Resenoff, y de la que formaba parte el naturalista Dr. Telesius, en su viaje al Extremo Oriente. Aparte de estas personalidades científicas, fueron huéspedes del ilustre prócer otras de gran relieve nacional, como el Marqués del Duero, don Manuel de la Concha, que estuvo confinado en Tenerife el año 1854.

El barón de Humboldt, que, como se ha dicho, fué uno de los moradores de la quinta, decía que el nombre de «La Paz» que los señores de Cólogán habían dado a su casa de campo, reflejaba el sentimiento que inspira este sitio campestre. La casa de «La Paz» tenía, además, para Humboldt un carácter particular. M. Bordá, cuya muerte lloraba la ciencia, la había habitado en su última expedición a las Canarias, y en una colina inmediata hizo los cálculos para de-

- terminar, mediante triangulaciones, la altura del Teide, sirviéndole de señal el antiguo drago de la Orotava

Y el autor del «Viaje a las regiones equinocciales» resume así sus impresiones: «No puedo comparar esta vista, que limita en el horizonte la vasta extensión del Océano, sino a la de los golfos de Génova y Nápoles, pero la de la Orotava la excede en mucho por el tamaño de las masas y por la riqueza de la vegetación».

Lugares propicios para la evocación y el ensueño, estos jardines de «La Paz», gala del Valle de la Orotava, fueron, además, según la leyenda, teatro de dramáticas aventuras. Y si hemos de creer una vieja conseja, cuando el viento azota las copas de los cipreses, un eco doliente, de alma en pena, recuerda a los caminantes el trágico fin de aquel desventurado capitán que, persiguiendo a una doncella guanche, famosa por su hermosura, se despeñó con su caballo por los acantilados de Martiáñez...

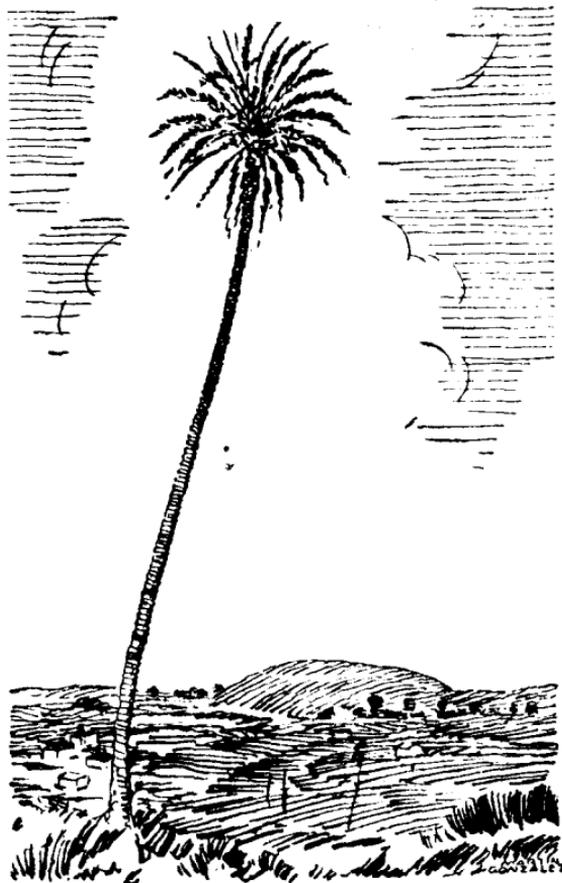
LA PALMA DE LA CONQUISTA

Hasta el año 1918 erguía su esbelto tallo sobre la Villa de la Orotava. Era una de aquellas palmas centenarias, de inconfundible silueta y «gran altor», de las que es fama que servían de guía a los surgideros y de norte a los pescadores y mareantes en sus arribadas a las playas isleñas. Palmas gigantes, de redondas y reducidas copas, evocadoras y majestuosas, altivas y señoriales, como aquellas que describían los antiguos cronistas, «tan desmedidas en lo alto, que parecía que se avecinaban a las estrellas». Su altura excedía de veintinueve metros, y era uno de los ejemplares notables que se mostraban a la curiosidad y admiración de los extranjeros en el antiguo Jardín de Franchy, después propiedad del Marqués del Sauzal. Este jardín albergaba en su espacioso recinto el drago más antiguo de la Isla, calificado de verdadero mónstruo vegetal. Y lo era en realidad por sus extraordinarias

dimensiones: 20 metros de altura y 24 de circunferencia en su base; «el más hermoso que había en las Islas y quizá en el globo», según opinión del naturalista André Ledrú.

Desgraciadamente, el drago de los brazos hercúleos que brindaba hospitalidad y agasajo a las embajadas científicas que visitaban el país, y la palma centenaria, de descollada altura, que se destacaba sobre los torreones de la Villa, atalayando los horizontes, corrieron el mismo adverso destino, sucumbiendo a las furias de los elementos. Primero fué el drago, al que una tempestad destrozó su copa en 1819, y otro huracán lo cercenó por completo en 1867, y más tarde, en los primeros días de enero de 1918, la palma gentil que servía de norte a los mareantes y era como un alegre oriflana ondeando en el cielo del Valle.

De la sensible pérdida daba cuenta el alcalde de la Orotava en una lacónica comunicación dirigida al Gobernador civil de la provincia, que decía lo siguiente: «En las primeras horas de la noche del 3 de enero se desencadenó en esta Villa un violento temporal de agua y viento, que causó gravísimos daños.



El fuerte huracán arrancó numerosos árboles, arrasó los platanales de varias fincas y destruyó la cosecha de patatas.

En muchas casas rompió los aleros de los tejados, puertas, ventanas y cristales.

También rompió la famosa palmera que existía desde los tiempos de la Conquista en la quinta del señor Marqués del Sauzal».

Ni una palabra más. Ni una gacetilla en los periódicos recordando al árbol caído. ¡ Todo un poema de cuatro siglos que desaparecía de súbito, dejando un rastro de soledad y tristeza en el paisaje!

Y no volvió a atalayar los horizontes ni a lucir su verde penacho la palma centenaria, que después de asistir a las últimas jornadas de la Conquista y a las solemnes paces del 25 de Julio en el vecino Real de los Cristianos, escuchó la dolorida lamentación del rey Bencomo: «¡ Perdoná, patria mía, si ya no puedo valerte!» Y terminado el fragor de la lucha, en sosiego los ánimos, el pregón de victoria del vencedor entre el ruido y la algarabía de los tambores marciales: «Tenerife por los Reyes de Castilla y de León».

Una poetisa isleña, doña Victoria Ventoso de Cullen, exaltó el recuerdo de

la histórica palma, en dolientes estrofas.

He aquí algunas :

«¡ Palma gentil!, vengo a alzar
a tu sombra reverente
mi monótono cantar;
mas tu ramaje doliente
sólo me brinda a llorar.

¡Majestuosa solitaria!,
cual nunca mi voz flaquea
en su empresa temeraria:
mientras la brisa te orea
yo murmuro una plegaria.

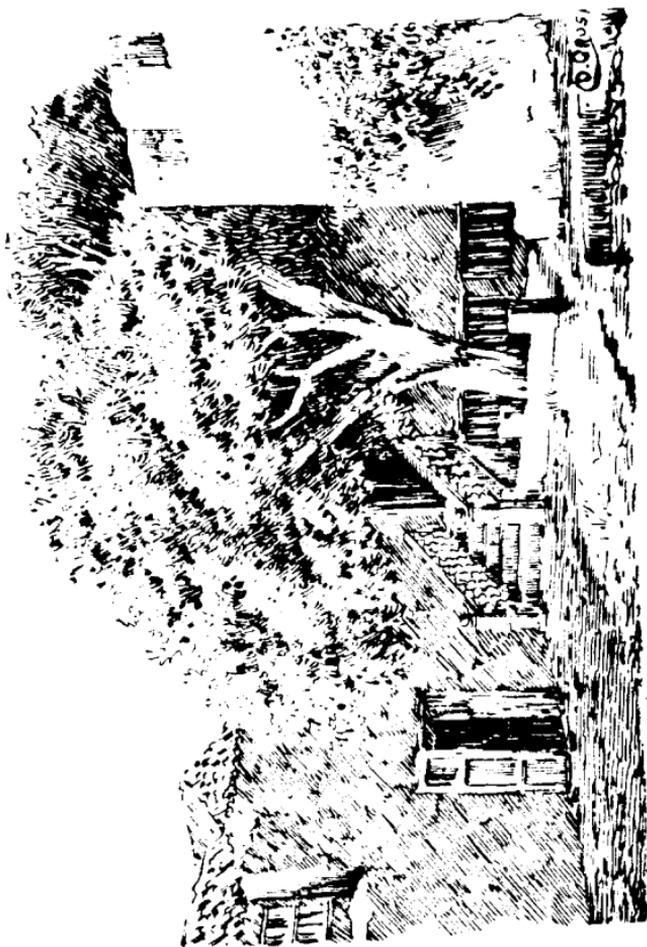
... ..

A ti sola, antigua palma,
ilesa te guarda el cielo;
la brisa te besa en calma;
murmura el agua en tu suelo;
y ella y el sol te dan alma».

LOS LAURELES DEL CASTILLO DE SAN CRISTOBAL

Después de haber asistido, durante más de media centuria, a las postrimerías del histórico castillo, cayeron los dos laureles con los últimos sillares de la derruida fortaleza. Alguien, condolido de su suerte o pensando que estos árboles podían tener significado histórico, movió el celo de la autoridad local en su favor, salvando de la piqueta y la destrucción los inermes troncos que yacían arrumbados sobre montones de escorias. Trasladados al Parque Municipal, hoy, al cabo de unos años, muestran la lozanía y el verdor de sus mejores tiempos, cuando proyectaban su sombra sobre el patio del desaparecido reducto. (Estos árboles, «laureles de la India», fueron traídos a Tenerife el año 1860, por el capitán de la Marina mercante, don Domingo Serís y Granier).

¡Castillo de San Cristóbal!... Cuatro



siglos de historia tinerfeña, vividos entre sus gruesos paredones, de tan dura y sólida argamasa, que pudieron resis-

tir, indemnes, los embates del tiempo y las acometidas enemigas. En el transcurso de esas cuatro centurias, cuántas figuras dignas de recordación y alabanza. Nombres beneméritos, de patricios y castellanos ilustres, como los Alvarez de Fonseca, Valcárcel y Lugo, Guerra de Ayala, Gregorio de Samartín, Monteverde y tantos otros, vinculados al glorioso historial del Castillo, sin excluir a aquella valerosa doña Hipólita Cibo Sopranis, que arengaba a los artilleros en los momentos de peligro, bajo el fuego de los cañones de la escuadra de Drake. Y cuántos dramas y episodios acaecidos en el amurallado recinto, desde la frustrada evasión de Jorge Glas, el célebre aventurero escocés, hasta aquellos truculentos sucesos del 26 de junio de 1720 y su trágico epílogo de las ejecuciones ante la multitud congregada en la Plaza Real.

¡Castillo de San Cristóbal! ¿Quién no ha oído hablar del boato y suntuosidad de sus fiestas y recepciones? De una de ellas, a la que asistió en su calidad de regidor, escribió Núñez de la Peña un regocijante capítulo de su Historia. Cómo serían de gravosas las reuniones del

castillo, que un Juez Visitador de la Isla hubo de dictar una orden disponiendo que cuando llegasen autoridades, obispos, regentes, oidores u otros cualesquiera personajes no bajase diputación del Cabildo en forma de Ciudad a cumplimentarles, como hasta allí; pena de cincuenta ducados a cada regidor. Y desde entonces fueron aminorados los gastos que hacía el Cabildo durante tres días en banquetes y recepciones, suprimiéndose, además, «el regalo de doce fuentes de dulces al obispo».

Todo este largo proceso histórico, con sus páginas heroicas, sus gestas cívicas, terminó en nuestros días con la demolición de la vieja ciudadela. Al fin los sólidos cimientos y la dura argamasa de sus muros cedieron al golpe de la piqueta.

Con los últimos sillares, confundidos entre sus ruinas, cayeron los laureles que hoy adornan el Parque Municipal.

Olvidados e inadvertidos de la generalidad de las gentes, sin relieve histórico todavía, lo tendrán en el futuro como vestigios de toda una época, que desapareció con la derruida fortaleza.

LOS DOS BREZOS

Elemento primordial en las florestas canarias, los brezos, como es sabido, alcanzan a veces proporciones de árboles corpulentos en algunos de nuestros montes. En el del Agua García, particularmente, se conservan aún notables ejemplares, que llaman la atención por el grosor de sus troncos y su altura de más de cincuenta pies. Y aunque raquíticos y desmedrados en las zonas altas, donde el terreno y el clima les son menos propicios, forman, sin embargo, áreas forestales tan extensas que se calculan treinta veces mayores en extensión que las que antiguamente ocupaban. Sobre las rocas escarpadas del Golfo, en el Hierro, es la especie dominante, mezclados con los viñáticos y mocanes, y en todas partes embellecen las selvas con su tupido ramaje y flores en panojas, blancas, rosadas y amarillas, que tanto atraen a las abejas con su suave aroma.

Como los dragos gemelos de las Breñas, en la Palma, también los brezos tenían su leyenda. Según la versión de un antiguo poeta palmero, Rodríguez López, «Los dos brezos» se hallaban en la Cumbre Nueva, a las márgenes del camino, el uno frente al otro. De esta cumbre bajaban durante los aluviones las grandes torrenceras que se precipitaban sobre los valles, sembrando la desolación y la ruina. Todavía se recuerda el desgraciado fin que, según la historia, tuvieron los príncipes de Tedote, arrebatados por la corriente en el barranco de Agasencie, salvándose únicamente uno de ellos, por haberle arrastrado las aguas que le llevaron hasta la copa de un árbol, a la que quedó asido.

«Los dos brezos», según la leyenda, perpetuaban el recuerdo de dos pastores que en dicho lugar se acometieron con terrible saña, y, al caer heridos de muerte, se reconciliaron en su agonía, tendiéndose las manos en ademán fraterno, de arrepentimiento y de perdón.

Desde aquel día, los dos brezos, como impelidos por fuerzas extrañas, comenzaron a inclinarse el uno hacia el otro, y al poco tiempo sus ramas se unieron

y entrelazaron formando un arco de follaje sobre el camino.

Hasta muchos años después, los que transitaban la cumbre se detenían al pasar por aquellos parajes para rezar una oración por los muertos; pero un voraz incendio, ocurrido en la noche del 15 de agosto de 1863, que destruyó grandes extensiones de monte, redujo también a pavesas los árboles de la Cumbre Nueva.

Las llamas no respetaron ni aquella historia de dolor y piadoso recuerdo que representaban los dos brezos de la leyenda.

EL ALMACIGO DE CHAJAJO

Los almácigos, que abundaban en las costas de las Islas, fueron árboles muy codiciados por su madera, sólida y aromática, y por su goma o resina, objeto de antiguo y lucrativo comercio.

No rehuían los terrenos áridos, y sus dimensiones eran casi siempre corpulentas, excediendo algunos de veinte metros de altura y más de diez de circunferencia del tronco. En Fuerteventura bordeaban el Río de las Palmas, y en la Gomera crecían en gran número, dando mucha copia de goma.

Entre estos árboles, ninguno de tanta fama tradicional como el Almácigo de Chajajo, en el pueblo de Guía de Ísora. Sombrío, solitario, encorvado por los vientos, extiende sus ramas sobre una pequeña huerta de blancas tapias, en un altozano de un viejo camino de herradura.

Es fama en el lugar que a la sombra del almácigo reuníanse los vecinos pa-

ra presenciar las corridas de vacas que se celebraban en la plaza de la Ermita el día de la festividad de la Patrona, la Virgen de la Luz. También la noche de la fiesta congregábanse detrás del árbol para resguardarse de los disparos de un castillo de fuegos de artificio, que en las anuales funciones pirotécnicas constituían la máxima sorpresa, el «número culminante». Las gentes le recuerdan todavía con emoción. ¡El castillo de «Cho Gaspar», el que lanzaba los morteros durante los fuegos de la Virgen de la Luz! ¡Qué de sobresaltos y regocijos al mismo tiempo!

Mas, ¡ay!, no fué sólo testigo de jolgorios y diversiones populares el antiguo almacigo de Chajajo, que también lo fué de los días amargos de pobreza y privaciones sin cuento, que sufrió el vecindario en épocas de calamidades públicas, de hambres y sequías. Años de éxodos y amarguras sin fin, en que sólo quedaban en el pueblo los ancianos, las mujeres y los niños, porque a los hombres útiles llevábaselos la emigración. En un curioso padrón del año 79 decía el alcalde del pueblo: «Adviértese que este lugar no tiene calles arrua-



das que señalar ni el asunto lo permite,
y también se advierte que todos los ve-

cinos tienen algunos árboles con que se sustentan un par de meses, a excepción de diez o doce que no tienen para tanto». El agua había que traerla en tallas y verne-gales desde un lejano manantial de la cumbre. Escaseaban las drogas para los enfermos. Un «tomo»—bebida hecha con yerbas—servía de antidoto para todas las enfermedades, y con sangre de drago, altabaca y otros productos confeccionaban la untura llamada «de las siete cosas», remedio infalible contra las descalabraduras de los huesos.

A tantas privaciones uníase el dolor de haber perdido el mayor tesoro del pueblo: ¡la Virgen de la Luz! Había salido en romería por la cumbre, en una de las fiestas lustrales que se la hacían, con asistencia de personeros y diputados, y la Virgen no volvió. Quedáronse con ella en Garachico. ¡Lleváron-sela, como antes se habían llevado a otro pueblo la Parroquia que un Obispo ofreció para la Virgen! Y Guía de Isora, desposeída de todo su patrimonio, hasta de su Imagen tutelar, quedó reducida a un pago y un feudo de la Villa de Santiago, su rival de siempre, más poderosa

por la influencia de sus antiguos dueños.

Hasta que vinieron años mejores; de alivio y de trabajo. Primero la cría del gusano de seda; después la cochinilla. Comenzaron a poblarse de moreras las huertas y a verdear los nopales en la árida llanura. Ya los brazos tenían en qué ocuparse. Ya los «indianos» de América tornaban al hogar vacío a rehacer su vida, junto a los suyos.

Enjalbegáronse las casas y colocáronse tiestos de flores en las azoteas. ¡Hasta hubo parrales para que se resguardasen del sol las mozas que embellecían las sedas con sus bordados! El pueblo parecía otro. Hubo de nuevo fiestas en la Ermita; otra imagen sustituyó a la primitiva Virgen de la Luz, retenida en Garachico, y bajo el Almácigo de Chajajo volvieron a congregarse los vecinos para presenciar las corridas de vacas y resguardarse de los morteros del castillo de «Cho Gaspar».

De aquellos años de tribulaciones y penas y de estos otros de sosiego y alegrías, fué testigo el viejo árbol de Guía de Isora.

ARBOLES Y CONVENTOS

EL TAMARINDO DEL CONVENTO DE CANDELARIA

No tuvo historial propiamente dicho ; pero sí debe ser motivo de recordación. Era un árbol existente desde remotos tiempos en el patio del antiguo Convento de Candelaria, a cuya sombra acogíanse los romeros, huyendo del caldeado arenal, en la tradicional festividad del 15 de agosto. Pertenecía a la flora tropical, de fácil y rápida aclimatación en nuestro suelo, que abundaba en ejemplares notables, de gran renombre. Ya hemos hablado en una crónica del antiguo «baobab» del Callejón del Judío, destruido en el año 1886 por efecto de una torpe y desdichada resolución municipal. Famoso fué también un cocotero que sobresalía por su extraordinaria altura en el sitio conocido por «El Blanco», en las afueras de esta capital. Y hasta hace unos años era muy visitado por los extranjeros el Jardín llamado de

Foronda, donde se habían dado cita numerosas especies de la flora tropical: araucarias de Chile; poma-rosas del Brasil; chirimoyas, aguacates y guayabos de las Antillas; magnolias de América septentrional; pitangas del Brasil; anones de Santo Domingo; grosellas de la Habana, y otros árboles tropicales, entre los que descollaban por su porte y fortaleza, parecidos al roble, los tamarindos procedentes de los países secos de Africa y de la India, que en Canarias hallaron su clima más adecuado.

En la época en que Viera y Clavijo escribió su Diccionario de Historia Natural de las Islas, este árbol era todavía escaso en nuestro país, pues sólo hizo mención de él por uno u otro individuo que existía en las Islas, como en el antiguo claustro del Convento de Candelaria, en Tenerife; en el traspatio de la casa de don Agustín Falcón, en Las Palmas, y en la hacienda del Conde de la Vega Grande de Guadalupe, en Gran Canaria.

La cita de Viera nos sugiere esta pregunta: ¿Qué fué del tamarindo del Convento de Candelaria? ¿Cuándo desapareció? A juzgar por la fecha del Diccio-

nario, año de 1799, el árbol en cuestión había sobrevivido al voraz incendio de la noche del 15 de febrero de 1789, que destruyó el histórico santuario, reduciéndolo a pavesas.

Alcanzó, pues, el citado árbol la época de mayor esplendor del antiguo Convento, cuyo claustro, según Rodríguez Moure, era de bella arquitectura, con pilares de piedra blanca, «cuasi mármol», treinta celdas y magníficos alojamientos para obispos y generales, gran surtido de ornamentos y vasos sagrados, numerosa biblioteca y soberbios cuadros de la escuela italiana traídos de Roma.

Todo este valioso tesoro artístico fué pasto de las llamas en la noche del 15 de febrero de 1789, de infausta memoria. Sólo se salvó, por lo visto, del devorador incendio el tamarindo del patio del Convento, ex-voto, quizá, de algún indiano agradecido a los favores de la Virgen, que tanta devoción inspiraba a los emigrantes canarios.

Sería curioso saber cuándo y cómo desapareció, al fin, el tamarindo del Convento de Candelaria, uno de los pocos que existían en las Islas.

EL CIPRES DE LOS DOMINICOS

Sin duda por poderosas influencias de clima o de lugar, fué siempre el Valle de la Orotava albergue de los más descolantes árboles de la Isla. Su célebre Drago del Jardín de Franchy, el más monumental del Archipiélago; su Castaño de las Siete Pernadas, en Aguamansa, y su Palma de la Conquista, que un huracán abatió el año 1918, pasarán a la historia como ejemplares dignos de la fama y renombre que aún tienen. A propósito de estos árboles próceres y gigantescos, de «increíble altura», que parecían haberse dado cita en el renombrado Valle, decía, en 1676, el historiador Núñez de la Peña: «No ha muchos años que un Juan Gaspar cortó un pino en la montaña, sobre el Realejo, que dicen hizo cinco mil reales, poco más o menos, de la madera que de él sacó, y advierto que no vale cara la madera en esta isla. También he sabido que la celda del Convento de San Lorenzo, en la Orota-

va, que es larga, se cubrió con la madera de un solo pino, y se hizo un grande tanque de chaplones». Y terminaba diciendo: «Sea loada la omnipotencia del Señor criador de las cosas visibles e invisibles».

Otro árbol orotavense, que llamaba la atención por su descomunal altura, fué el ciprés del Convento de los Dominicos, de cuya fundación era patrono un ilustre prócer de aquella Villa, el marqués de Torrehermosa, que tenía sus casas fronteras al Convento.

Este ciprés, el más alto que había en la Orotavá, y acaso en toda la Isla, debió ser plantado a finales del siglo XVII, que fué la fecha en que los dominicos tomaron posesión del Convento, establecido en la primitiva ermita de San Benito Abad, y del que dice la historia que fué «uno de los principales de la provincia por su bello templo con capillas, su alegre claustro, su agradable situación, su amena huerta, sus viñas, sus aguas, sus estudios con cátedras de gramática, filosofía y teología, y sus hijos esclarecidos en letras, celebridad y reputación».

Del árbol no tenemos más noticia sino que que era de porte gigantesco, ex-

cediendo de más de veinte varas de altura.

No sabemos que se le haya hecho apología alguna, como a los otros árboles célebres del Valle, que contaron con entusiastas panegiristas.

Los tuvo el viejo Drago del Jardín de Franchy, ensalzado por un poeta de la tierra, Alfonso Dugour, en líricas estrofas :

«Junto a tu tronco carcomido y roto
llega atrevida mi profana planta...»

Solamente el ciprés del Convento no halló un poeta que lo exaltara. Y, sin embargo, ¡qué estampa tan sugerente la de este árbol, alzando su fina silueta sobre los sombríos claustros, mientras la docta comunidad de gramáticos, filósofos y teologistas se entregaba a sus cotidianas oraciones! Rozarían sus verdes ramas el húmedo tejaro del Convento, y, ascendiendo hacia el espacio azul, desgarraría con su aguda cima el cendal de brumas, para contemplar, desde lo alto, toda la inmensa extensión del Valle sin par, antigua morada del rey Bencomo.

LA HIGUERA DE SOR MARIA

Cuando Sor María de Jesús, conocida en el mundo por María de León Bello, ingresó en el Convento de Santa Catalina, de la ciudad de La Laguna, no hacía aún muchos años de aquella dramática aventura de Sor Ursula de San Pedro, la bella enclaustrada, descolgándose por una tapia al tiempo en que el caballero sevillano, don Jerónimo de Rojas Grimón, la aguardaba en los alrededores del Monasterio, aventura que el osado personaje había de pagar después con su vida, inmolada por la Justicia en la inmediata Plaza Real.

Era María de León una agraciada lugareña del pueblo del Sauzal: garrida, de tez morena y mirada lánguida, de ojos cansados de soñar. Desde su infancia se había revelado en ella una gran vocación mística, rayana en santidad. El P. Andrés de Fuentes, su confesor—sabio dominico, de mucha ciencia y grandes virtudes—refiere que desde

temprana edad ya temía a Dios y su juicio; le atemorizaban las tormentas, y creyendo que éstas eran signos de la cólera divina, con sus pequeñas manecitas se tapaba los oídos. Todo delataba en ella un alma pura, «nacida con pintas de amada y escogida de Dios».

De condición andariega, con frecuencia emprendía largas peregrinaciones por los pueblos, acompañada de un pequeño hermano. Y también íbase algunas veces a San Diego del Monte, atraída por la fama de santidad de Fray Juan de Jesús, el rústico lego, que después había de ser su mejor mentor y consejero.

Un satánico plan, tramado por dos perversas mujeres, hubo de poner a prueba la honestidad de la agraciada moza, pretendiendo hacerla caer en las redes de un vil soborno. Con malas artes atrajéronla hacia el lugar donde el alevoso hecho había de consumarse, pero María de León, advertida a tiempo del engaño, logró deshacerse de las víboras y ponerse a salvo de la infame conjura.

Ya no vaciló más, y para sustraerse a nuevas acechanzas y mayores peligros,

al poco tiempo renunciaba a la vida del mundo, ingresando en el Convento. Cuentan sus biógrafos que María de León, que llevaba por todo equipo un hatillo con instrumentos de penitencia, y tocaba su cabeza con una cofia «que le caía de perlas», lejos de sorprenderse e inmutarse al penetrar en los severos claustros, exclamó, dirigiéndose a la Priora:

—¡ Todo lo que estoy mirando lo he soñado!

Desde los primeros días de su estancia en el Monasterio, Sor María se consagró al cuidado de la huerta y su jardín. Su condición rústica familiarizábala con las plantas y los árboles que atendía con amoroso desvelo de hortelana. Y eran ellos, además, los que mejor podían atestiguar sus cruentos sacrificios en las noches de velación y penitencia, bajo los cierzos del invierno. Hasta que alboreaba el amanecer y tornaba a sus faenas de hortelana, a cuidar sus árboles, a mimar sus flores...

Cuenta la tradición que uno de aquellos días llegó a la portería del Convento el lego de San Diego portando un brazo de ramas y flores silvestres para

adorno de los altares cuando profesara su discípula. Sor María recibió alborozada la sencilla ofrenda, y del brazado separó un pequeño gajo de higuera, confundido entre los brezos y retamas del haz, y lo plantó en la huerta, al abrigo de una de las tapias.

El arbolito, bajo la protección de tan solícita jardinera, creció rápido y lozano, y a los pocos años era ya de fama proverbial, en la Comunidad y fuera de ella, la higuera de Sor María. Y se cuenta que a toda novicia que ingresaba en el Convento, llevábasela al jardín para mostrarle el árbol plantado por las piadosas manos de la Sierva.

—¡ He aquí la higuera de Sor María!

Y en el silencio de la huerta, bajo las copas de los naranjos floridos de azahares, se oía el murmullo de una oración...



ARBOLES FAMOSOS DEL HIERRO

EL PINO DE IJANIQUE

Desde los tiempos de los antiguos «binibaches», fué siempre la nota pastoril la característica de las costumbres y tradiciones herreñas. Sus ritos, sus danzas, sus cantos, y hasta sus efusiones sentimentales. Todo tuvo sabor de égloga en la pequeña isla.

Un peñasco en las alturas de Bentai-ca, era el santuario de su ídolo masculino, y otro peñasco el de su divinidad femenina, Moreiba, a la que acudían en sus tribulaciones con rústicas ofrendas. Y cuando el cielo inclemente no acorría sus necesidades, un cerdo sagrado, «Aramfaibo», expiaba sus culpas en la lobreguez de una cueva hasta que las lluvias fecundasen sus campos. Todos los años, las «apañadas» congregaban a sus pastores y al son de flautas y tambores cantaban endechas o «corridas». Sayas de tonos vivos, listadillos azules y blancos y guantes de piel de cordero vestían las mujeres y los hombres telas

fabricadas en rústicos telares. Con yerbas aromáticas y hojas de «gamonas» alfombraban las viviendas, y con frutos de sus higueras suplían la escasez de alimentos en los años aciagos, de plagas y de seca.

Un solo árbol, el «Garoé»—«río, fuente e invierno a la vez»—, proveía de agua al vecindario de la Isla. Árbol providente, famoso en el mundo, loado por la Ciencia, exaltado en viejos romances; árbol de cuyos gajos hicieron reliquias y amuletos para que amainasen los vientos y cesasen los temporales.

Más tarde, desaparecido el árbol-fuente, otros árboles proporcionábanles el preciado líquido empozado en sus «guácimos», concavidades que se hacían en las ranuras más gruesas para recoger el agua producida por la condensación del vapor acuoso de la atmósfera. Uno de estos árboles era el Pino de Ijánique, que todavía se yergue al centro de la Isla, entre Bentejisa y la Cruz de los Reyes. A lo largo de la cumbre, viniendo de la Dehesa, los viandantes suelen hacer alto en tres puntos: la fuente de Binto, el alto del Mal Paso y la fuente



de la Llanía. En el segundo de estos sitios está el Pino de Ijánique, muy nombrado por su «guácimo», construido des-

de remotos tiempos en una de las grandes pernadas que parte de su tronco formando extensa copa. Para llegar hasta el recipiente, los pastores trepan por las ramas del pino, y, una vez saciada su sed, suelen llenar de agua el sombrero para dar de beber a los que se han quedado al pie del árbol. En los grandes estiajes esta escena es muy frecuente en la cumbre de la Dehesa, bajo la sombra del corpulento pino.

De este modo, y por tan primitivo como original sistema, los herreños continúan perpetuando la tradición de los árboles-fuentes, que inspiraron los conocidos versos de Jerónimo Salusto:

«En perlas llora, con néctar tan ameno,
que, aunque el herreño beba, en ningún
[caso
para agotarlo le ha de sobrar vaso».

EL MOCAN DE LA SOMBRA

Este árbol tradicional, que desde remotos tiempos es conocido por «El Mocán de la Sombra», prègona una simpática modalidad del pueblo herreño: su culto a los muertos y sus antiguas prácticas funerarias, reveladoras de patriarcales virtudes y profundos sentimientos religiosos.

En el camino de Jinama, poco antes de llegar al Miradero, alza su tupido follaje el viejo mocán, de rugoso tronco, cuyas raíces asoman a través de una capa de toba roja, llena de grietas y socavones producidos por las aguas de las torrenteras. Dos escalinatas de piedra, una a cada lado del tronco, dan acceso al gigantesco árbol, que proyecta su sombra sobre un extenso círculo, refugio y descanso de caminantes en las soleadas jornadas estivales.

El paisaje que se domina desde este lugar ofrece perspectivas grandiosas. El Valle del Golfo, que en opinión de los

geólogos debió ser producido por un gran volcán basáltico contemporáneo del circo de Las Cañadas, aparece generalmente envuelto en cendales de brumas, que contribuyen a rodearle de un ambiente de recato y de misterio, como si rehuyese todo contacto con el mundo exterior. Al contemplársele desde los altos de Jinama, sólo suele mostrar a la curiosidad del viajero su blanca toca de nubes, en la que el sol pone tonalidades y reflejos de nácares; pero sus bellezas permanecen ocultas. Se le adivina al fondo del brumoso paisaje, se perciben sus ruidos, se oye hasta el rumor de las esquilas, pero el Valle no se ve. Se ha escondido bajo sus plateados cendales. Sólo el viento suele descubrir el misterioso velo para mostrar la dilatada campiña con su exuberante vegetación y sus alegres caseríos diseminados sobre el maravilloso tapiz que se pierde a las orillas del mar, entre arrecifes y conos volcánicos formados por la gigantesca fragua.

El risco del Golfo, «todo vestido de arboleda, como el de Taganana, porque si no nadie podría pasar por él por lo asombroso de su altura», abundaba en

pájaros de todas calidades, «merlos», «capirotes» y «canarios», y era tal su orgullo y divertida música en primavera, que cuasi no se entendían los vecinos inmediatos a las faldas del monte».

De los caseríos del Valle venían los fúnebres cortejos, en recorridos de varias leguas hasta el cementerio de la Villa. Las paradas en el camino eran siempre las mismas, en sitios elegidos por la tradición. Los que venían de Sabinosa, cruzando la costa de los Jaralejos, en torno de las higueras llamadas de los Muertos, en las que la fruta se reservaba para los acompañantes de los entierros. Había también otros descansos, como las «gororas» llamadas «de los difuntos», círculos formados de piedras secas, en los que se refugiaban los cortejos para guarecerse de las tormentas.

Era interesante, nos refiere un antiguo herreño, contemplar el paso de estas comitivas. Marchaban al frente los familiares, prorrumpiendo en gritos y sollozos, o recitando endechas dedicadas al muerto. Si algún viandante se tropezaba con el entierro, postrábase de rodillas, exclamando: «¡Padre Nuestro!». Respondía el cortejo con otro «Padre

Nuestro», seguido de la oración, y terminaba la ceremonia con un «¡Dios te haya perdonado!» del caminante, mientras proseguía su marcha la comitiva.

Por inveterada costumbre, estas manifestaciones de duelo hacían siempre alto bajo el «Mocán de la Sombra». Los brazos del árbol parecían tenderse amorosamente para recibir el cadáver, brindándole el frescor y hospitalidad de su sombra y la música de los pájaros refugiados en su copa entre el espeso ramaje. Presidía la improvisada capilla mortuoria un cuadro de la Virgen, incrustado en una de las grietas del viejo tronco del mocán.

Tal era la tradicional costumbre herreña, y de ahí el respeto y veneración que todos sentían por el centenario árbol, que tantas veces brindó asilo y sombra bienhechora a los muertos que llevaban a enterrar...

OTROS PINOS Y DRAGOS NOTABLES

EL PINO DE AGANDO

En la accidentada constitución geológica de la Gomera—la isla «en forma de trébol» de que hablaban los antiguos—, constituyen nota destacada del paisaje, entre tantos caprichos de la Naturaleza, los picos o roques que se alzan a lo largo de la cumbre central, coronando las fragosas sierras.

Sobresalen entre estos roques el de la Ojilla, en medio del monte de San Sebastián, con una altura de más de quinientos metros, poblado de sabinas, mardroños, mocanes y barbusanos, y rodeado de grandes cuevas de arenas blancas, donde anidan centenares de palomas silvestres. Y el más nombrado de todos, el roque de Agando, en los altos de Benchijigua, la antigua «Corte del Conde», a cuatro leguas de la villa, célebre por sus vinos, palmares y castaños.

En su cima, casi siempre escondida entre brumas, se yergue una palma, y

en una de las vertientes, en sitio inaccesible, un pino canario que clava sus raíces en profunda grieta. ¿Cómo ha podido arraigar y subsistir este pino en el árido peñasco? El caso resulta tanto más extraño si se tiene en cuenta que el roque forma una compacta masa de basalto, sin tierra ni vegetación ninguna. Únicamente las aves—y esta es la creencia más generalizada—han podido transportar las semillas del pino al elevado peñasco.

De esta opinión participaba el antiguo historiador P. Abreu y Galindo, quien, además, hacía la afirmación de que en la Gomera no había sino un solo pino, situado en una peña que tiene de altura más de 200 brazas y que llaman Agando. Y el P. Abreu añadía lo siguiente a modo de deducción: «Considerando cómo nació entre las grietas del peñasco este pino, no habiéndolos en la isla, paréceme no ser otra la causa sino que, como estas islas están propinguas y suelen ser los piñones pasto de los cuervos, algún cuervo los había comido, y desgarrándose con los vientos furiosos que suele haber en las islas, pasara de alguna de ellas con los piñones

EL PINO DE MAJAGORA

Fué siempre el pino un árbol de fama y tradición en Canarias. Ya hemos hablado, a lo largo de estas crónicas, de los que más renombre tuvieron por su longevidad o abolengo histórico; pero sería interesante, con datos más precisos, un índice completo de todos ellos, agrupados o distribuídos en sus distintas categorías y linajes: pinos santos, pinos monumentales o centenarios, y pinos tradicionales o de leyenda.

Habría que descartar, entre los primeros, el que mayor celebridad alcanzó en pasados tiempos, el de la Virgen de Teror, torre y campanario de la primitiva ermita, con su poética leyenda de la paloma blanca, envuelta en dorado nimbo,

«que se posó sobre el pino
sin saber cómo ni cuándo».

Y ese otro del monte de Aridama, en la Palma, que aún es objeto de venera-

ción campesina, como lo fueron en otras centurias aquellos colosos de nuestra flora, asombro de propios y extraños, los pinos de la Caravela, del Dornajito, las Meriendas y el Portillo, que jalaban el camino de la Orotava a Las Cañadas. Y, por último, los que han llegado hasta nuestros días con su abrumadora carga de siglos: los pinos «gordos» de Vilaflor, tan conocidos, y los de Tágara, Buen-Paso, la Victoria, Arafo, Ijánique, Agando, etc.

No debe faltar en aquel índice ni en estos recuerdos otro ejemplar de gran nombradía, desaparecido hace pocos años en el Sur de la Isla: el pino de Majagora. Se hallaba en las cercanías de Guía, sobre un morro situado en las proximidades del camino de Chío. De considerable altura, su tronco medía más de tres metros de grueso, y su copa formaba un enorme círculo que brindaba sombra y refugio a los caminantes. En los alrededores se ven aún algunos vástagos, nacidos de las semillas del pino, que pugnan por cobrar vida y lozanía en el escabroso lugar, y un acebuche u olivo silvestre, sombrío y solitario, uno de esos árboles que tanto se avienen con

las inclemencias del clima y lo inhóspito del suelo en las arideces del Sur.

Al desaparecer el pino de Majagora, el paisaje perdió toda su expresión, to-



da su alma, y quedó flotando en el ambiente una sensación de soledad y tristeza. Todos echaban de menos aquella

silueta, inconfundible y familiar, del antiguo árbol, refugio de caminantes, arpa gigantesca en que entonaban sus canciones y se decían sus cuitas los vientos de todos los cuadrantes.

A la popularidad del pino había contribuído una circunstancia singular: el haber sido desde tiempos remotos, desde siglos quizá, morada predilecta de las nutridas bandas de cuervos que pululaban sobre los campos de Guía de Isora. Como es sabido, estas aves, que hacen sus nidales en las grietas de las peñas y entre las ramas de los pinos— de ahí el nombre de cuervos «pinaleiros»—, fueron y siguen siendo azote de las campiñas isleñas. Para su exterminio dictábanse antiguamente ordenanzas especiales que obligaban a los vecinos a entregar todos los años a la Justicia determinado número de cabezas de cuervos. «Aves de mala reputación, atrevidas, malvadas, astutas y ladronas», llamábalas nuestro historiador Viera y Clavijo. Pero reconocíales, en cambio, un simpático apego a todo lo suyo, citando el hecho de que cuando veían caer muerto algún camarada volaban todos en torno del cazador dando fuertes graz-

nidos, y como dispuestos a la venganza, y si les iban a quitar los nidos tomaban piedras entre sus garras, las levantaban en el aire y dejábanlas caer desde lo alto.

La abundancia de cuervos en Guía de Isora hizo que el vecindario se familiarizara con ellos, fomentando sus inclinaciones e instintos domésticos. Todavía se recuerda uno que llegó a adquirir verdadera popularidad, especialmente entre la población infantil. Llamábase «Azabache», y volaba todos los días sobre el pueblo sonando un cascabel que los chicos, para solazarse, le colgaban al cuello.

Como hemos dicho, los cuervos tenían su albergue en el pino de Majagora. De día vagaban por huertas y sembrados, rapiñando cuanto podían, sin excluir la sazónada fruta de las higueras; desenterraban también las patatas de los surcos, y cometían sus latrocintos casi siempre en parejas y en ciertas condiciones de impunidad, pues mientras uno realizaba la fechoría, otro vigilaba, volando a bastante altura, y si descubría alguna persona, con sus graznidos anunciaba el peligro al compañero.

Estas escenas se repetían a diario, y todas las tardes oíase exclamar a los campesinos en sus predios: «¡Ja, cuervo! ¡Al pino de Majagora, que ya es hora!»

Otras veces gritábanles en esta forma: «¡Cuervo ladrón! ¡Perico, por el pico! ¡Santiago, por el rabo!...»

Y los voraces avechuchos, acosados por los vecinos, remontaban el vuelo y se iban en busca de su refugio. Todos ellos con rumbo al pino que les aguardaba allá arriba, en la montaña, envuelto en las sombras crepusculares.

Era ya casi anochecido, y aún se oía a lo lejos, con lúgubre y acompasado acento, el graznido de los cuervos «pinaleros»...

EL PINO DEL CALVARIO

Uno de los pinos más antiguos de Tenerife—el del Calvario, en el pueblo de Arafo—bien merece el título de árbol tradicional e histórico.

Estos pinos aislados y gigantescos que muestran en sus viejos troncos la huella de los siglos son, a no dudarlo, vestigios de los primitivos pinares que se extendían en algunas regiones hasta las orillas del mar.

De este pino de Arafo, junto al cual se alza una pequeña capilla con un Cristo que goza de antigua devoción en el lugar, no tenemos más referencia, aparte de su tradición, que la que nos da el señor Poggi en un escrito publicado en el año 1868. «Nada otra cosa tiene el pueblo de Arafo—decía—que el cementerio y un pino secular que se halla delante, mudo testigo de las edades pasadas, centinela avanzado de los bosques que poblaron las Islas. Con veneración contemplamos aquel anciano de

la selva, cuyos brazos han castigado los huracanes, que ha visto el fuego salir en torrentes de hirviente lava de las entrañas de la tierra».

El articulista aludía a la erupción del volcán de Güímar en 1705, año de cuyos brazos de lava, de más de quince kilómetros de longitud, pasó cerca del pino del Calvario. Fué aquella una de las mayores conmociones sísmicas que ha experimentado la Isla. Días de terrible prueba, de espantosas sacudidas de la tierra, a las que siguieron las erupciones en el Valle de Güímar, y, por último, en la noche del 2 de febrero de 1705, la de los «Dos Roques», en Arafo, por cuyo barranco corrió un gran torrente de lava. Otro brazo extendióse por las laderas, en una larga extensión, pasando por las cercanías del Pino del Calvario, que resultó indemne, providencialmente, a la ola de fuego desencadenada a su alrededor. En la vertiente opuesta del monte donde surgieron los volcanes, no fué menor la consternación de las gentes. En el Valle de la Orotava los vecinos dormían en campo raso, guareciéndose en chozas cubiertas de ramas, y en uno de estos improvisados alber-

gues sucumbió, según es sabido, el Obispo D. Bernardo de Vicuña Suaso, a quien la impresión recibida le ocasionó la muerte.

De aquellos días luctuosos, de pánico y angustia, quedó como tradición y recuerdo el Pino del Calvario de Arafo, que todavía se alza majestuoso, junto a las negras escorias del volcán, más fuerte que los huracanes desencadenados sobre él. Arbol de profundos e inconvencionales cimientos, ni pudieron socavarlo los terremotos ni destruirlo las corrientes de lava que después de lamer sus plantas siguieron, torrentera abajo, camino del mar...

¡Y atrás quedó, y enhiesto está por suerte todavía, el Pino del Calvario!

EL PINO «PIÑONERO» DEL BOTANICO

No podía faltar en estas páginas el nombre del Jardín Botánico, ni al hablar de éste omitirse el recuerdo de su ilustre fundador, D. Alonso de Nava Grimón, Marqués de Villanueva del Prado. Y no puede olvidarse tampoco a otro esclarecido tinerfeño, D. Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, al que igualmente se debe reconocimiento por su celo patriótico y amor a las plantas.

Fué este último, en su calidad de secretario de Estado del Rey, D. Carlos III, quien sugirió al monarca la idea de establecer en Tenerife un Jardín de Aclimatación de plantas. La comunicación en que se lo participaba al Marqués de Villanueva del Prado es un documento que merece recordarse: «Deseoso el Rey le proporcionar cuantos medios sean dables para que prosperen en sus dominios de Europa las plantas exqui-

sitas, cuyas semillas ha hecho venir así de Asia como de América, y de las cuales algunas se han logrado en los Reales jardines de Madrid y Aranjuez, aunque a costa de muchos cuidados y reparos para resguardarlas de la crueldad y aspereza de los inviernos que destruyen su naturaleza; y considerando que el clima y temperamento de esas Islas Canarias es más análogo a los países nativos de dichas plantas, me ha encargado S. M. disponga que en esta isla de Tenerife se establezcan uno o varios tíos en terrenos los más adecuados a esas producciones y que en ellos se siembren las semillas que me ha entregado a este fin el Príncipe Nuestro Señor, y se las dirijo a V. S., de orden de S. M. y Alteza, en este correo marítimo, en un cajoncito rotulado a V. S. y bien acondicionado».

Esta orden aparecía firmada en San Ildefonso, a 17 de agosto de 1788. Tiempos de sencillos trámites aquellos en que los propios Ministros y Altezas reales se ocupaban en acondicionar «cajoncitos con semillas de plantas» para enviarlos a una lejana provincia, con el encargo, además, de que se emplease el

mayor celo y aplicación sobre este «recomendable asunto».

De cómo respondió el distinguido prócer a la confianza que en él depositaba el Rey, fué buena prueba su posterior nombramiento para el cargo de Director y Superintendente del Jardín, fiando a su cuidado las obras del nuevo establecimiento, y concediéndole facultad para solicitar de Asia, Africa y América las semillas que tuviese por conveniente. A los pocos años, el Jardín era ya un Museo de plantas de todos los continentes y de las más opuestas latitudes del mundo. Puso también especial empeño el Marqués en que la flora canaria estuviese representada en el Jardín, reuniendo algunos ejemplares de dragos, pinos y cedros canarios, «siemprevivas del mar», etc., pero no logró aclimatar ni la violeta del Teide, ni el codeso, ni la retama blanca de Las Cañadas, ni tampoco, entre los árboles, los barbusanos, las mocaneras y otros de procedencia indígena que tienden a extinguirse en nuestros bosques.

En cambio, todas las plantas forasteras, particularmente las tropicales y las europeas, se adaptaron desde los pri-

meros tiempos a nuestro clima, y algunas especies arbóreas adquirieron sorprendente vigor y extraordinario crecimiento. Tal fué el caso del pino «piñonero», que por su desarrollo y lozanía y sus bellas formas simétricas, llamaba la atención de todos los visitantes del Jardín. Uno de éstos, de gran autoridad científica, el Sr. Masferrer y Arquimban, lo describe en estos términos: «Antes de enumerar las principales plantas arbóreas que rodean la plazuela circular del Jardín, queremos decir cuatro palabras sobre un hermosísimo y corpulento ejemplar de «*Pinus pinea*» o «Pino piñonero», que durante muchos años admiraron cuantos visitaron el Jardín, y que fué destruído por un terrible huracán en la noche del 20 al 21 de abril de 1880. Todavía se halla señalado en el Jardín el punto que ocupaba aquel precioso árbol, cuya altura era de unos 12 metros, su tronco de 75 centímetros de espesor y de 1'50 hasta las primeras ramas, que abundantemente provistas de frondosos ramos secundarios se extendían de un modo simétrico en todas direcciones, de manera que formaban una bonita y espesa copa circular que

medía 42 metros de circunferencia. A la fresca sombra de aquel árbol, siempre verde y lozano, podía descansar el que visitaba el jardín, sentado en rústicos bancos y aspirando el grato aroma de las odoríferas plantas que rodeaban aquella glorieta». Y el señor Masferrer proponía que, ya que por falta de recursos no se pudo levantar el pino, después de que el viento lo había derribado, se cuidara de sustituirlo por otro joven ejemplar de la misma especie, para conservar el recuerdo de tan hermoso vegetal.

Esta penuria de recursos fué siempre un escollo para la prosperidad del importante establecimiento, que habiendo iniciado su vida bajo auspicios tan favorables, como eran la protección decidida de un rey magnánimo y la tutela generosa de un ministro ligado al país por vínculos nativos, languideció luego en el abandono y el olvido en que le dejaron los altos centros oficiales, lo que movió al Marqués a renunciar la dirección del Jardín. «Yo hubiera resignado hasta el fin mi propuesta—dijo, al cesar en su cometido—, por el solo objeto de utilidad pública y la trascendencia de

semejante empresa, pero este establecimiento, cuya estéril conservación me cuesta todavía más de mil pesos anuales, yace en el mayor atraso y abandono, sirviéndome más de ludibrio que de mérito». ¡Amarga confesión de derrota de un patriota desilusionado que tornaba a su retiro tras haber servido a su tierra en cometido tan noble!

Ligado a la historia del Jardín, testigo de sus días prósperos y de sus tiempos adversos, bien merece un recuerdo aquel soberbio ejemplar de pino «piñonero», derribado por el huracán del año 80, que tanta admiración causaba a los visitantes del Botánico.

EL DRAGO DE GENETO

Tiene este barrio de San Miguel de Geneto una fisonomía singular. Callado al exterior—el silencio fué y es todavía su característica predominante—, lleva en sus adentros un alma alegre y divertida. Famosas fueron sus zambras, que congregaban en las ventas y mesones del camino a lo más granado de la grey estudiantil de la ciudad; su fiesta de San Miguelito y sus mozas cantadoras. ¡Quién no recuerda a aquella agraciada «Dolorillas», de popular renombre y trágico fin? Nació para cantar, y cantando disipó su vida, segada en flor como una amapola silvestre.

Un estribillo popular, que se cantaba en nuestras fiestas campesinas, confirma esta tradición alegre del barrio:

Suéneme los mocos, madre,
que voy a Geneto al baile.
Vuélvamelos a sonar
que voy de nuevo a bailar.

Desde los tiempos de la Conquista tenía fama este lugar de Geneto o Heneto --que tal era, según parece, su verdadero nombre guanche--, por los muchos higuerales y «auchones» que en él había. Datos existentes en el antiguo archivo de la Isla dicen que se hallaba situado «abaxo de un Tagoro de guan-ches» y que sus tierras se dividían en dos zonas separadas por el barranco del Mocán, quedando en cada año una de ellas baldía para pastos de ganados.

Hoy, el ornato del paisaje—viejas higueras de troncos carcomidos y curvados por los vientos y espesas marañas de zarzales y chumberas cubriendo las cercas—forma parangón con el ornato urbano, lleno de desconchaduras, rampas y paredones en ruinas. En los contornos todo es también aridez, sequedad y tristeza de yermos. De aquellas verdes colinas de la Vega que ensalzaron los poetas, sólo quedan montañas sombrías, desnudas de vegetación; cuando más, algunas pelusas de árboles sobre los calveros de las cumbres. Desde lejos contemplamos la ciudad recostada al fondo de la llanura, casi aleadaña a las faldas de la «Mesamota»:

blanca, silenciosa, dormida en su sueño de siglos, con sus altas torres pregone-
ras de fe y los ventanales de sus tem-
plos iluminados por el rojo resplandor
del sol poniente. Paisaje de luz a falta
de este otro paisaje de arboleda que en
vano busca nuestra mirada. Sólo allá,
por San Diego del Monte, asoman las
copas de los álamos, cantados por Die-
go Estévez, el poeta de las sentimen-
tales elegías y los románticos ensueños.
Pero, ¡y aquellos «pinos de la monta-
ña», evocados por Zerolo en memorable
soneto? ¡Qué se hicieron? ¡Dónde es-
tán? Y una honda melancolía, mezcla
de soledad y de pena, nos invade al re-
cordar los versos del llorado vate:

«Y que arrullen mi sueño en La Laguna,
los pinos que coronan la montaña
y el mar de Atlante que meció mi cuna».

¡Ah, iluso cantor de la tierra! ¡Tus
pinos de la montaña ya no existen!



El tradicional pago lagunero alcanzó
en otros tiempos, allá por el final del si-
glo XVIII, gran auge con motivo de la
residencia en él de significados persona-

jes. Figuraba entre ellos el general Gutiérrez, que ostentaba el mando de la Isla en la histórica jornada del 25 de Julio, que culminó en la derrota de Nelson. De esto nos da noticias en sus Memorias el académico Zuaznávar, gran amigo, según Millares, del fabulista Iriarte y del historiador Viera y Clavijo. «El general Gutiérrez—escribe Zuaznávar—bajó del pago de Geneto a la Plaza y Puerto de Santa Cruz, obsequiándonos con una comida bastante lucida. Casi a la fuerza, a los seis u ocho días, fuimos Vigil y yo a cenar y dormir en Geneto, en casa del general Gutiérrez, y desde allí, al día siguiente, al Valle de la Orotava, en el cual yo me fuí a alojar en casa del Marqués de Villanueva del Prado».

Hasta la pasada centuria, fué residencia también de otras salientes personalidades como el obispo Infante y el sabio naturalista M. Berthelot, que solía decir a sus íntimos: «Para vivir, París... o Geneto». Más tarde, el «oidium» que destruyó los viñedos provocó la ruina y decadencia de la comarca. Desde entonces era proverbial la frase: «Tierras en Geneto y casas en La Laguna, más vale

no tener ninguna». Hoy la situación ha cambiado por completo. En toda la zona se han hecho grandes plantaciones de viña, se ha mejorado el cultivo y perfeccionado la elaboración de vinos, que comienzan a abrirse paso en los mercados. Magníficas bodegas, como las de los señores Shipley y Núñez (D. Víctor) compiten por la variedad y calidad de sus caldos con las mejores de la Isla. La de este último, especialmente, adquiere cada día mayor nombradía, y ya va siendo un motivo de agasajo y propaganda turística la visita a la reputada bodega del Baldío. En ella tienen ocasión nuestros huéspedes de paladear las distintas marcas, desde el «Lachryma Christi» hasta el aromático Malvasía, de universal renombre. Y oyendo al amable viticultor, modelo de liberalidad y campechanía, recibirán una interesante lección de historia canaria, que abarca más de tres centurias de luchas comerciales. Y sabrán, por lo menos, que la primera parra en las Islas la plantó un modesto súbdito de S. M. Británica, John Hill; que Blake, al bloquear nuestros puertos, lo hizo con el principal objeto de llevarse mil botas de

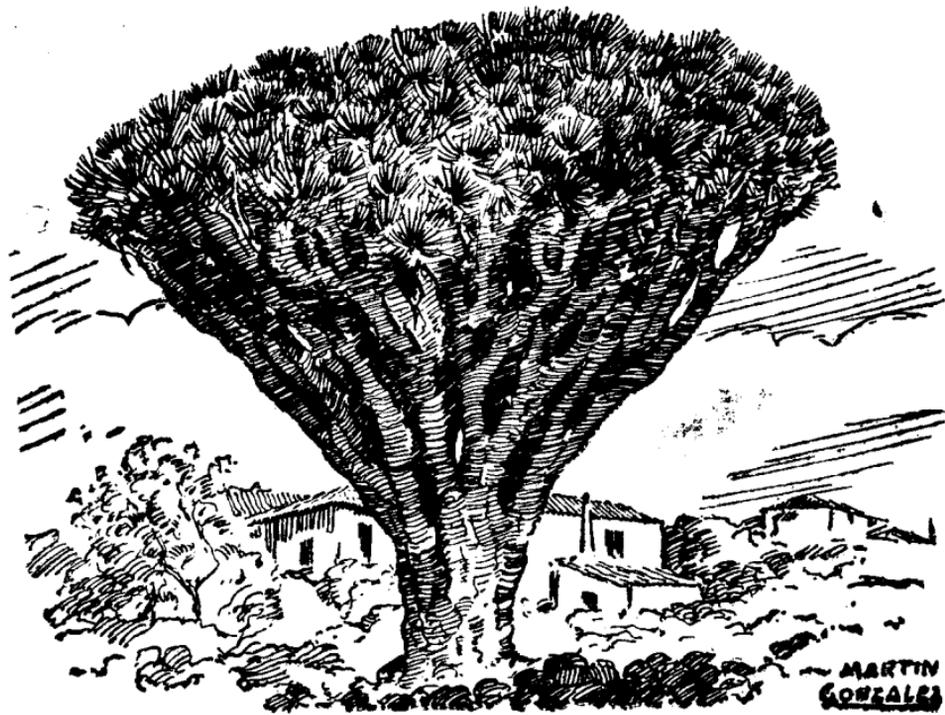
vino que en ellos se hallaban, y que hubo una Compañía de Vinos, monopolizadora y absorbente, contra la cual libraron sendas batallas varios próceres tinerfeños. Todo esto, unido a las frecuentes asonadas, deportaciones, «derrames de vinos», etc., hará que se acreciente el interés del turista a medida que se suceden los capítulos y episodios de la accidentada contienda. Y el turista y sus «cicerones», con encendidos elogios para el ameno narrador, abandonarán la recoleta bodega con el corazón alegre y las manos perfumadas de añejo Malvasía.

Razón tenía nuestro ilustre gramático D. Juan de Iriarte, cuando decía:

«¡O fortunadas islas! ¡O Canarias!
fértiles como en vinos en ingenios...»



Y hablemos ya del drago de Geneto. Situado en una antigua finca, a poca distancia del camino, para llegar hasta el árbol se entra por una de estas viejas portadas, de gruesos muros, con tres almenas, una hornacina y una cruz en lo



MARTIN
GONZALEZ

alto, tan socorridas de los acuarelistas isleños. Dentro, un patio en pronunciado declive, y al lado una casa cubierta de árboles y enredaderas, sumida en hondo silencio. Todo, en el interior del recinto, da una impresión amable y acogedora: el perro de rizadas lanas, ladrador e inofensivo, que os recibe con cariñosas zalemas; la viejecita octogenaria, vivaracha y alegre, que os sale al encuentro, y las dueñas de la finca, plácidas y sonrientes, que se desviven con el visitante en hospitalarias atenciones.

Casa de hidalgos, de puertas y graneros siempre abiertos para los necesitados, como lo fueron en pasados tiempos tantas otras del campo isleño.

Y hénos aquí, al fin, ante el drago de Geneto. Le sirve de marco, al fondo, el anfiteatro de montañas que desde Las Mercedes se extiende por la cordillera de Anaga hasta el mar. Sobre el amplio graderío, erizado de roques y picachos, se cierne esa luz violácea, de suave tonalidad, que tan maravillosamente ha captado en sus lienzos nuestro gran pintor Martín González.

El drago, de bella silueta y robusto tronco (más de seis metros de circunfe-

rencia) no parece ir a la zaga en vejez a su congénere de La Laguna.

En opinión del botánico alemán, Dr. Lindinger, que hizo curiosos estudios sobre la morfología interior y el desarrollo de los dragos, rebatiendo los cálculos de Humboldt, que atribuía al desaparecido drago de la Orotava 10.000 años, 4.800 al de Icod y 2.400 a los de La Laguna y Geneto, el primero no tendría más de 840, el de Icod 400, y 200 los dos restantes. Cuenta, como se ve, con categoría suficiente éste de Geneto para que figure en la trilogía de los dragos centenarios y monumentales de Tenerife, y se le incluya como tal en las Guías de Turismo, que han hecho caso omiso de él.

En cambio, sabemos de un sacerdote de Gran Canaria, D. Pedro Marcelino Quintana, que, desde hace años, invariablemente, coincidiendo con las fiestas de Septiembre, se traslada a Tenerife para hacer dos visitas: una, la primera, al Cristo de La Laguna; la otra, al drago de Geneto.

El año último le hemos visto llegar a la puerta de la finca, y batir palmas llamando a sus dueñas.

—Isabelita—oímos que decía—, vengo a visitar a Don Drago...

Y cruzando el sombrío patio, se ha internado en la huerta en busca del árbol amigo. Le ha contemplado detenidamente, y, después de medir su tronco con una cinta métrica, ha hecho unas anotaciones en su cartera, y se ha despedido hasta el año que viene.

¡Admirable ejemplo de afición y amor a la flora canaria, que contrasta con la indiferencia de los propios tinerfeños!

SELVAS TINERFEÑAS

ANAGA

Dos reputados geólogos extranjeros, K. Fritsch y W. Reiss, que hicieron detenidos estudios sobre la formación volcánica del Archipiélago, afirmaban que Anaga, por una parte, y Teno, por otra, eran las dos regiones más antiguas de Tenerife, y las alturas de estas dos puntas avanzadas de la Isla, montañas independientes en su origen. Es decir, que se trataba de dos islas, a las que podía añadirse una tercera, cuya extensión era imposible de calcular, puesto que sólo se han conservado las cimas más altas de divisorias aisladas. Y los citados geólogos, teniendo en cuenta el aspecto tan heterogéneo de las montañas y los restos eruptivos extraños a las formaciones lávicas que se hallan entre las masas de escorias volcánicas de la región de Anaga, deducían que la construcción de la Isla se efectuó de un modo bastante irregular, pareciendo que a períodos de gran actividad volcánica sucedieron otros de

calma relativa. Debido a estos levántamientos intermitentes, y por la acción del oleaje, han podido tener origen los altos acantilados y mesetas submarinas que comunican a Tenerife un aspecto tan singular.

Recorriendo, en efecto, la abrupta cordillera de Anaga, contemplando sus altas cimas y sus hondos barrancos, los imponentes cantiles y los angostos valles asomándose al mar desde ingentes alturas, se explica el fundamento de la teoría científica, pues todo en esta región se manifiesta en formas, caracteres y proporciones distintos a las demás de la Isla. Tierra fragosa, llena de vericuetos, de sorpresas y peligros, en todas partes atestigua haber sido teatro de las más espantosas convulsiones geológicas, y lo mismo se muestra inhóspita y bravía en sus montañas que acogedora y risueña en sus valles.

A esta característica del suelo de Anaga, de tan varia topografía, responden la originalidad y exuberancia de su flora.

A Jules Leclercq, el ilustre escritor belga, le recordaban las selvas de Anaga los frondosos bosques de los Andes;



Bory de Saint-Vincent realizó en ellas importantes herborizaciones, y Christ, el célebre botánico, descubrió especies exclusivas de esta región, como el «Christemun», que hoy lleva su nombre.

La extensa zona forestal, que desde Aguas Negras se prolonga por las Vueltas de Taganana, la Quebrada y el Crecsal hasta los montes de Anaga, forma en muchos sitios una tupida bóveda de follaje, en la que se entremezclan y confunden los laureles y viñáticos, hijas y follados, hayas y tilos, palos-blancos y barbusanos, mocanes y adernos. Y cubriendo las orillas y el fondo de los barrancos, siemprevivas, helechos y ña-meras, en un verdadero desbordamiento de lozanía y de fecundidad vegetal.

Por todas partes, además, percíbense vestigios de la antigua flora indígena, que en estos bosques debió alcanzar su máximo apogeo. Testimonio de ello son los árboles del Sabinal, en los elevados riscos de su nombre, y los dragos que, también desde inmensas alturas, se alongan al mar en un declive del imponente Roque de las Animas, el de las tenebrosas leyendas campesinas.

Por fortuna para esta región, el ais-

lamiento en que ha vivido ha preservado de profanaciones las bellezas de sus paisajes. No así sus selvas, en las que hace tiempo entró a saco la codicia.

Si volviera a ellas Guacimara, la hermosa doncella «de cabellos rubios, claros, rutilantes», hija del Mencey de Anaga, echaría de menos las tupidas frondas que tantas veces la vieran pasar disfrazada de pastora, camino de la cumbre...

LAS MERCEDES (1)

¡Bosque de las Mercedes, en la antigua sierra del Obispo! ¡Ermita de la Virgen, a la falda del monte, «por donde van las aguas a las fuentes que hay en la ciudad»!

Bosque centenario, de frescas umbrías, de frondosos laureles, que a los extraños sorprende y maravilla, todo en él son tradiciones y recuerdos; ecos y aromas de la tierra. Tradiciones de la raza, dormida entre sus peñas, al refugio de los árboles seculares. Y recuerdos gratos de la infancia; marco de alegrías y escenas hogareñas, que reviven en lo más hondo de nuestro espíritu. La sonrisa de la madre anciana, presidiendo la prole festejera; las manos hacendosas tendiendo los albos manteles sobre la húmeda hojarasca, y aquellos primeros balbuceos amorosos junto a la novia encendida en rubores. Y, a la caída de la tar-

(1) De «Estampas Tinerfeñas».



de, el retorno triunfal: la carreta enramada de brezos y jibalberas, los «ajijides» y los estribillos, los collares de es-

quilas de las yuntas alborozando la campiña, mientras arriba, en los altos de la sierra, el bosque solitario se envolvía en cendales de brumas.

¡Monte de las Mercedes!... Emoción, sonoridad, destellos y matices de alma canaria; todo, hasta nuestros cantos, parece cobrar en él vibraciones y acentos inconfundibles. Cadencias de arrullos maternales. Sabor de nostalgias o de pesares hondos, como ese desconsolado lamento de la copla, vertido en languideces de folías, que tantas veces repitieron los ecos de sus montañas:

Se planta una rama seca
y vuelve a reverdecer;
pero se pierde una madre,
y esa no vuelve a nacer,
aunque se riegue con sangre...

En ningún lugar más apropiado, tan ileno de resonancias y evocaciones, pudo surgir, pues, el gran poema musical de nuestros «Cantos», que inmortalizó entre nosotros el nombre de Teobaldo Power. ¡Poema en que puso su sensibilidad el artista, y la tierra toda la gama de sus sentimientos!

De ahí la devoción de Power por este

bosque de las Mercedes, marco de sus «Cantos Canarios». Ausente en Madrid, atenazado por los dolores físicos, y ya en sus delirios de enfermo, el pensamiento y el alma del artista volaban constantemente hacia el bosque. Y su mano febril escribía estas líneas a un amigo: «Nada de esto—se refería a sus grandes éxitos de compositor—es bastante a hacerme olvidar la tierra querida. Ese cielo alegre, ese aire puro y esas escarpadas peñas no los consiguen borrar estos triunfos ni los inmerecidos aplausos con que el mundo recibe mis pobres producciones».

Y añadía, rebelándose contra el Destino fatal y las torturas corporales que le retenían en el lecho de una modesta posada madrileña: «aún no pierdo las esperanzas de pasar los últimos meses del invierno en las Mercedes».

¡Vana ilusión de sus pensamientos, ya en los umbrales de la Muerte!

¡Power! ¡Teobaldo Power! Juventud truncada. Gloria deshecha. Su espíritu parece vagar aún entre las humildes cabañas, captando motivos para su poema: arrullos de cunas, canciones de madres, tonadillas de mozas. ¡Desven-

turado artista, que tantas veces sosegó sus fiebres de gloria a la sombra de los laureles de la selva!

Bien merecía que se perpetuara su recuerdo bajo los árboles seculares que velaron los sueños del autor de nuestros «Cantos».



Alminar de la Vega, mirador abierto a los cuatro vientos, todos los contornos del bosque recuerdan asimismo episodios memorables de la raza. Y la imaginación los va reconstituyendo en la quietud y serenidad de las tardes laguneras, mientras se tiñen de destellos rojos los horizontes y toda la campiña se envuelve en una suave tonalidad de crepúsculo. La vasta llanura, tal como la describen los viejos cronistas: rodeada al septentrión de un semicírculo de colinas, todas revestidas de agradables bosques, y al centro un lago de media milla, adonde acudían muchas aves y pastaban los mejores ganados. El puerto de Añago—hoy riente bahía de Santa Cruz de Tenerife—, donde plegaron sus velas las naves conquistadoras. La crestería de las montañas de Anaga, de Ro-

que Negro y los Dos Hermanos, revestidas de balos y cardones, única túnica vegetal capaz de velar las desnudeces y cicatrices de los monstruos de piedra que se alzan a lo largo de la cordillera. Marco de proezas guanches; refugio de héroes y heroínas que parecen vagar aún como espectros por las agrestes soledades: Afur, Beneharo, Ruimán, Guacimara..., la princesa disfrazada de pastora, apacentando ganados en los dominios de Zebensaya...



Dentro, a lo largo de los senderos del bosque, cada recodo nos va señalando también un rincón, un remanso, un nombre conocido. «La Mina», el «Llano de los Loros», la «Cruz del Carmen»... Cada cual con sus características y su ambiente distinto. Unos, como brechas abiertas para sorprender los secretos del bosque, la virginidad de la selva. Otros, como remansos de paz y silencio, con sus grutas revestidas de helechos (¡la Madre del Agua!), o sus manantiales ubérrimos, fluyendo entre sombríos túneles o altas cascadas... ¡El «Llano de los Viejos»! Gruta o palacio tal vez de

aquellas «harimaguadas» de los bosques, ninfas indígenas, coronadas de flores silvestres. Y por último, la «Cruz del Carmen», en un claro de la cumbre, bajo la alegre luz cenital, tan pronto bañada de sol como cubierta por la niebla. Cruce obligado de traficantes, de los que van por las Montañas o vienen de Taganana, rendidos de las «sesenta vueltas» del camino.



De las galas del bosque, de la variedad y riqueza de su flora, hicieron grandes elogios cuantos naturalistas y escritores de fama le visitaron. Bory de St. Vincent, el ilustre autor de «Ensayos de las Islas Afortunadas», que estuvo en Tenerife en 1808, decía años después en París: «La selva de La Laguna está siempre presente en mis recuerdos. Tal fué la impresión que me causaron sus producciones y sus sombras». Y el célebre botanista mostraba en su herbario las plantas más originales que en él había recogido. M. Berthelot, otro gran enamorado del bosque, lo describe después en todo el esplendor de su flora, con especies tan originales como la «genista

canariensis» («Retama de Canarias»), peculiar en esta selva. Las masas de verdura se extendían sobre los bordes del Valle y cubrían todas las alturas.

Más tarde, manos destructoras fueron mermando el rico patrimonio forestal, y los ejemplares más notables, las especies más curiosas, desaparecieron en gran parte, como tantas otras galas de la flora canaria.

... ..

¡Bosque de las Mercedes, de frescas umbrías, de frondosos laureles!... Todo en él son tradiciones y recuerdos; ecos y aromas de la tierra.

LA ESPERANZA

El humilde pueblecito, recostado a la sombra del pinar, recuerda dos episodios de la Conquista. El primero, la trágica retirada del ejército invasor tras la derrota de Acentejo, en cuyos barrancos sucumbió la flor y nata de las huestes de Lugo, más de novecientos hombres caídos en la descomunal refriega. De los diezmados combatientes, un grupo se refugió en una roca rodeada de mar, en las costas de la Matanza, y otro huyó por la cumbre en noche inclemente, de furiosa tormenta. Hambrientos, extenuados, cubiertos de lodo y sangre, más que una hueste derrotada parecía un montón de espectros deslizándose entre las sombras de la noche. Pugnaban por encontrar una ruta para ponerse a salvo de sus implacables perseguidores.

En aquella noche de angustia y espanto los fugitivos divisaron en la lejana ribera las velas de los navíos castellanos anclados en el puerto de Añaza.



Y un clamor de júbilo brotó de sus labios: «¡ Esperanza! ¡ Esperanza!...» Tradición que un poeta isleño, Tabares

Bartlett, recogió en inspiradas estrofas:

«Los que vencidos subieron
del monte a la cima ingente
y por la opuesta pendiente
de la cumbre descendieron,
tras de la grave jornada,
tras de la infausta derrota,
vieron desde allí la flota
columpiándose en la rada».

En otra ocasión volvieron a pasar los soldados de Lugo por el bosque de La Esperanza. Pero esta vez sin temor a ningún enemigo, pues todo era silencio y soledad a lo largo del camino, en los alrededores de la cumbre. Fué en los días calamitosos en que una enfermedad pestilencial se cebaba en los hogares indígenas, despoblando la isla, permitiendo a los invasores recorrerla sin mayor resistencia. Ya no había más que temer, refiere el P. Espinosa, «porque no había casi gente, ni la hallaban con quien pelear, por morirse todos de la pestilencial enfermedad. Así los hallaban de ciento en ciento muertos y comidos de perros. Estos perros eran unos zatos o gozques pequeños, que llamaban «canchas», que los naturales criaban, y co-

mo por la enfermedad se descuidaban de darles de comer, hallando carnizas de cuerpos muertos, tanto se encarnizaron en ellos, que acometían a los vivos y los acabában, y así tenían por remedio de su desventura los naturales que dormir sobre los árboles cuando caminaban, por miedo de los perros. Con todo aquesto estuvieron tres años en sujetar la Isla, ganarla y apaciguarla, y tardaran muchos más, si la peste no fuera, por ser la gente de ella tan belicosa, temosa y escaldada».

Teatro de estas jornadas históricas, fué, en los comienzos de la Conquista, el humilde pueblecito, recostado a la sombra del pinar. Sus cabañas diseminadas entre codesos y retamas, sus tierras rojizas y sus rebaños acampados en las laderas, le dan un sello agreste, de acentuado colorido.

La vasta extensión del monte—antiguamente llamado del Adelantado o Roquillo—alberga en la actualidad más de 300.000 pinos, aparte gran número de hayas, brezos, escobones y aceviños. A medida que se avanza por las pinas verdes, desde los umbrales del bosque hasta las dilatadas planicies de la cum-

bre, se van sucediendo rincones y panoramas de sorprendente belleza: Las Raíces, Llano de Abote, Lomo de la Asilla, Ovejeros, Los Leños, Vedijo, Hoya Becerro, Montaña Chica, Las Presas, Hoyón, Bailadero, Cabeza de Toro...

Atraen también la curiosidad del viajero otros lugares de nombre tradicional como la antigua «Cueva de María Morales», en la que se almacenaba la mie-ra de los pinos, que en gánigos de barro se vendía para pintura de las embarcaciones, y el «Corral de las Vacas», en Las Lagunetas, donde se congregaban anualmente, el día de la Cruz, los pastores de todos los pueblos comarcanos—el Rosario, la Matanza, la Victoria y Candelaria—para marcar las crías de los rebaños y esquilar las ovejas; faena que terminaba con alegres jolgorios, ayantos y libaciones, en el sitio conocido por «El Bailadero».

En pocos lugares de la Isla tuvo la tradición una raigambre tan honda como en este bosque de La Esperanza, antiguamente del Adelantado o del Roquillo, que sirvió de refugio y de faro a las huestes de Lugo en la trágica noche de la derrota de Acentejo.

AGUA GARCIA

Una fuente escondida entre helechos, a orillas de un profundo barranco, fué el hada madrina de esta selva. La riegan las aguas que discurren por el cauce del arroyo, socavando las raíces de los viejos árboles cubiertos de yedras y jibalberas.

El bello rincón sugirió a nuestro poeta Guillermo Perera uno de sus más celebrados romances, «La fuente de la selva». A semejanza del idílico encuentro de Dácil con el guerrero hispano Gonzalo del Castillo, otra doncella guanche, Cirma, al acercarse un día a la fuente, vió, con sorpresa,

«otra boca que surgía
a unirse a los labios de él».

El recién llegado, cuya imagen aparecía reflejada en el agua de la fuente, era Acaymo, el joven mencey de Tacoronte.

Y la sorprendida moza, con ingenua
coquetería,

«en el hueco de la mano
quiso que Acaymo bebiera,
y él tuvo sed, mas del vaso
que del agua pura y fresca».

En verdad no podía elegir el poeta un marco más adecuado para su romance, evocador de las pastoriles leyendas de la raza.

Lugar de delicias le llamaba un ilustre escritor, y Dumont d'Urville, en la relación de su segundo viaje alrededor del mundo, escribe: «Al llegar cerca de un pequeño acueducto, a medio camino de la Matanza a La Laguna, nos desviamos hacia la derecha, y, a doscientos pasos de distancia lo más, nos encontramos a la entrada de una bella y magnífica selva, atravesada por un límpido riachuelo que corre al través de sendas que se diría haber sido trazadas para hacer de este hermoso sitio un paseo delicioso. Soberbios laureles, ilex y viburnos revisten estos montes formando su base, mientras que enormes brezos, de cuarenta a cincuenta pies de altura, pueblan la orilla. Por el tono ge-

neral, el aspecto y la forma de los vegetales, y, sobre todo, de los helechos, estos montes recuerdan perfectamente los de las islas del Océano Pacífico».

Amigo lector: si deseas conocer este delicioso rincón de Tenerife, desvía tu camino de la carretera del Norte y asciende por la empinada calzada que conduce al Agua García. Allí, en una pequeña selva, entre brezos gigantes, naranjos silvestres, laureles y castaños, rodeados de un marco de arbustos floridos, de retamas y canarinas, sentirás la emoción de verte de pronto en una de aquellas Arcadias guanches donde las doncellas se coronaban con flores del bosque.

EL MONTE DE LAS AGUAS

El camino ondula entre las hondonadas del bosque, abriéndose brecha entre la tupida masa vegetal, de simetría tan perfecta, que parece como si un mágico jardinero hubiese cortado a un mismo rasero sus árboles, disimulando las quebraduras del terreno y cubriéndolo todo con un lienzo de suave tono verde. Sólo en algunos trozos, unas manchas rojas, de geranios en flor, rompen la monotonía del paisaje. Y nos dan la impresión de que unas pequeñas llamas han prendido en los bordes del sendero.

Más adelante, desde lo alto de la Hoya de las Raíces, vemos el trajín de los leñadores en torno a los encendidos hornos, coronados de penachos de humo, que se distiende después como negra bruma por los contornos de la hoya; único rumor de vida, y el de las caracolas de los guardias en las lejanas colinas, que hemos percibido en medio de este silencio profundo de la selva.

Por el Lomo de los Tomillos que hace tiempo vamos bordeando, emprendemos nuestro descenso hacia las Moradas. El nombre no responde ciertamente a la pavorosa soledad de estos lugares, donde sólo encontramos una rústica vivienda de pastores, colgada como un nido de águilas en las escabrosidades de la montaña.

El paisaje es de una desolación imponente. Desfiladeros y barrancos compiten en dar los más trágicos relieves a cuanto abarcan nuestros ojos. Un ambiente de soledad y tristeza nos rodea, y únicamente los graznidos de los cuervos en los cerros, o las esquilas de los rebaños en las laderas, turban a ratos el silencio que se cierne sobre nosotros.

Tales son de abruptos estos lugares, que cuando fallece alguno de sus moradores, contaban los guías, ha de ser bajado en recios varales por cuatro fornidos mozos, que tienen que arrastrarse como alimañas sobre las rocas para no caer a los barrancos con los fúnebres despojos.

Mas, a medida que nos acercamos a Los Silos, el paisaje va suavizándose de líneas y de matices. Y asoma, al fin, su

llanura fértil y alegre, nimbada de un sol radiante que se vierte en cascadas de luz sobre el verdor de las plataneras.

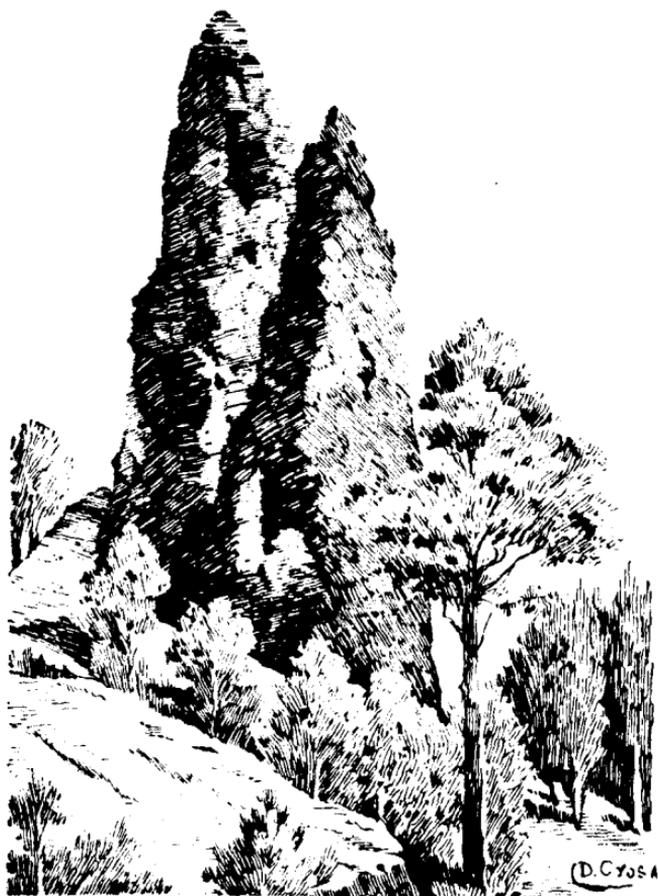
Arriba, detrás de los acantilados de las Moradas, se oculta el Monte de las Aguas. Agreste, solitario, con sus extensas umbrías silenciosas. Sin más rumor de vida que el trajín de los carboneros al fondo de las hoyas.

BOSQUES HISTÓRICOS

LA CALDERA, EN LA PALMA

Si hemos de creer al P. Abreu y Galindo, versada autoridad en historia isleña, había en la isla de la Palma todas las plantas y las mismas especies de aves que en las otras, y era tan copiosa de árboles y yerbas, hasta encima de las cumbres, que se paseaba el camino con mucho trabajo. En los veranos, el olor y fragancia de las flores alcanzaba de noche a tres leguas de la mar. Y había en dicha isla, antes que se conquistara y muchos años después, gran cantidad de maná que se cogía en ella y se llevaba a vender a España, el cual dejó de caer y cogerse después que la arboleda de la cumbre se perdió.

Una de las regiones de suelo más frágil y Naturaleza más feraz, era el antiguo cantón de Aceró, que en lenguaje indígena quiere decir «tierra fuerte», después designado con el nombre de la Caldera. En el gigantesco círculo de casi dos leguas de extensión, se alza un



peñasco de gran altura, el «Roque de Idate», donde los antiguos súbditos de Tanausú rendían culto al dios Abora.

Refiere la leyenda que, temerosos los indígenas de que el peñasco se desplomase sobre ellos, se afanaban en congratarse con el «monstruo» ofreciéndole los despojos de cuantos animales sacrificaban. Y en torno de Idate veíase a diario infinidad de restos que servían de pasto a los cuervos, atraídos por el abundante festín.

En los alrededores de este inmenso círculo, en sus estribaciones, quebradas y desfiladeros se desarrollaron los episodios más salientes de la Conquista, que culminaron en la derrota del caudillo palmero, en la trágica jornada del Paso de Adamancasis.

Tierra, como se ve, de indómitos guerreros y bravos caudillos, y también de grandes heroínas como aquella hermosa palmesana, Guayanfanta, de gigantesco cuerpo y extremada blancura, que viéndose cercada por los cristianos «envistió con uno y tomándolo debajo del brazo se iba a un risco para arrojarlo de allí abajo con él, cuando acudió otro cristiano y cortóle las piernas, que de otra suerte no dejara de derriscarse».

El vigor de la Naturaleza en esta isla privilegiada se manifiesta en su flora

con extraordinario relieve. Cuantos botánicos han visitado la Caldera se han hecho lenguas de la grandiosidad y exuberancia de la salvaje vegetación que cubre el extenso cráter y se desborda por sus alrededores en grandes masas de arbolado. La flora de la Caldera, decía M. Berthelot, lleva en sí un sello particular; sus bellezas principales consisten en lo gigantesco de las formas, en la extravagante distribución de sus producciones y más todavía en los contrastes que resultan del desorden de esta reunión de árboles y plantas diversas.

Y es que, según la teoría científica, en estos lugares profundos, rodeados de montañas escarpadas como la Caldera, la distribución de las plantas no está sometida a las mismas leyes que en otros lugares. El estado del aire, sus principios, la temperatura de estos recintos abrigados viene a romper las relaciones entre los climas y las alturas para prestarse a la reunión de todas las zonas.

¡Caldera de Taburiente, la del trágico desfiladero de Adamancasis!, aún parece oírse en su recinto la exclamación dolorida del bravo caudillo de Aceró: ¡Vacaguaré!... ¡Quiero morir!...

«EL CEDRO», EN LA GOMERA

Zigzagando por los altos del Valle de Hermigua, cuyas huertas quedan atrás entre abanicos de palmeras y cercos de viñedos y cañaverales, el viejo camino de herradura cruza el barranco del Cedro para ganar la altura de los Aceviños, y vuelve a la margen izquierda para penetrar en el bosque y continuar entre la espesa arboleda hasta el límite del monte, en Cabeza de Toro. Hémos aquí, después de dejar atrás, en la «Pasada de los Yugos», una pequeña ermita consagrada a Nuestra Señora de Lourdes, bordeando el barranco de Aguajilba hasta remontarnos a la cumbre. Seguimos, nos dicen, la ruta de los pastores que en las noches del estío, al son de rústicos tamboriles, entonan viejos romances :

«Llora, que se va mañana
del jardín la mejorana».

«¡ Si se acordará Rosaura
del guante que lleva el agua... !»

Todo, en este bosque del Cedro, respira un ambiente plácido, de selva virgen. La copiosa arboleda, compuesta en su mayor parte de laureles («loros»), aceviños, pinos, hayas y palos-blancos, se caracteriza por las formas voluminosas y gigantescas de algunas especies. Descuella entre estos árboles un laurel centenario, «el rey de los loros», que proyecta su sombra sobre el lugar conocido por «El Arrastradero», uno de los más frecuentados del bosque. Un anciano guarda, de luengas y plateadas barbas, que sirve de guía a los turistas, os dará curiosos detalles del soberbio ejemplar. Excede su altura de treinta metros y de diez y medio el diámetro de su tronco, en el que aparecen grabados muchos nombres. También muestra en su corteza las profundas incisiones que se le han hecho para extraerle yesca. Sus enormes raíces, descarnadas por las aguas, presentan desgarraduras que hacen temer un fin próximo de este rey de la selva, tan rudamente combatido.

Ejemplares también muy notables son los castaños del llamado «Llano de don Domingo». Algunos de ellos pasan de veinticinco metros de altura, y cada per-



nada produce una clase distinta de castañas.

Recorriendo el hermoso bosque, contemplando su intrincada maleza y fértil vegetación, constantemente regada por las aguas que brotan de sus fuentes y de los surtidores de sus rocas, descendiendo en rumorosa cascada por las vertientes y el lecho del monte, se explica que fuese este el lugar elegido por el conquistador Sancho de Herrera, hermano de Hernán Peraza, para introducir en la Gomera aquellas recuas de ciervos, traídas de la Berbería en sus frecuentes incursiones, y que andando el tiempo llegaron a constituir un verdadero azote para la Isla: tal fué su desarrollo prolífico.

Es fama que las aguas de la fuente del «Pajarito» eran las preferidas de los ciervos, por lo que hubo de afluir a los montes inmediatos una gran parte de los astados invasores. Primeramente fueron éstos objeto de protección y respeto, como lo demuestra una ordenanza del año 1638 disponiendo que ninguna persona entrase en los linderos del bosque a coger ciervos.

Más tarde, en 1668, era ya tal la abun-

dancia de ciervos en los bosques gome-
ros, se habían multiplicado en tales pro-
porciones, que el octavo conde, D. Juan
Bautista de Herrera, se creyó obligado
a publicar esta curiosa licencia: «Por
cuanto ha llegado a mí noticia que en
mi isla de la Gomera ha crecido el nú-
mero de venados que tengo en los mon-
tes, y atendiendo a la conveniencia de
mis vasallos por el amor que les tengo
y ser de su mayor utilidad, por la pre-
sente concedo licencia para que puedan,
cualesquiera persona y quien quisiese
entrar en los montes a cazarlos y ma-
tarlos, y asimismo puedan los dichos ve-
cinos matar los dichos venados que ha-
llasen dentro de su sementera o en otras
cualesquiera de sus haciendas, y esta li-
cencia concedo por el tiempo de mi vo-
luntad, y no más».

A esta guerra de exterminio contra los
prolíficos ciervos, hubo de poner coto,
una centuria después, el administrador
del Condado, prohibiendo toda clase de
cacerías en los montes y ordenando que
sólo se concediese licencia para matar
un ciervo «si su sangre había de utili-
zarse por consulta de médico, para con-
tribuir al alivio de algún accidente o

curar a algún enfermo de affixiones del corazón».

Tal es, según documentos de la época, la historia de los ciervos que el conquistador Sancho de Herrera introdujo en los montes de la Gomera. Tanto se aclimataron en ellos, que algunos, los más grandes, se dice que alcanzaban alturas de jumentos. Júzguese por estos datos de la virtud de aquellas prodigiosas aguas de la fuente del «Pajarito», en el bosque del Cedro.

LOS CANTORES DE LA SELVA

«¡ AH, PAJARILLOS CANARIOS!...»

La enemiga al árbol ha hecho sentir también sus estragos en la fauna isleña, de características igualmente singulares, que atrajo la curiosidad y el estudio de eminentes científicos extranjeros. Al mismo tiempo que caían, segados por el hacha, aquellos gigantes de la selva que eran su orgullo y su gala, enmudecieron los cantores del bosque, y dejó de oírse en nuestras umbrías aquella música sonora de la «muchedumbre de vocingleros pajarillos» de que hablaba el poeta. Y las Islas perdieron uno de los motivos de su fama, una de aquellas «dos cosas» que, al decir de Francisco de Gomara, «andaban por el mundo ennobleciendo el nombre de nuestra tierra: los pájaros canarios, tan estimados por su canto, y el «canario», baile gentil y artificioso».

Los antiguos cronistas ponderan la abundancia y diversidad de aves que poblaban las Islas, donde formaban le-

giones las palomas soritas o salvajes que se criaban en los riscos, las tórtolas y golondrinas que venían y pasaban a Africa, y los pequeños pájaros canarios, mirlos y capirotos que alegraban los bosques con sus músicas.

Pocos años después de la Conquista, en 1526, Tomás Nicols, en su descripción de la Isla, dice que en la región norte encontró enormes extensiones de laureles, que ocupaban diez o doce millas de terreno. «Lo que era deleitoso para el viajero, porque además del perpetuo y agradable verdor, una infinidad de pajarillos gorjeaban dulcemente». El P. Espinosa escribía por su parte: «Hay muchas aves de todas suertes, y entre otras, de los pájaros que en España llamamos «canarios», que son chicos y verdes, y otros menores, verdes y cabizprietos, cuyos cantos son recios y de gran melodía». Y el viajero inglés Edmond Scory, que estuvo en Tenerife en 1630, decía, a su vez, que en el lago de La Laguna gozaban del más agradable pasatiempo que se podía imaginar, porque en un mismo instante se veía un gran número de halcones lanzarse sobre los pájaros, que huían en bandadas.

A la destrucción de las selvas y exterminio del árbol ha seguido la desaparición de una gran parte de las aves cantoras del país, de bellos plumajes y armoniosos trinos, que se albergaban en sus frondas. De ello lamentábase el naturalista francés, M. Arthur Grasset, autor del «Journal d'un voyageur», que en 1854 visitó las Islas, y del cual es este triste vaticinio: «Con la destrucción de los árboles concluirán en Canarias con los pájaros y manantiales».

De las ciento cincuenta especies distintas a que se hace ascender la fauna canaria, ya muchas de ellas se hallan casi extintas o se las ve muy raramente, como el «Pinzón de Tenerife», de bello plumaje, tornasolado de negro y azul, que moraba en los bosques de laureles y en las florestas de La Laguna, y el «Pinzón del Teide», o pájaro de la cumbre, de color azul con franjas blancas en las alas, que vivía en las altas regiones volcánicas y se alimentaba de las semillas de la retama.

Y van siendo también cada vez más escasos los capirotes, de pardo sayal y negra caperuza, que tanto nos deleitan con sus trinos sonoros y fuertes, y hasta

los inquietos, bulliciosos y diminutos cantores de la selva, los canarios silvestres o de la tierra, de fama universal, fundadores, puede decirse, de toda una estirpe volátil, extendida por el mundo entero: los canarios domésticos.

Bien merecían, pues, la exaltación que de ellos hizo el Fénix de los Ingenios:

«¡ Ah, pajarillos canarios
cuyos sabrosos picuillos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!»

Diversas han sido las conjeturas sobre la forma en que se verificó la evolución hacia la cautividad del canario silvestre. El escritor americano Alexander Wetmore dice que desde fines del siglo XV fué llevado de las Islas a Europa por marinos que hacían el tráfico con el Archipiélago. El proceso de domesticación fué tan rápido, que el área donde se producían en gran cantidad se extendió a principios del siglo XVI, desde Italia septentrional hasta el centro de Europa, predominando en ellos los tonos amarillo y verde de la primitiva especie.

«Más de trescientos años, dice el ornitólogo Bolle, hace que el canario do-

mesticado abandonó su patria, pasando a ser cosmopolita. Dos hermanos gemelos han seguido carreras diferentes: el uno, favorecido por la fortuna, adquiriendo nombradía y atrayendo sobre sí las miradas del mundo; el otro, estimado y conocido de pocos, viviendo en el lugar de su nacimiento, aunque feliz a pesar de ello».

Actualmente, el pájaro de la tierra, de verde ropaje y humilde aspecto, que poblaba nuestras selvas, tiende a desaparecer casi por completo mientras se multiplican y propagan otras especies de origen exótico, que más que un ornato constituyen por su voracidad dañina un azote para los campos.

¡Pajarillos canarios!... ¡Diminutos trovadores de los bosques isleños! Sus melodiosas músicas apenas si se perciben ya en nuestras frondas. Enmudecieron ante la desolación y tristeza de las selvas que fueron gala y alegría de las Islas Afortunadas.

Nunca, pues, pudo decirse con más profundo dolor, «que en los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño»...

LO QUE DICE EL BOSQUE

Cerramos estas páginas con un trabajo digno de ser conocido y divulgado por el hondo sentido espiritual y patriótico que encierra. Lo escribió, hace ya cerca de cuarenta años, un preclaro isleño, escritor de la vieja cepa canaria, de impercedera memoria en las letras regionales, alma de artista, corazón abierto a todas las generosidades, cuyo nombre llevamos constantemente en el pensamiento y en los labios: ¡Benito Pérez Armas!

Figura señera de toda una época, la de trazos y perfiles más vigorosos y, sin duda alguna, por propensión nativa de su temperamento, la de raíces más ahincadas en las entrañas de la tierra, muchos de la presente generación le desconocen por incomprensible desvío a todo lo que es y sigue siendo esencialmente nuestro, médula y encarnadura del alma canaria. Verbo elocuente, palabra encendida de emoción--¿quién no recuerda esas vibrantes arengas?: "pueblo ribereño de las casitas blancas"--, pluma dócil a sus impetus y arrestos temperamentales, nadie supo como él comunicar a las multitudes su propia inquietud y su propio ardor espiritual. Y, además, ¡con qué elegancia sabía desdeñar intrigas y odios lugareños y tender la mano hidalga y fraterna al adversario! Detestaba igualmente la egolatría, tan arraigada entre nosotros. "A mí, decía, que no voy para inmortal, la conquista de la admiración de mis conciudadanos no me quita el sueño, y, en cambio, me preocupa merecer su estimación y afecto".

Quien así pensaba y sentía necesariamente era, entre nosotros, una figura única y extraordinaria.

A una sensibilidad como la suya, tan apasionada de la tierra, de sus tradiciones y sus bellezas, no podía ser indiferente ni ajeno el drama de nuestros bosques ni la agonía y ruina de nuestros árboles, y he aquí cómo se expresaba en este artículo, "Lo que dice el Bosque", dedicado a su paisano, y también brillante escritor isleño, "Angel Guerra":



En las piedras de un "Tagoror", que domina las llanuras de la mar y las tierras costaneras, los peregrinos se sentaron. Hubo un largo y angustioso silencio... Los árboles, sin que el viento los sacudiera, parecían estremecidos como si la vida interior de las ideas crispara los troncos y agitara los follajes...

El anciano incorporó su cuerpo y con voz de conjuro exclamó:

—¡Hablad, hablad, amigos del bosque! ¡Queremos vuestro juicio; en nombre de mi raza lo demando!

... ..
—¿Quién sois? ¿Qué demandáis?—dijo el barbusano.

—Yo—respondió el viejo—soy lo que vive del espíritu guanche. Este—refiriéndose al joven—, el alma que surge, los nuevos anhelos de las nuevas gentes... Lo que se va y lo que viene...

El joven, resplandeciente de hermosura, habló entonces así:

—Nada concluye. La muerte es el sueño de que nos recobramos a un nuevo existir... Un descanso, la hora de la gesta, para que surja triunfadora la Vida, reina de las reinas; diosa de las diosas... El espíritu isleño dormía; pero ya despierta, ya vuelve a la luz: ¡Nuncio soy de resurgimientos y os saludo! ¡Habitantes del bosque; hablad; dadnos el secreto de la fuerza y la perseverancia!

El barbusano añadió:

—Raíz es Voluntad; tronco, constancia, uniformidad, decrecimiento; ramas, amor y libertad; fruto, conciencia de sí mismo, seguridad de la especie, perpetuación de las edades... He ahí lo que el árbol puede decir al hombre.

—Más, algo más—repuso el pino. Debéis saber que quien no guarda las leyes de su especialización, de sus características, se extingue maldito de Dios... Vasta es nuestra familia; pero todos nos distinguimos por zonas y países... Diferenciarse, ser avaro cada uno de lo suyo, es ley de existencia, tributo de amor rendido a las tierras nativas, a los aires que respiramos, al sol que nos calienta... ¿A qué hablar de odios? ¿No véis nuestro ejemplo...? Pinos somos todos, constituimos una gran república; pero cada uno tiene sus modalidades y sus amores...

—Sí—añadió el haya—. Predicad esa idea y no vayáis contra Natura si queréis subsistir... Todos unos en lo consubstancial; todos diversos en lo específico... Así es la Tierra, madre común, madre única y madre divina, según las latitudes...

El joven había caído como en éxtasis; el anciano clavaba sus ojos en las piedras del "Tagoror", mudo e impenable.

—Yo también os daré mi consejo—dijo el laurel—. Cada frente gloriosa tendrá sus ramas. La Victoria es la misma; distintos quienes la riñen... Cada cual teja su guirnalda... ¡Amáos y trabajad!

—Todos sufrimos los golpes del hacha—añadió el viñático—. Los árboles escaseamos, hemos caído; pero vosotros, nobles insulares, significáis menos cada día. ¡Talados, talados como nosotros, no lo dudéis...!

—Las cosas que se quieren con ahínco verdaderos—expuso el mocán—. Llegarán al fin. ¡Debajo del Sol nada deja de tener su tiempo, hijos de Atlante...! En su día florece la vid, trina el capirote, turgen los senos de las mozas... Preparáos y confiad; la Vida no equivoca sus senderos... Y hablaron todos los demás

árboles del Bosque, excepto el Drago, que permanecía impassible.

—Y tú, Drago, ¿qué dices?—preguntó el joven, puesto en pie, en actitud suplicante.

—No hablará—repuso el anciano—sin que corra su sangre. Como el pueblo isleño, permanece mudo mientras no se le hiere.

El joven hizo entonces una incisión en la corteza del Drago y la savia roja comenzó a gotear...

—Las palabras—dijo el Drago—son acciones abortadas. Es necedad hablar en demasía. ¿Qué deseáis de mí?...

—Vuestro consejo, repuso el joven. Sois el árbol sagrado de los guanches; contáis la vida por siglos; debéis estar en el secreto...

—Yo sólo sé—añadió el Drago—que la tierra está fatigada de mentiras; el sol cansado de alumbrar muladares... Ocupaos en que brille la Verdad y florezca el jardín de vuestros corazones... No sé deciros más; buscad la boca adecuada a los oídos de los sordos.

—¡Resurgimiento, resurgimiento!—gritó el joven.

—¡Resurgimiento, resurgimiento...!—reptieron los Valles y las Montañas...

COLABORADORES ARTÍSTICOS

CROSA Y MARTIN GONZALEZ

Como habrán observado los lectores, las notas gráficas que ilustran estas crónicas llevan al pie las firmas de dos artistas de la tierra, queridísimos de todos. Uno de ellos, Diego Crosa, había confeccionado sus dibujos expresamente para este libro; pero, por desdicha para el Arte, la Muerte nos lo arrebató hace tiempo, privando a Tenerife de uno de sus mayores ingenios, el más popular, el de facetas más variadas. Truncada su labor por aquel azar cruel del Destino, otro artista, no menos admirado, Martín González, cuyo nombre es ya un pregón de gloria para la Isla, completó los apuntes gráficos que avaloran estas páginas, poniendo en ellas su inconfundible estilo de sobria expresión, que ha dado a sus lienzos un sello tan singular de colorido y de alma isleña.

Ambos, por igual, Diego Crosa como Martín González, rinden de esta forma el más espiritual homenaje al Arbol canario, que tantas veces les sirvió de Musa inspiradora para sus creaciones de artistas.

COMENTARIOS A NUESTRAS CRÓNICAS

J. HERNANDEZ RAMOS (INGENIERO AGRONOMO)

Pocas veces puede ponerse más cariño al tratar un tema que muchos, en su ignorancia, calificarán de poco trascendente como el que el autor del libro "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias" ha vertido en su obra. Y aunque su autor, en el epílogo, manifiesta, modestamente, que sus capítulos fueron escritos sin pretensiones literarias ni científicas, no carece tampoco de ninguna de dichas buenas cualidades. Al menos, si el lector, como el que esto escribe, no se siente crítico de ninguna de dichas materias, así ha de parecerle. Leoncio Rodríguez, en un castellano limpio, suelto y jugoso, va describiendo, a lo largo de las páginas de su libro, cada una de nuestras mejores y más raras especies forestales engarzando en cada descripción las anécdotas y consejos, tradiciones y leyendas del alma popular de Canarias relacionadas con cada árbol y para dar más valor a sus apreciaciones y relatos, intercala, frecuentemente, oportunas citas de escritores extranjeros y nacionales, principalmente canarios. Pero, sobre todo, lo que es peculiar en el autor: ¡cuánto profundo cariño por las cosas de la tierra y cuánta emotividad en la narración de las escenas por él vividas!

Cada uno de los capítulos del libro que comentamos se halla dedicado a uno de nuestros árboles próceres y a la descripción del marco natural y costumbrista en que se le puede admirar: Las Palmas de Santa María de Betancuria y de la Torre del Conde de la Gomera, Los Tilos de Moya, Los Dragos gemelos y milenarios, El Garoé del Hierro, Los pinos canarios, Los álamos de San Diego del Monte y de San Francisco en La Laguna, Los naranjos del Instituto, etc., son otros tantos apartados llenos de historia, de leyenda y de poesía que dejan en el lector la suave melancolía de gra-

tas cosas pasadas o perdidas, sin remedio, o bien el dulce recuerdo de días vividos en un ambiente de paz y de dicha tan distinto al que, últimamente, había standardizado (esta bárbara palabra es la adecuada) todos los rincones llenos de colorido del mundo, incluso, para nuestra desgracia, los pocos que aún quedaban.

¡Y qué lejos estamos de que muchos sientan con el autor de "Árboles históricos y tradicionales de Canarias"!

Hoy, que con tanta angustia clamamos por lluvias y por árboles, que con tanto desconsuelo vemos a Canarias sin arte y sin tradiciones, debemos pensar que todo esto lo tuvimos y todo lo perdimos en un ambiente de imprevisión, de incultura y de materialismo. Debemos pensar que para merecer el dictado de pueblo culto hemos de honrar al pasado y restablecer muchos valores perdidos. Nuestro llorado Néstor dijo e hizo bastante en este sentido y Dios quiso, para sí queiramos aprenderlo, que los últimos proyectos del artista fueran para pianear la recuperación de todos nuestros valores pasados.

Las mismas cosas añora en su libro Leoncio Rodríguez: romerías típicas, fiestas religiosas y populares, centros de cultura y de caridad, artesanía, hombría de bien; todo esto, tan noble y bello y... tan perdido, lo echa de menos; pero, principalmente, lamenta la falta de amor a nuestros árboles, amor que él predica y que tan bien refleja en su libro cuando dice: "Pues bien; digamos a estas juventudes isleñas: Hay que vestir de nuevo con el verde y florido ropaje de otros tiempos el suelo que desvistieron manos insensatas, zafias o malvadas. Hay que combatir la doble sequedad de la tierra y de las almas y echar a voleo la semilla en los surcos nuevos. Hay que restituir a nuestras montañas lo que a ellas, exclusivamente, pertenecía: su arbolado; sus pinos, sus cedros, sus laureles, la frescura de sus sombras y la alegría de sus pájaros cantores... E imponer este lema, esta norma cívica: cada hombre, cada niño, un árbol. Cada pueblo, cada comarca, un bosque".

De esta forma, tal vez podamos evitar que resulten

del todo ciertas las palabras de Berthelot—que Leoncio Rodríguez transcribe—, que decía: “Llegarán tiempos en que las Islas Afortunadas, donde la Naturaleza había derramado tantos encantos, se convertirán en áridas rocas en medio del océano; nuestras floras repetirán los árboles y plantas que las cubrían y la posteridad no se atreverá a darles crédito”. Porque, desgraciadamente, las palabras de Berthelot van resultando proféticas. Desde las frondas que cantó Cairasco y las selvas que describió Viera a la situación actual de nuestros montes y barrancos, media un abismo. Y casi no daríamos crédito a sus palabras si no hubiésemos alcanzado los pocos restos que todavía podemos admirar. Pero, nuestros poetas ya no pueden cantar la espesura y extensión de nuestras selvas. Nuestros escritores ya no pueden ponderar la verdura de nuestros montes: Tomás Morales sólo puede escribir un canto elegíaco al árbol caído. González Díaz, el Apóstel de los Árboles, ya no puede escribir sino apóstrofes contra sus destructores. ¡Bárbaros!, se titula el artículo de este escritor que prologa el libro de Leoncio Rodríguez, y es verdad: Bárbaros, vándalos son los que destruyen en un día árboles que necesitaron siglos para que pudiéramos verles en toda su venerable ancianidad. Hora es ya que, por pudor, y si no lo tienen por duros castigos, cesen en su obra nefasta.

Lector: si eres amante de nuestros árboles, te interesa leer el libro que comentamos. Más que leerlo, aunque ello te servirá de agradable delectación y avivará en ti gratos recuerdos, interesa que deduzcas de él alguna enseñanza, y más aún, que la pongas en práctica. Hagamos cada uno lo que podamos para defender los restos de la flora canaria y evitar que con el tiempo no resulte, como por desgracia sucede con las islas hermanas Fuerteventura y Graciosa, un contrasentido entre los nombres de Hespérides y Afortunadas aplicados a nuestras queridas Islas Canarias y el aspecto de desolación que presentan.

Las Palmas.

ANTONIO MARTI ("JUAN DE LA ISLA")

He aquí unos árboles cuyas frondas se alzan al cielo azul de las Islas, pero cuyas raíces, si se trata de hallarlas, hay que buscarlas tan hondo, tan hondo, que acaso precisara arrancarlas del corazón mismo de la Historia o de la Tradición.

Este libro que habla de ellos es, más que el resultado de una búsqueda paciente, rematada por la más peregrina serie de felices hallazgos, un canto fervoroso, un poema magnífico, a las grandezas pretéritas de toda una raza: Una raza producto, a su vez, de otras cuyas cualidades mejores heredara e hiciera eternas en la Historia.

Porque cada árbol de los cantados es el testimonio y a veces el testigo irrecusable también, de un hecho, de un episodio, y cada uno de estos episodios y hechos un eslabón que añadir a la cadena maciza de la Tradición. La Tradición, hermana de la Historia, con la que a veces se confunde, forja prodigiosa lograda por el martillo de los siglos sobre el yunque recio del espíritu de los pueblos.

Algunos de esos árboles nos hablan de los martirios y sacrificios de una raza extinguida: la raza guanche. Otros, de las glorias y aventuras de los conquistadores. Otros, acaso, de la conjunción suprema de los dos grandes pueblos, que iniciara los capítulos básicos de nuestra Historia. Pero todos ellos clavan sus raíces, como antes decimos, hasta lo más hondo, hasta el corazón mismo de la tierra isleña y del espíritu de nuestra raza.

* * *

Hay quien fija la mirada en un punto del espacio, el alma entera en un ideal, las ansias todas en una obra de futuro, y rompe a andar, y camina, camina

por la vida, sin ver lo que hay alrededor, sin volver nunca la mirada atrás, sin saber lo que queda tras de sus pasos.

Hay quien, por el contrario, puesta la vista en el pasado, saturada el alma de recuerdos, consejos y visiones pretéritas, sólo para mientes del futuro en lo que pudiera ser continuación del pasado. Pero no tampoco de un pasado inmediato, sino de aquel pasado diluido casi entre las sombras del olvido, que ni siquiera es Historia escrita, sino trasunto de ella, agazapado, escondido, entre los vericuetos y enrucijadas de la Tradición.

Son los enamorados de lo que fué. Los fervientes adoradores del Recuerdo y de la Leyenda. La Historia es para ellos una Ciencia amable y grata, pero gustan de burlarla a veces y otras perfeccionarla y completarla, salléndose de los caminos trillados de los textos escritos para buscar nuevas fuentes en que saciar la sed de sus aficiones, en los textos vivos de la conseja y del decir popular.

Entre ellos figura Leoncio Rodríguez. El hombre que se pudiera decir que vive para esto y por esto; que husmea rincones y lugares saturados por el perfume sutil de la Tradición, para traer, al regreso, un baje fresco y jugoso de cosas gentiles recogidas de labios de un viejo ducho en galanos decires y rico en memoria, o en las estanterías polvorientas de algún olvidado archivo...

* * *

Este libro ("Arboles históricos y tradicionales de Canarias"), como otros que Leoncio Rodríguez ha dado antes a la prensa y los que en un próximo futuro acaso haya de dar, son el fruto, el producto, la obra de su vida. Bajo un doble aspecto: por ser el resultado de sus investigaciones, y por haber puesto en ellos lo mejor, lo más puro de sus afanes, el ansia iluminada y fervorosa de su gran amor, de su devoción pura y abnegada; la ofrenda pura de su espíritu en el altar de la Tierra y de la Raza.

LUIS DIEGO CUSCOY

· Mi distinguido amigo y compañero: Creo que está de más el decirle que seguí con una creciente y emocionada atención la serie de sus crónicas sobre los árboles históricos de Canarias, publicados en ediciones dominicales de "La Prensa".

Había para mí en aquellas crónicas una superabundancia de sugerencias que me cautivaba: hace tiempo que vengo pensando en la necesidad de trabajos como el suyo. Pero hoy, al leer la recopilación de aquella labor en "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias"—su completo libro de emociones isleñas—, he ampliado el margen de consideración a su obra. Hablo en este caso como hombre empeñado en una labor semejante a la suya—aunque no limitada al arbolado—, y como maestro. Las escuelas de Canarias vivían en un vacío absoluto de emoción por la tierra; fué esta idea la que me impulsó a un pequeño lamento, publicado en su mismo periódico, y que el Instituto de Estudios Canarios recogió. Desde entonces, el empeño mío de dar a las escuelas de Canarias un guión de conciencia histórica y apasionada de la tierra azul de Canarias. Dando el último repaso a ese empeño, surge su libro, el que viene a ser, sin discusión, un magnífico precedente, pues como maestro quiero decirle que "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias", queda desde hoy incorporado a mi escuela, ya que de su prosa limpia y de sus capítulos evocadores—elegantes en la referencia histórica y delicados en la evocación de la leyenda—, se puede hacer el cuadro de lecturas transidas de la emoción de que antes le hablaba, y de la cual estábamos vacíos.

Por el Arbol y por la Escuela, el agradecimiento de todos. Por su meritoria labor, la felicitación y admiración más sincera de este amigo y compañero.

ANTONIO LUGO Y MASSIEU

Encierra este libro, para nosotros, dos altísimos valores. El primero, la galanura y el donaire con que se halla escrito; el segundo, tanpreciado o más que el primero, la alta finalidad que lo inspira: rendir un verdadero homenaje de exaltación y veneración a los viejos árboles de nuestra tierra canaria. Sorpresa producirán estas páginas a muchos que ignoraban el encanto de las leyendas que encierran muchos de esos árboles y desconocían el perfume de tradición que se desprende y desprende aún de sus carecomidos troncos y viejas ramas. Leerán este libro los niños de las escuelas—que así lo han prometido dignos y cultos maestros nacionales—y en esas bellas páginas aprenderán a venerar cosas que debieran ser casi sagradas para los de nuestra patria amada; pero quienes más debieran leerlo son esos otros “niños mayores de edad”, limpios en materia forestal, que andan por ahí pregonando, con su indiferencia, impavidez y “algo más”, la complicidad que han tenido en la destrucción y ruina de la flora canaria, permitiendo que nuestros incomparables bosques desaparecieran sin lanzar un grito de protesta y dolor.

Los que vivíamos retraídos, acorralados por la falta de ambiente para seguir luchando por el enaltecimiento forestal de nuestras Islas y por España entera, ya podemos desplegar las viejas banderas y seguir adelante en una segunda cruzada, exaltando el árbol con generosidad y desinterés, contribuyendo así a la obra redentora del engrandecimiento de la Patria.

Orotava.

DE TRES ILUSTRES ESCRITORES
DESAPARECIDOS

DOMINGO DORESTE ("FR. LESCO")

Arboles históricos de Canarias, por supuesto. Hace mucho tiempo que andan estos personajes en busca de autor. Ahora lo han encontrado. Se trata de un libro, poco monumental, de simpática edición; de un librito entrañable, en una palabra. La mitad de la fortuna que pueda correr, nace de haberlo intentado: de la elección de asuntos, que recomendaban los antiguos retóricos. Es una serie de siluetas "biográficas" de los árboles célebres de Canarias.

Biografía, desde luego, porque cada árbol de los tratados tiene una personalidad. La mera materia de la obra la encarece. Pero no basta, sin la forma, que es su alma. Y el libro la tiene muy vibrante, con grata resonancia en todo corazón canario. La flora arbórea de nuestro archipiélago siempre fué una maravilla para el botánico. Tal es el postulado que podemos llamar científico de la obra. Pero ésta no es una monografía botánica; es, repetámoslo, una galería biográfica escrita sobre un pentagrama. Cada ejemplar acusa una significación que suele ser doble: histórica y poética.

Difícil improvisar una clasificación según los puntos de vista, esencialmente líricos, del autor. En un grupo se puede considerar los ejemplares que enaltecer su estirpe, por su prestancia y longevidad; y en él pueden figurar el Drago (con mayúscula) desaparecido de la Orotava, el del superviviente (de milagro) de Icod, el Pino del Buen Paso, cerca de la misma Villa, el del Paso de La Palma, los Pinos gordos de Vilaflor (uno de ellos consagrado campeón en un concurso nacional), el Castaño de las siete pernadas de Aguamansa, los antiguos cedros de nuestras alturas, casi extinguidos, y el Mocán de Tegueste.

Como asistidos de una tradición religiosa se citan

el Pino Santo de Teror, y la Palma de San Diego de Alcalá en Santa María de Betancuría. Como testigos de hazañas, conjuras y episodios de historia, la Palma de la Torre del Conde (Hernán Peraza) en la Gomera, el Pino de la Victoria de Acentejo, los Tilos de Moya, pobres restos del bosque de Doramas, el Laurel del Jardín de Nava, de La Laguna. Como legendario, el Garoé, maravilloso filtro de la humedad atmosférica, que aplacaba la sed de los habitantes del Hierro.

Dragos, mocanes, pinos, barbusanos, viñáticos, cedros, aceviños, tilos, laureles, almácigos, hayas, brezos, orijamas, sabinas, palo santo, leña buena... todas estas especies y algunas más, aún las de nombre corriente, llevan un apellido: canariensis—¡canariensis!—. Sin embargo, nos parecen exóticas, y lo son para el resto del mundo, no para nosotros, toda vez que son floración de nuestro suelo y de nuestro clima, parte conspicua de las cuatrocientas y pico de especies del reino vegetal catalogadas por los botánicos bajo aquel apellido. Si no las conocemos es porque son raras, gracias a las incansables talas de que han sido víctimas, pues es de saber que el mítico dragón de las Hespérides no ha muerto: sobrevive disfrazado de leñador.

De ello se queja dolorosamente el autor del libro meritísimo, el infatigable periodista Leoncio Rodríguez, que ha cumplido con esta obra una labor altamente educadora, que hemos de recoger devotamente. En Tenerife, sin duda, se ha prestado mayor interés que entre nosotros al prestigio del árbol indígena. No hemos tenido aquí una dinastía como la magnífica de los Nava, generosos custodios de la heráldica arbórea del país. Pero nunca es tarde. Gracias precisamente a su celo y al de otros próceres, las especies perdidas en Gran Canaria, pueden reproducirse. Brindo la iniciativa a la Junta de Turismo, a quien le será fácil despertar entre los propietarios este interés, digno de las perspectivas de la España Nueva.

RAFAEL AROCHA Y GUILLAMA

Un nuevo libro de Leoncio Rodríguez, mi viejo amigo y compañero. Libro de un alto sentido patriótico, en el que es de notar no tanto la utilidad y conveniencia para las Islas Canarias del fomento del arbolado —con estar bien manifiestas en el mismo—, cuanto el hondo motivo espiritual que nos hace revivir la tradición y evocar aquellos tiempos antiguos de grata recordación.

Y hay una trabazón admirable—por medio de un lenguaje terso, fresco, jugoso, como una égloga virgiliana oliente a frutales en sazón—de vetustos árboles históricos con figuras próceres de otra edad vinculadas al movimiento literario y artístico del país, representantes de toda la cultura canaria, como un anecdotario viviente, reflejo encantador de la leyenda sobre las torres seculares de la historia patria.

Es un viaje histórico a través de la flora canaria. Es una visión de la Naturaleza, llena de luz y de armonía, es el poema vivo y palpitante de los árboles añosos que extienden sus frondas de verdura bajo un cielo azul y sereno, agitados suavemente por el céfiro o combatidos con furor por el soplo potente del huracán... Poema con aromas de paganismo, en el sentido de culto de adoración panteísta, profundamente humana, a las bellezas de la tierra, de los mares y de los espacios, santificada por el destello espiritualista y cristiano de la espadaña de la ermita donde sueña el Angelus cuando el Véspero enciende su brocha de oro en el infinito...

¿Qué tinereño, qué canario, no se conmueve con la evocación del almendra de Gracia—el de “la dulce, fresca, inolvidable sombra”—de los álamos negros de la plaza de San Francisco de La Laguna y de los álamos blancos de San Diego del Monte, de los naranjos

del Instituto, de amables recuerdos estudiantiles, de los dragos milenarios, de las palmeras canarias y "majoreras", de la célebre torre histórica del conde Hernán Peraza en la Gomera y del árbol santo de la isla del Hierro, como un patriarca bienhechor de la antigüedad?

Bueno es que se practique el amor al árbol, que se pueblen de ejemplares de todas clases las carreteras, los caminos y los montes, buscando con ello la fertilidad de los terrenos por medio de esos higrómetros admirables; pero creemos sinceramente que mientras no aliente en todos los cerebros, inculcada por una educación intensa y tenaz, la idea que pudiéramos llamar religiosa—porque se alimenta de la tradición—del culto al arbolado cuidando y venerando esos ejemplares históricos, que son a manera de santuarios queridos de los sentimientos de nuestros antepasados, mientras en el alma del pueblo no haya una conciencia de esta verdad como un vocero interno del deber, será inútil cuanto se haga plantando y regando: la cobra morderá y destrozará, el pillete tirará piedras y arrancará los tiernos arbolitos, el campesino inculto y prosalco levantará su hacha destructora contra el indefenso tronco que sostiene el ramaje sombrío y acogedor y profanará violentamente esos futuros émulos de las reliquias santas de otros tiempos...

Por eso el libro de Leoncio Rodríguez, aparte de su gran mérito literario, tiene otro mayor aún, el de ser defensor de los valores espirituales de la tierra, el despertador de las conciencias adormecidas en la prosa vulgar de la vida, el heraldo de las ideas de restauración y engrandecimiento del agro canario, basándose en el ejemplo de las viejas generaciones, modelos de civismo aureolado por la poesía, vivificado por el hálito poderoso de la fe.

* * *

Con motivo de la publicación de "Los Árboles históricos y tradicionales de Canarias", ha dicho el maestro de niños y original escritor, Luis Diego Cuscoy, que dicho libro quedaba incorporado a su escuela, de lo cual

se deduce que los alumnos tendrán como libro de lectura esa obra jugosa y agradable como un poema geográfico de la tierra canaria, con frescuras de frondas rumorosas y aromas de árboles salúferos y de boscajes florecidos bajo la luz azul de los cielos...

¡Feliz iniciativa la del culto preceptor de la infancia! Esa es la edad propicia para que las enseñanzas de amor al árbol y a todo lo que signifique recuerdo, tradición—espiritualidad, en una palabra—, inculcadas en las tiernas inteligencias por un maestro amante del progreso cultural de los pueblos, den el fruto apetecido de respeto a esos hermanos menores del mundo vegetal, como diría un poeta, de cariño a los valores históricos de la Patria, de noble apasionamiento por todo lo que signifique engrandecimiento de nuestra madre bendita la España santa e inmortal.

En este libro de prosa castiza y amena encontrarán los niños los motivos básicos de su cultura. Sobre sus páginas adornadas con bellos dibujos de Diego Crosa—ese Artista (con mayúscula) que se trata con todas las Musas—, se inclinarán las cabecitas infantiles en las horas inolvidables de la primavera de la vida, en que el alma se asoma por primera vez al mundo inmenso del pensamiento y en ellas encontrarán esas virginales sugerencias inefables del conocimiento, que nosotros, los que vamos para viejos, tuviéramos en la Historia Sagrada de Fleury y en los caracteres evocadores de Paluzié.

Enseñar a hablar en buen castellano es uno de los primordiales deberes del maestro de escuela, y en "Los árboles históricos y tradicionales de Canarias" hallará un modelo del buen decir y un conjunto de valores espirituales que deben ser tenidos en cuenta por los educadores en la elección de los libros de textos. ¡Grande es el poder de la letra de molde cuando está al servicio de las nobles empresas del mundo moral!

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

Leoncio Rodríguez, con sus "Árboles históricos y tradicionales", cultiva historia, recoge tradición; buen cosechero para el porvenir... Porque, como el porvenir no tendrá la ingravidez de una fábrica en el aire, un castillo de baraja, habrá de nutrirse forzosamente de lo pretérito, tornándole raíces, jugos, colores, vida; toda la riqueza y la belleza que lo que fué puede rendirle en tributo a lo que será por sobre lo que es... Mas no todos los patriarcas de la vegetación desaparecieron; muchos permanecen en pie y nos cuentan su biografía por la pluma evocadora del autor de este libro. ¡Hermosa evocación! Cada uno de esos grandes predecesores o contemporáneos se pone en marcha, y todos forman un bosque mágico que se encamina, ¿a dónde?, volveré a decirlo: al mundo futuro para darle lección, la lección de su fecunda existencia, colmada de dones y bienes. Que la aprovechen desde hoy los hombres actuantes de mañana; que aprendan a practicar con los árboles el mandato bíblico para la perpetuación de nuestra especie infeliz: "creced y multiplicaos..." Crezcan los árboles y multiplíquense en Canarias a fin de embellecer y enriquecer la tierra.

¡Peregrino desfilé! Respondiendo al conjuro taumaturgico, de todas partes llegan los seres gigantescos llamados a integrar la prodigiosa selva que "se mueve" hacia el más allá en sombras impenetrables... Llegan y pasan las palmeras de Santa María de Betancuria, los tilos de Moya, los dragos gemelos de las Breñas, dos hermanos de aspecto siniestro, el árbol-fuente del Hierro, siempre llorando, el árbol del crimen, a cuya sombra el muerto mató al vivo, los pinos "gordos" como bien sustentados burgueses, el del Buen Paso, los dragos viejísimos, más palmas, los álamos de San Diego del Monte, los de La Laguna, el castaño "de las siete pernadas", que nos recuerda el feudalismo, los cedros venerables como bisabuelos, el laurel de Nava, ejemplar heráldico de una casa con escudo, los mocanes, el "baobab", un desaforado gi-

gante, ¡Dios nos libre!, el almendro que inspiró a Nicolás Estévez la definición de una patria chiquitita, pero idolatrada, los naranjos del Instituto lagunero, excelentes alumnos... Abran paso... ¡Un viva al creador de la gran maravilla!

Pero eso es la Patria que se afirma en el Tiempo, eso es el archipiélago de la Fortuna que pide recuperar su tesoro perdido... "Los árboles de Leoncio Rodríguez", patrimonio de esta región atlántica, vivos o muertos, tienen voz que ha clamado en el desierto muchas veces; tienen derecho a ser oídos, y nunca se les oyó... Ahora hablan muy alto. Escuchémosles: esos ancianos cargados de experiencia nos dan buenos consejos. Han visto pasar el oleaje de las generaciones y han sobrevivido a la guerra sin cuartel que les han hecho la ignorancia y la incultura. Ellos nos dicen: "Por nuestro amor y desvelo tuvisteis salud, abundancia, felicidad... No seáis imbéciles ni malvados. Sed con nosotros, no contra nosotros".

* * *

Natural era que ese bello libro, aparte sus méritos propios, me interesara en cuanto propagandista infatigable de la repoblación arbórea de Canarias durante tantos años. Tan cierto que en el Arbol todo se encierra... Después de haber agotado la doctrina forestal, le estoy extrayendo un poco de filosofía y otro poco de poesía, mientras los industriales les sacan maderas, resinas, aceites, perfumes... También me sirven, generosos, esos frutos del intelecto... Me hacen pensar, sentir, soñar, recordar, como a Leoncio Rodríguez.

* * *

LOS AMIGOS DEL ARBOL

Adolfo Febles Mora ha propuesto, desde las columnas de "La Prensa", la fundación en Tenerife de la sociedad "Amigos del Arbol". Iniciativa oportuna y feliz, ahora que los asuntos forestales interesan a la opinión pública, y Leoncio Rodríguez, con su reciente libro, ha

removido y acrecentado ese interés; ahora que todos los buenos españoles, por consecuencia todos los buenos canarios, estamos empeñados en una labor multi-forme y gravísima de renovación nacional y regional. Renovemos el arbolado.

Formemos, sí, la legión o falange de los "Amigos del Arbol", para que la amistad luche con la enemistad y ésta sea vencida y trocada en amor activo; para que se haga cultura, es decir, un ambiente nuevo favorable a la magna obra; para que vengan los plantadores en pos de los taladores, reconstituyendo lo que éstos aniquilaron, borrando las huellas de la barbarie anti-forestal y anti-patriótica; para llevar esa doctrina a las escuelas e inculcársela a los niños, los hombres de mañana; para aplicar en este orden de faltas delictuosas una jurisprudencia eficaz, inflexible; para celebrar como rito de un culto cívico la Fiesta del Arbol en todas partes; para que florezcan y fructifiquen los desiertos. Para todo esto y para mucho más.

Mi fraternal compañero ha tenido una idea excelente, a cuya realización deben cooperar los tinerfeños, por patriotismo. Es una llamada, un toque de clarín que desciende de las cumbres donde brillan como estrellas conductoras los altos ideales... Abranse los oídos, y las almas...

* * *

Hay precedentes de esa sociedad culta y benéfica que se trata de fundar en Tenerife. Yo, con la misma denominación e iguales propósitos, la organicé y la presidí en Las Palmas hace muchos años, en compañía de dos amigos inolvidables, José Pérez Noguera y Fernando Serrano, los dos ausentes para siempre en los países desconocidos del Más Allá misterioso... Celebramos cuatro o cinco veces la Fiesta del Arbol, predicamos, plantamos, refirmos rudas batallas con la ignorancia y la indiferencia, hasta que, no por cansancio nuestro, sino por falta de ayuda del público, la Sociedad murió... Tenía que suceder fatalmente; era temprano para tales andanzas, calificadas de quijoterías; ¿no lo será también hoy? Más que obra de quijotes, chifladura de locos pacíficos se les antojó a muchos cuerdos sin

cordura la fundación de una Sociedad protectora de Animales y Plantas, que acometí asociado para la empresa con don Rosendo Ramos, aquel gran señor... La risa imbécil de los incultos nos corrió, cual si fuéramos orates escapados de un manicomio; los animales y las plantas se quedaron sin protectores... Y nunca supe lo que pensaron del fracaso ridículo, porque como no hablan... ¿Habrá amanecido ya en nuestras Islas para emprender con éxito estos nobles trabajos?

La Sociedad de los Amigos de los Árboles renació vitalizada por el entusiasmo activísimo de don José Hidalgo, ingeniero-jefe de Montes, plantador insigne... Aún permanece la Sociedad, si bien trabaja en silencio, realizando grandes cosas. Posee un vivero con cientos de miles de ejemplares arbóreos, que don José entrega a quienes se los piden, cual si administrase una comunión laica. Realmente, distribuye Pan de Vida a las multitudes... Y yo, desde mi retiro, aplaudo; un sembrador que sonríe a un cosechero...

Saquemos hoy del olvido, un olvido injusto, los nombres de dos apasionados amigos del Arbol, amantes y practicantes de la arboricultura... Vayan esos dos nombres como ejemplos que hacen convicción. Don Domingo Aguilar, tan bondadoso que casi era un santo, tenía lo que puede llamarse "la pasión de los árboles", y los plantó por miles en la Orotava, donde formó escuela de esa enseñanza bella y útil, y tuvo discípulos, yo entre ellos... El me contagió de su generosa locura; muchos calificaban así su noble afán; él es, indudablemente, el primero que emprendió la marcha por ese camino, el que merece mayores alabanzas, el gran apóstol de la propaganda activa del arbolado. Honremos la memoria de don Domingo, aquel santo varón... Luego, recuérdese y hónrese a don Antonio Lugo y Massieu, plantador infatigable que, además, publicó a su costa durante mucho tiempo y repartió gratis la revista "El Campo", con fines propagandistas exclusivamente. Y sigue haciendo buena obra, plantando y estimulando a plantar... Sean siempre recordados esos dos nombres. Suena la hora de la justicia, para todos, y también para mí.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Al lector	5
Mitos y fábulas	9
Las primitivas selvas	17
El árbol canario en la poesía hispana	25
Después de la Conquista	32
Aspectos forestales	36
Arbustos y plantas indígenas ...	43
Euforbias canarias	49
Morales y moreras	54
Plátanos o «plántanos»	58

VESTIGIOS DE LA FLORA

Madroños	65
Sabinas	69
La retama del Teide	72
El acebuche de la Altura	77

ARBOLES TRADICIONALES

Las palmas de Haría	89
«Las tres palmas», de Luján Pérez	87
Los cipreses de «La Paz»	92
La palma de la Conquista	99
Los laureles del castillo de San Cristóbal	104
Los dos brezos	108
El almácigo de Chajajo	111

ARBOLES Y CONVENTOS

El tamarindo del Convento de Candelaria	119
El ciprés de los dominicos	122
La higuera de Sor María	125

ARBOLES FAMOSOS DEL HIERRO

El pino de Ijánique	131
El Mocán de la Sombra	135

OTROS PINOS Y DRAGOS NOTABLES

El pino de Agando	141
El pino de Majagora	144
El pino del Calvario	150

El pino piñonero del Botánico	153
El drago de Geneto	159

SELVAS TINERFEÑAS

Anaga	171
Las Mercedes	176
La Esperanza	184
Agua García	189
El Monte de las Aguas	192

BOSQUES HISTORICOS

La Caldera, en la Palma	197
El Cedro, en la Gomera	201

LOS CANTORES DE LA SELVA

«¡ Ah, pajarillos canarios! » ...	209
-----------------------------------	-----

LO QUE DICE EL BOSQUE

Una página de Pérez Armas ...	217
-------------------------------	-----

COLABORADORES ARTISTICOS

Crosa y Martín González	223
--------------------------------	-----

COMENTARIOS A NUESTRAS CRONICAS

J. Hernández Ramos	227.
---------------------------	------

Antonio Martí	230
Luis Diego Cuscoy	232
Antonio Lugo y Massieu	232

DE TRES ILUSTRES ESCRITORES
DESAPARECIDOS

Domingo Doreste	237
Rafael Arocha y Guillama ...	239
Francisco González Díaz	242

ULPGC.Biblioteca Universitaria



778826

BIG 634 ROD arb